

AÑO II ↔ BARCELONA 1 DE OCTUBRE DE 1883 ↔ NÚM. 92

CAPULLO, dibujo por J. R. Wehle

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Candidez de algunos españoles.—Filantropía periódica de los ingleses.—La devolucion de Gibraltar y la prensa de Lóndres.—El *cliché* perdurable.—Yo tambien caí en el lazo.—Desaparicion del cólera.—El último dardo.—Mr. Thuilier, mártir de la ciencia.—La union de actores y autores.—Proyectos de *Teatro Nacional*.—Lo primero que hace falta son buenos dramas.

Algunas personas han sido cándidas en extremo...

Pues ¿no han creido en la devolucion de Gibraltar á España por Inglaterra?

¡Ah!... ¡corazones sencillos! No sabeis que la cuestion de Gibraltar es un espejismo que los ingleses suelen tender sobre nuestro horizonte, para descargar su conciencia histórica y para mantener entre nosotros la fama de filántropos.

Sí; el asunto de la devolucion de Gibraltar se reproduce ya periódicamente como los eclipses del Sol ó de la Luna, como el paso de los cometas, como la aparicion de auroras boreales.

Algunos ciudadanos impresionados por esta noticia, no saben generalmente cuál es la situacion y la importancia de Gibraltar.

Pero han oido hablar de esto. Tienen estereotipada en la memoria la usurpacion de los ingleses y desean reivindicarla, borrarla, hacerla desaparecer de las páginas de la historia y del haz de la tierra.

Llega un momento pues en que los periódicos ingleses están algo escasos de original.—¿En qué nos ocuparemos? se preguntan una mañana.

Efectivamente, no saben de qué hablar. Tienen agotadas todas las cuestiones. La cuestion de Oriente, no da juego en estos instantes. La de Alemania y Francia... ¡Guarda, Pablo! Esa es mejor no tocarla; no sea cosa que se enciendan los ánimos y tenga Inglaterra necesidad de abandonar su actitud enigmática para salir á la luz del dia, con bandera desplegada, en pro de uno ú otro de los contendientes. ¿La cuestion del cólera?... ¡Bah! ¡pues si esto ha pasado á la categoría de meteoro fugaz, y se ha perdido ya en lontananza, como se pierde el Nilo formando sinuosidades entre los terrenos del Egipto! No hay nada, nada... ¡nada!

—Bueno, pues,—dice el jefe de la redaccion (por no decir, como algunos, *redactor en jefe*, lo cual me parece un galicismo formidable). Ya que no tenemos grandes asuntos en qué ocuparnos, nos ocuparemos de España, de Gibraltar, de la conveniencia y alta moralidad de la devolucion, etc., etc.

Periódicamente suelen hacer esto los ingleses. Yo estoy en la cúspide del camino de la vida, y puedo asegurar que desde que me preocupo por las cuestiones públicas (y áun muchas veces por las privadas), he tenido ocasion de presenciar varias ediciones de ese *cliché* constante, eterno, monumental, que se llama la devolucion de Gibraltar á España.

La primera vez—confieso mi inocencia—me entusiasmé. Yo estaba entónces en la edad poética é ilusoria de la vida.

Pareciame que Inglaterra habia sido una nacion desconocida y calumniada.

—¡Cómo—decia yo para mis adentros, y áun quizá para mis afueras, pues me parece recordar que manoteaba desaforadamente paseando por la Rambla de Barcelona en el momento de leer en un periódico la satisfactoria noticia!—cómo, decia yo, se atreve nadie á sostener para Inglaterra el dictado de *pérfida Albion* que los franceses inventaron en un instante de exaltacion bonapartista... Ese es un país, cuyos individuos reconocen los errores de sus antepasados y tratan de borrarlos deshaciendo lo que ellos hicieron llevados por el egoismo y el interés del momento. ¡Viva Inglaterra!

Luégo estuve un gran espacio de tiempo aguardando la devolucion.

Y esperaré, como esperan los judíos la venida del Mesías

La primera seccion de los periódicos que leia era la de las agencias telegráficas, para ver si en ella se daba alguna noticia compendiosa, pero concreta, del asunto que me preocupaba.

¡Nada! ¡La agencia Havas sostenia un mutismo desesperante!

Iba á la estacion férrea y á los viajeros que llegaban y que eran conocidos mios les preguntaba:

—¿Qué hay de la devolucion?

Y no se me ocurria hablar de otra cosa en la calle, en el café, en las tertulias y en todas partes.

Un dia cayó la venda de mis ojos. Me convencí de que todas aquellas indicaciones de los periódicos ingleses no tenian fundamento alguno ni trascendencia de ninguna clase.

No eran más que el desahogo temporal de unos cuantos redactores faltos de lema para sus trabajos periodísticos.

Andando los años he visto que la cuestion se reproduce en algunos periódicos ingleses intermitentemente.

Es, como he dicho ántes, un espejismo que nos ofrecen los periodistas de la Gran Bretaña. Todas las generaciones van encontrando ese oásis. Yo tropecé con él en mis mocedades y solté á todos los puntos cardinales mi entusiasmo. Otros se han entusiasmado hace pocos dias, al saber que algunos diarios de Lóndres proponian al gobierno inglés que devolviera Gibraltar á España, y no faltará tampoco quien lance gritos de júbilo en lo porvenir cuando vea reproducida la buena intencion que, más que otra cosa, es un adoquin de los que componen el *empedrado del infierno*.

Pero yo siento quitar la ilusion sobre este particular á los que todavía la conserven. ¡Es inútil!

Así, buenamente, sin reclamacion ni gestion por nuestra parte, sin grandes tanteos diplomáticos, sin protocolos, sin obligaciones ni compromisos, no espereis, ¡almas sencillas y cándidas! que Gibraltar vuelva á formar parte de la nacion española.

¡El peñon de Gibraltar no se traspasa de una á otra nacion como se envia en un café, de mesa á mesa, un terron de azúcar!

* * *

Ya no habla nadie del cólera. El peligro parece que está conjurado; y nosotros somos así: en cuanto libramos la pelleja ya no volvemos á acordarnos del peligro.

Los que me hacen el señalado favor de seguir mis pobres trabajos semanales, recordarán una carta que en los momentos de más estupor dirigí yo á su alteza el Cólera *morbo asiático*.

Pues bien, sabedlo, lectores galantes y corteses... El Sr. de Cólera no me ha contestado. Se ha marchado,—no sé si con viento fresco—hasta del mismo Egipto donde al parecer tan á gusto estaba; y ha cometido la vil infamia de matar al despedirse á uno de los individuos de la comision francesa llegada allí para estudiar los efectos de la epidemia.

Era una comision científica, noble, desinteresada, afanosa por la salud del mundo entero.

Partió de Europa la comision formada por instigaciones de M. Pasteur, uno de los sabios más profundos en cuestiones miasmáticas. Iban valientes y resueltos contra lo desconocido.

La Europa toda les admiró. ¿Acaso no eran agentes nuestros, agentes de la humanidad, encargados de levantar la punta del velo que encubre el misterioso problema de esa enfermedad terrible llamada *Cólera morbo?*

Pues bien; tal vez la funesta plaga reinante en Egipto se atemorizó á la vista de aquellos representantes de la ciencia tan decididos y heróicos.

El hecho es que el cólera empezó á moderar sus ímpetus. Se paralizó, retrocedió, apeló á la fuga; pero al huir, volvió como los antiguos parthos la cabeza y disparó un dardo envenenado contra uno de los individuos de la comision francesa. La mortífera saeta envenenó la sangre de M. Thuilier, ferviente sacerdote de la ciencia, de 30 años de edad, que al lado de su maestro M. Pasteur habia hecho en Paris los más interesantes y provechosos estudios.

Ha muerto el sabio francés con la aureola del militar luchando denodadamente por los grandes ideales de la vida en el campo de batalla.

La noticia de esa defuncion ha entristecido á todo Paris, á toda la Francia, á la Europa entera.

Dejó las seguridades de su laboratorio para arriesgar su existencia en provecho de la humanidad asustada ante las amenazas coléricas.

No iba á trabajar exclusivamente para su país; porque si hubiese traido de Egipto una observacion luminosa, una receta medio infalible para la curacion del cólera, no tan sólo los franceses, sino los hombres de todos los países la hubieran aprovechado.

La triste muerte de Thuilier afecta, pues, á todo el que siente latir un corazon en su pecho.

Los periódicos de Paris le han dedicado sentidas frases.

Séame tambien permitido á mí desde las columnas de esta ILUSTRACION ARTÍSTICA, que tanto se difunde por el mundo, tributar al héroe francés una lágrima de pena y un recuerdo de gratitud y simpatía.

* * *

Andan por ahí corrientes favorables para el arte escénico.

Valero, Vico y la Mendoza Tenorio, que no han sabido entenderse para entrar á formar parte de la compañía del teatro Español, parece que se han unido para trabajar en el teatro de la Zarzuela tan pronto como se deje de representar el baile *Excelsior*.

Circula además una exposicion dirigida al Gobierno para que este apoye y proteja la formacion del *Teatro Nacional*.

Esta es una palabra monumental que necesita ir encuadrada en un primoroso marco.

Y el marco han de constituirlo las buenas obras dramáticas de cuya falta adolecemos, por desgracia hace muchos años.

Es verdad que D. José Echegaray ha señalado un rumbo nuevo y glorioso á nuestra literatura dramática.

Pero... .. García Gutierrez está ya muy viejo; Tamayo no escribe; Nuñez de Arce se halla retraido; Zorrilla no piensa empalmar su gloria de hoy con la gloria de otros dias.....

En este caso ¿cómo, ni con qué elementos se ha de fundar el *Teatro Nacional?*

¡Verdaderamente, la exposicion que los reclamantes dirigen al Presidente del Consejo de Ministros es muy *expuesta*.

PEDRO BOFILL

NUESTROS GRABADOS

CAPULLO, dibujo por J. R. Wehle

Las mujeres han sido comparadas á todo, al cielo, á la tierra y al infierno, al reino animal y al vegetal y hasta al sideral.

A nuestro modo de ver, la comparacion más apropiada es la de la flor: la mujer pasa propiamente por las faces de boton, capullo, flor exuberante, flor marchita y hoja seca. El dibujo de Wehle nos da una agradable idea de la mujer capullo, de la mujer en aquella edad especial en que la niña ya no existe y la mujer, propiamente dicha, no existe aún. Vedla: la soledad del bosque la es simpática: en ella encuentra á sus amigas las flores, que, prendidas en sus trenzas, realzarán su hermosura; y sus vírgenes oidos escuchan con delicia el murmullo del viento entre los árboles, deslizando en ellos palabras misteriosas, cuyo sentido desconoce y que, sin embargo, estremecen su vírgen corazon.

Un vago presentimiento la deja comprender que todo muere en este mundo, así la hoja que apénas retoña, como el sentimiento que apénas se inicia; y al tender la vista por el horizonte que descubre á través de las ramas, echa de ver que el cielo tiene sus nubes en el horizonte, como las tiene el más puro horizonte de la vida.

Por esto es triste el semblante de la niña; por esto su corazon, áun sin explicarse el motivo, presiente más tempestades que dias serenos; y la expresion de prematura melancolía que se halla difundida en el rostro de la jóven, es prueba de que el autor de este dibujo entiende, á la par, los perfiles del cuerpo y los perfiles del alma.

PASTOR ITALIANO, dibujo por J. Llimona

Si las bellas artes, particularmente la pintura y la escultura, se limitaran á la reproduccion de la naturaleza con una fidelidad que pudiéramos llamar fotográfica, de fijo que en lugar de haber ido de Fra Angélico á Murillo, habríase anticipado el antipoético realismo de Courbet. Mas como la mision del genio es embellecer á la naturaleza en el órden físico, como la mision del filósofo es embellecerla, ó sea mejorarla en el órden moral, de aquí el idilio, hermosa mentira; pero que no quita un ápice de mérito ni á las poesías de Virgilio ni á la prosa de Florian. Cierto, ciertísimo es que los pastores y los corderos de la Arcadia no son verdaderos corderos ni verdaderos pastores; pero tampoco es verdadera la barba del Moisés de Miguel Angel, lo cual no desmerece esa portentosa obra del coloso de la escultura.

El pastor de nuestro dibujo, sin ser un Nemorino, no es, tampoco, una copia fiel de los rústicos y sucios pastores que pueblan las montañas con sus ganados, como ni siquiera el instrumento que toca es el caramillo vulgar con que la inmensa generalidad de sus compañeros desuellan el oido de los *touristes*. Pero esto no impide que la figura esté correctamente trazada y que su autor merezca aplauso por el talento con que ha reproducido á la naturaleza, dejando á la verdad en el justo medio que conviene á las bellas artes.

ARIADNA ABANDONADA, cuadro por E. Dalbono

La hermosa hija del rey Minos perdióse de amor por Teseo, el héroe ateniense que penetró en el laberinto de Creta y dió muerte el feroz Minotauro gracias á la madeja de que le proveyó Ariadna para que le sirviera de indicador en su arriesgada empresa. Teseo, ingrato, abandonó á su protectora y se embarcó en busca de nuevas aventuras, una de las cuales fué hacer la guerra en el país de las Amazonas, arrebatar á su reina, y de buen ó mal grado de esta esforzada mujer, casarse con ella.

Ariadna, cuando vió alejarse al pérfido amante, loca de desesperacion, quiso echarse en pos de él á través de las olas; pero exhausta de fuerzas, áun ántes de que el mar pusiera en peligro su vida, cayó sobre la arena, sin duda cual la representa el autor de nuestro cuadro, extenuada y ocultando con las manos su vergüenza y sus lágrimas.

LAS ESPIGADERAS, dibujo por Ricardo Balaca

Desgracia es que nuestros mejores artistas satisfagan en temprana edad su tributo á la muerte.... ¡Qué maravillas de luz hubiera obrado Fortuny á disponer de los años que otros despilfarran dilatadamente!.... ¡Qué no hubiera producido el valiente Sans si á fuerza de voluntad se pudiera detener la marcha del tiempo!... ¡Y qué escenas de costumbres no hubieran brotado de la paleta de Balaca si, nosotros los primeros, no llorásemos su muerte prematura!....

¡Pobre Balaca!.... Observador serio, dibujante fácil, compositor concienzudo, sus obras tienen dos grandes cualidades, la sobriedad con que están concebidas y la verdad con que fueron ejecutadas. Balaca no era en pintura un poeta; pero su pincel tenia la elegancia y el color típico de un escrito de Mesonero Romanos. Sus *espigaderas* que hoy publicamos son ejemplo de ello: esos campos son nuestros campos castellanos, esas mujeres son las pobres criaturas que cumplen el precepto de ganar el pan con el sudor de su rostro. Este cuadro es hijo de un buen apunte del natural, al que Balaca rendia artístico culto.

LA REVANCHA DE GERMÁNICO,
escultura por Francisco Jerace

En las cercanías de Detmold (Westfalia) junto al bosque de Teutoburgo, álzase una colina y en la cima de ella un gigantesco monumento, rematado por una colosal estatua de Arminio, el jóven germano que, en lucha por la independencia de su patria, venció al cónsul Varo y á sus cincuenta mil legionarios de Roma.

La ciudad eterna no se avino con la idea del vencimiento y confió al general Germánico el encargo de tomar la revancha de aquel desastre.

Y con efecto, siete años despues (el 769 de Roma) Germánico ganaba en la llanura de Idistaviso aquella célebre victoria que destruyó en un dia la obra laboriosa del inmortal Arminio, y los romanos, rendidos á la fatiga de matar, levantaron un montículo con los trofeos mismos ganados á los germanos, y en él, segun refiere Tácito, trazaron los nombres de los pueblos vencidos.

Sin duda un legítimo sentimiento de gratitud patriótica determinó la ereccion del monumento á Arminio, á cuya vista, probablemente, el orgullo nacional romano, inspirando al escultor Francisco Jerace, ha producido el grupo que representa nuestro dibujo, que es un verdadero proyecto de monumento compensatorio del de Detmold. Ese proyecto ha sido admirado en la última exposicion nacional de Turin y así por lo grandioso de su conjunto como por lo sentido de su ejecucion, ha sido considerado obra de primer órden. Quizás en el entusiasmo producido por esa obra escultórica éntre por algo el sentimiento del desquite de un pueblo que, como el italiano, se siente tanto más humillado por el monumento de Arminio, en cuanto ya el tedesco no pisa, en són de conquistador, las provincias lombardo venetas.

El dia en que el proyecto de Jerace pase realmente á ser monumento público, la revancha de Germánico será doble, pues existirá en la historia del pueblo y en la obra del arte.

ASUNTO GRAVE,
cuadro por W. Volkhart

Cedant arma togæ decia el gran orador latino, cuya frase traducia con su habitual gracejo nuestro inmortal D. Juan Eugenio Hartzenbusch, diciendo:—Al escribano toca dirigir este fregado.

Tal es el asunto de este bellísimo cuadro.

Un hombre de armas consulta á un hombre de letras.

¿Acerca de qué versa la consulta?...

Por acabado que sea el dibujo y por más que de la expresion de sus personajes pudiera decirse que *están hablando*; la pintura más sublime nunca pronunciará frases concretas.

El genio no puede llegar á semejantes detalles.

Por algo dijo el célebre actor D. Antonio Guzman á un no ménos célebre coreógrafo, á propósito del lenguaje mímico:

—A ver; dígame V. por signos: pasado mañana llega mi suegra de Toledo.

ANGUSTIAS, dibujo por J. M. Marqués

El autor de ese tipo de gitana andaluza lo ha bautizado con el nombre de Angustias. ¿Será, efectivamente, el nombre del original? Pudiera muy bien serlo.

Es cosa rara, pero que tiene su explicacion plausible, la predileccion que las clases más humildes sienten por la Vírgen María. Y es que el pueblo, sin darse cuenta de ello, propende á lo dulce, á lo amante, á lo poético; y estas tres circunstancias concurren eminentemente en la Madre de nuestro Dios. Además, los gitanos, y aun más las gitanas, comprenden que si algunos poderosos de la tierra las consagran un momento de atencion y las arrojan á los piés una moneda y un sombrero, en pago de unos momentos de espectáculo; no por esto dejan de formar en la porcion más despreciada de la humanidad, en la porcion de los párias, que, con este ú otro nombre, existe aún en este mundo. Obsérvese, sino, cómo sus cantilenas son tristes; cómo sus danzas podrán ser voluptuosas, pero no son alegres; cómo sus hermosos ojos en lugar de mirar con cariño, miran amenazadores.

Cuando tan humilde papel se representa en el mundo, es muy natural que el desgraciado busque un refugio en el seno del *Consuelo de los afligidos*. Una gitana que se llame Angustias, y son muchas las que así se llaman, lleva en su nombre el estado de su ánimo y el remedio de sus penas.

LA VUELTA DE LA ESCUELA,
cuadro por L. Vollmar

¿La vuelta de la escuela?.... ¿Le parece al lector que ese niño vuelve de la escuela? A nosotros se nos figura que el autor de ese delicioso cuadro ha aplicado irónicamente el título.

En la mirada penetrante de la madre, en la expresion burlona de la sonrisa de la abuela, en la contemplacion interrogadora de los hermanitos y más que todo en la actitud del muchacho héroe de la escena, se echa de ver que éste puede venir de cualquier parte, ménos de la escuela. El mozo ha hecho novillos y sin duda no es el primer caso: por su picaresco semblante habríamos de juzgar que nos las habemos con un toreador consumado.

Mañana la excelente madre conducirá por sí propia al bribonzuelo á presencia del maestro, quien para convencer á su cerril discípulo de los inconvenientes anexos á tales excesos, es probable que apele al poderoso argumento de unas buenas disciplinas.

El asunto está tratado con pasmosa naturalidad; no hay en todo él una figura que no esté perfectamente en situacion, ni un detalle que desentone la armonía del conjunto. Cuando un cuadro está bien concebido y felizmente ejecutado, la explicacion resulta de él mismo y este es su mayor mérito. Un cuadro nunca debe ser un acertijo ilustrado.



PASTOR ITALIANO, dibujo por J. Llimona



ARIADNA ABANDONADA, cuadro por E. Dalbono



LAS ESPIGADERAS, [dibujo por Ricardo Balaca

EL PAJARO EN LA NIEVE

(Conclusion)

El caballero cogió á Juan por los brazos y le puso en pié; era un hombre vigoroso.

—Ahora apóyese V. bien en mí y vamos á ver si hallamos un coche.

—¿Pero dónde me lleva V.?

—A ningun sitio malo ¿tiene V. miedo?

—¡Ah! no; el corazon me dice que es V. una persona caritativa.

—Vamos andando..... á ver si llegamos pronto á casa para que V. se seque y tome algo caliente.

—Dios se lo pagará á V. caballero... la Vírgen se lo pagará... Creí que iba á morirme en ese sitio.

—Nada de morirse... no hable V. de eso ya. Lo que importa ahora es dar pronto con un simon... Vamos; adelante... ¿qué es eso; tropieza V.?

—Si señor; creo que he dado contra la columna de un farol... ¡Como soy ciego!

—¿Es V. ciego?—preguntó vivamente el desconocido.

—Sí señor.

—¿Desde cuándo?

—Desde que nací.

Juan sintió estremecerse el brazo de su protector; y siguieron caminando en silencio. Al cabo éste se detuvo un instante y le preguntó con voz alterada

—¿Cómo se llama V.?

—Juan.

—¿Juan qué?

—Juan Martinez.

—Su padre de V. Manuel, ¿verdad? músico mayor del tercero de Artillería ¿no es cierto?

—Sí señor.

En el mismo instante el ciego se sintió apretado fuertemente por unos brazos vigorosos que casi le asfixiaron y escuchó en su oido una voz temblorosa que exclamó:

—¡Dios mio, qué horror y qué felicidad! Soy un criminal; soy tu hermano Santiago.

Y los dos hermanos quedaron abrazados y sollozando algunos minutos en medio de la calle. La nieve caia sobre ellos dulcemente.

Santiago se desprendió con brusquedad de los brazos de su hermano y comenzó á gritar salpicando sus palabras con fuertes interjecciones:

—¡Un coche, un coche! ¿no hay un coche por ahí?.. ¡maldita sea mi suerte! Vamos, Juanillo, haz un esfuerzo; llegaremos pronto al puesto... ¿Pero señor, dónde se meten los coches..? Ni uno sólo cruza por aquí... Allá léjos veo uno... ¡gracias á Dios!... ¡Se aleja el maldito!... Aquí está otro... éste ya es mio. A ver cochero... cinco duros si V. nos lleva volando al hotel número diez de la Castellana...

Y cogiendoá su hermano en brazos como si fuera un chico lo metió en el coche y detrás se introdujo él. El cochero arreó á la bestia y el carruaje se deslizó velozmente y sin ruido sobre la nieve. Miéntras caminaban, Santiago teniendo siempre abrazado al pobre ciego, le contó rápidamente su vida. No habia estado en Cuba sino en Costa Rica donde juntó una respetable fortuna; pero habia pasado muchos años en el campo sin comunicacion apénas con Europa; escribió tres ó cuatro veces por medio de los barcos que traficaban con Inglaterra y no obtuvo respuesta. Y siempre pensando en tornar á España al año siguiente, dejó de hacer averiguaciones proponiéndose darles una agradable sorpresa. Despues se casó y este acontecimiento retardó mucho su vuelta. Pero hacia cuatro meses que estaba en Madrid donde supo por el registro parroquial que su padre habia muerto; de Juan le dieron noticias vagas y contradictorias: unos le dijeron que se habia muerto tambien; otros que reducido á la última miseria, habia ido por el mundo cantando y tocando la guitarra. Fueron inútiles cuantas gestiones hizo para averiguar su paradero. Afortunadamente la Providencia se encargó de llevarlo á sus brazos. Santiago reia unas veces, lloraba otras mostrando siempre el carácter franco, generoso y jovial de cuando niño.

Paró el coche al fin. Un criado vino á abrir la portezuela. Llevaron á Juan casi en volandas hasta su casa. Al entrar percibió una temperatura tibia, el aroma de bienestar que esparce la riqueza: los piés se le hundian en mullida alfombra; por órden de Santiago dos criados le despojaron inmediatamente de sus harapos empapados de agua y le pusieron ropa limpia y de abrigo En seguida le sirvieron en el mismo gabinete, donde ardia un fuego delicioso, una taza de caldo confortador y despues algunas viandas aunque con la debida cautela por la flojedad en que debia hallarse su estómago: subieron además de la bodega el vino más exquisito y añejo. Santiago no dejaba de moverse dictando las órdenes oportunas acercándose á cada instante al ciego para preguntarle con ansiedad: —¿Cómo te encuentras ahora Juan?—¿Estás bien?—¿Quiéres otro vino?—¿Necesitas más ropa?

Terminada la refaccion se quedaron ambos algunos momentos al lado de la chimenea. Santiago preguntó á un criado si la señora y los niños estaban ya acostados y habiéndole respondido afirmativamente, dijo á su hermano rebosando de alegría:

—¿Tú no tocas el piano?

—Sí.

—Pues vamos á dar un susto á mi mujer y á mis hijos. Ven al salon.

Y le condujo hasta sentarle delante del piano. Despues levantó la tapa para que se oyera mejor, abrió con cuidado las puertas y ejecutó todas las maniobras conducentes á producir una sorpresa en la casa; pero todo ello con tal esmero, andando sobre la punta de los piés, hablando en falsete y haciendo tantas y tan graciosas muecas que Juan al notarlo no pudo menos de reirse exclamando: ¡Siempre el mismo Santiago!

—Ahora toca Juanillo, toca con todas tus fuerzas.

El ciego comenzó á ejecutar una marcha guerrera. El silencioso hotel se extremeció de pronto como una caja de música cuando se le da cuerda. Las notas se atropellaban al salir del piano, pero siempre con ritmo belicoso. Santiago exclamaba de vez en cuando:

—¡Más fuerte, Juanillo, más fuerte!

Y el ciego golpeaba el teclado, cada vez con mayor brío.

—Ya veo á mi mujer detrás de las cortinas... ¡adelante Juanillo, adelante!... Está la pobre en camisa... ji... ji... me hago como que no la veo... se va á creer que estoy loco... ¡ji ji!... ¡adelante, Juanillo, adelante!

Juan obedecia á su hermano aunque sin gusto ya porque deseaba conocer á su cuñada y besar á sus sobrinos.

—Ahora veo á mi hija Manolita que tambien sale en camisa... ¡calle, tambien se ha despertado Paquito!... ¡No te he dicho que todos iban á recibir un susto!... Pero se van á constipar si andan de ese modo más tiempo... No toques más, Juan, no toques más.

Cesó el estrépito infernal.

—Vamos, Adela, Manolito, Paquito, abrigaos un poco y venid á dar un abrazo á mi hermano Juan. Este es Juan de quien tanto os he hablado, á quien acabo de encontrar en la calle á punto de morirse helado entre la nieve... ¡Vamos, vestíos pronto!

La noble familia de Santiago vino inmediatamente á abrazar al pobre ciego. La voz de la esposa era dulce y armoniosa: Juan creia escuchar la de la Vírgen: notó que lloraba cuando su marido relató de qué modo le habia encontrado. Y todavía quiso añadir mas cuidados á los de Santiago: mandó traer un calorífero y ella misma se lo puso debajo de los piés; despues le envolvió las piernas en una manta y le puso en la cabeza una gorra de terciopelo. Los niños revoloteaban en torno de la butaca acariciando y dejándose acariciar de su tio. Todos escucharon en silencio y embargados por la emocion el breve relato que de sus desgracias les hizo. Santiago se golpeaba la cabeza: su esposa lloraba; los chicos atónitos le decian estrechándole las manos: ¿No volverás á tener hambre ni á salir á la calle sin paraguas, verdad tiito?... yo no quiero, Manolita no quiere tampoco... ni papá, ni mamá.

—¡A que no le das tu cama, Paquito!—dijo Santiago, pasando á la alegría inmediatamente.

—¡Si no *quepe* en ella papá! En la sala hay otra muy grande, muy grande, muy grande...

—No quiero cama ahora,—interrumpió Juan... ¡me encuentro tan bien aquí!

—¿Te duele el estómago como ántes?—preguntó Manolita abrazándole y besándole.

—No, hija mia, no: ¡bendita seas!...no me duele nada... soy muy feliz... lo único que tengo es sueño... se me cierran los ojos sin poderlo remediar...

—Pues por nosotros no dejes de dormir, Juan,—dijo Santiago.

—Si, tiito, duerme, duerme—dijeron á un tiempo Manolita y Paquito echándole los brazos al cuello y cubriéndole de caricias...

. . . .

Y se durmió en efecto. Y se despertó en el cielo.

. . . .

Al amanecer del dia siguiente un agente de órden público tropezó con su cadáver entre la nieve. El médico de la casa de socorro certificó que habia muerto por la congelacion de la sangre.

—Mira, Jimenez—dijo un guardia de los que le habian llevado á otro—¡Parece que se está riendo!

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

LAS CODORNICES

Uno de los mortales que más envidio en este pícaro mundo es el *obispo de las codornices* de la isla de Caprea.

¡Qué feliz seria yo si se me concediera en un rinconcito de España lo que se le concede al buen prelado en el golfo de Nápoles! Cuando llegara la semana de San Márcos, vulgo *semana codornicera*, echaria las campanas á vuelo y reuniendo á mis queridos feligreses, les diria:

—Amados católicos: vosotros teneis la obligacion de darme como tributo todos los años cien codornices por cabeza ó en su equivalencia quince *julios de plata*, que es lo mismo que si dijéramos en Castilla, treinta reales. Pues bien, yo os relevo de esa contribucion, porque para matar codornices me basto yo y me sobro con mi perro y mi escopeta, sin ayuda de vecinos; conque cuidadito con tocar ni á una sola pluma de esas avecillas emigradoras que vienen todos los años á visitar nuestras hermosas y fértiles vegas.

Despues de esto colgaria mi traje sacerdotal, que entorpece la agilidad de las piernas, y ni el *San Juan Nepomuceno* hizo más fuego en la gloriosa derrota de Trafalgar que haria yo por las poéticas campiñas que embellece con ricos cambiantes de luz el rojo fuego del Vesubio.

Mi única ocupacion (despues de cumplir con los santos preceptos de la Iglesia) seria perseguir sin tregua á las codornices *verdes*, las más apetecidas, las más codiciadas por los cazadores de pura sangre, por los que saben saborear la verdadera poesía de la caza.

Pero desgraciadamente ni yo soy el *obispo de las codornices* de la isla Caprea, ni poseo ningun privilegio para cazarlas en España sin temores ni sobresaltos ántes del 1.° de agosto.

La verdad es que á los pobres cazadores *impenitentes* nos ha roto un *alon* la funesta ley de caza que nos rige, prohibiéndonos cazar las aves de paso y sujetándolas á una *veda* rigurosa que está reñida con el famoso refran de: *á ave de paso, cañazo.*

Indudablemente los sabios legisladores cinegéticos que redactaron la ley de caza de 1879 no tuvieron en cuenta las condiciones especiales de la codorniz, y es una injusticia que á una avecilla tan ingrata y tan egoista se le tributen las mismas deferencias que á las aves estacionarias.

Además, las aves de paso no se han mirado nunca como una riqueza nacional: todas las leyes, pragmáticas y decretos que sujetan á una *veda* lógica y necesaria á los animales salvajes durante el tiempo de su procreacion, excluyen de esta *veda* á la codorniz durante el tiempo de su tránsito por España.

La codorniz, esa avecilla sibarita, encanto y deleite de los buenos aficionados á la escopeta, esa emigradora ingrata que no tiene querencia ni cariño á la tierra donde ha nacido, que huye de la campiña donde cantó sus amores y aprendió la gimnasia de las alas cuando aquellos campos por falta de lluvias auguran al labrador una mala cosecha; la codorniz, perpetua emigradora, que sólo busca las regiones donde sonrie la abundancia porque el incesante deseo de su egoismo se reduce á satisfacer su gula y entregarse en brazos de su regalada indolencia, no ha sido considerada nunca por los sabios legisladores cinegéticos digna del justo respeto de la *veda*, como fueron ayer y lo serán mañana otras aves estacionarias que donde nacen mueren y no cometen nunca la ingratitud de abandonar á su patria aunque la esterilidad de los campos las amenace con el hambre.

La codorniz constituye además el encanto de los verdaderos cazadores y la educacion práctica del perro. La sábia naturaleza la hizo emigradora, porque de lo contrario no existiria como no existe el *francolin* ni otras especies que, por su vida indolente y pocos recursos para defenderse de la tenaz persecucion de los hombres, ha hecho desaparecer del reino animal el genio de Rogerio Bacon inventor de la pólvora.

Inútil seria colocar á la codorniz en el número de las aves sagradas del Capitolio. El decreto de Julio César prohibiendo matar á la codorniz bajo pena de la vida seria *oido* con desdeñosa indiferencia por esas perpetuas viajeras, porque al sonar la hora de la emigracion abandonarian gozosas las playas hospitalarias, yendo á buscar á otras regiones los perpetuos sobresaltos de una guerra sin cuartel.

Los ingleses trataron de aclimatar en la Nueva Zelandia la codorniz: un buque trasladó á aquellas apartadas regiones algunos centenares de avecillas emigradoras; tenian allí abundancia, tranquilidad, de nada carecian; el hombre no las molestaba: pero llegó la época de la emigracion, se reunieron en la costa reclamándose con su ardiente canto, y una noche de luna creyendo apercibir el aire de tierra que las anuncia el sembrado emprendieron el vuelo pereciendo ahogadas en las anchurosas soledades del Océano Austral sin encontrar la costa apetecida.

Inútil seria sancionar una ley rigurosa con el afan de aumentar la procreacion de la codorniz en España, porque la codorniz es el barómetro de las buenas cosechas y tiene por tradicional costumbre huir de los campos estériles como los hombres huyen de las poblaciones apartadas.

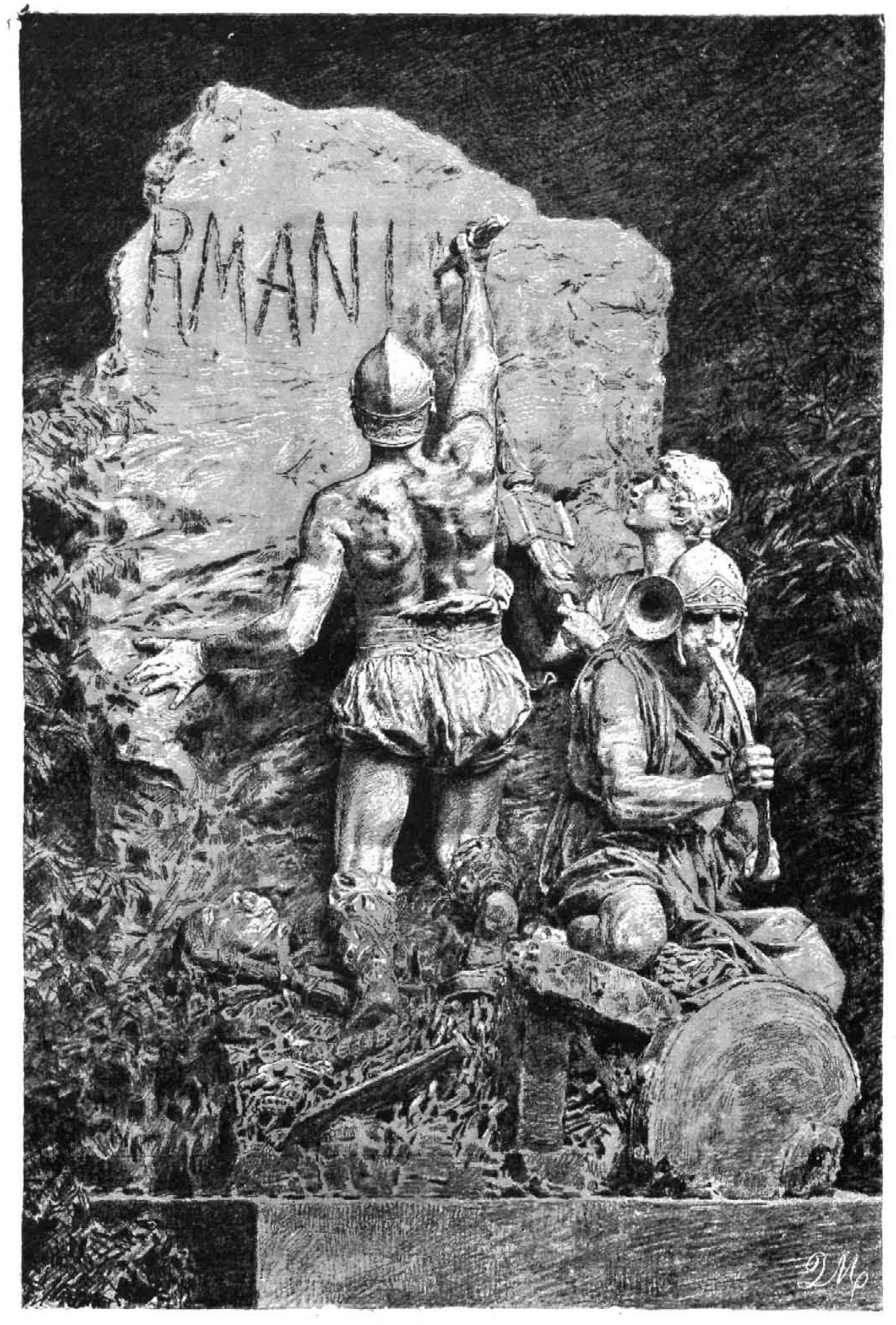
Todas las leyes de caza excluyen á la codorniz de la *veda*, permitiendo que se maten durante la época de su tránsito con el permiso y la autorizacion por escrito de los dueños arrendatarios de las tierras donde se hallan.

Si yo me atreviera dirigiria una exposicion á las Córtes, diciendo: «Señores diputados, cuatro años de experiencia han demostrado que la ley de caza de 1879 adolece de defectos, de contradicciones graves, de odiosos privilegios que se hallan en contraposicion con las costumbres de un pueblo que, como el nuestro, se rige por un sistema político que hace á los hombres iguales ante la ley y que ha relegado al olvido los irritantes privilegios de feudalismo.

»Si es difícil la creacion de un Código civil para que los hombres se rijan y respeten, más difícil es la creacion de un Código rural cuya aplicacion muchas veces se halla encargada á delegados de la Autoridad, los cuales por falta de ilustracion y criterio para penetrar el espíritu de la Ley se ven en el caso de cometer abusos mortificadores precisamente con aquellas personas que, creyéndose seguras al amparo de la Ley, van confiadas á buscar algunas horas de solaz y esparcimiento en el grato ejercicio de la caza.

»La Ley más hermosa, la más respetada y ante la cual todos los hombres honrados inclinan la cabeza es aquella que, protegiendo por igual al grande y al pequeño, al rico y al pobre, no se presta á mistificaciones desconsoladoras y cuyos artículos, claros como la luz del sol, encierran en su espíritu una lógica incontrastable al alcance de todas las inteligencias.

»No hay un propietario, un hombre de letras, ni un cazador que rinda respeto á la lógica y á la equidad, que



LA REVANCHA DE GERMÁNICO, escultura por Francisco Jerace

no encuentre defectuosa la actual Ley de caza que nos rige, que no lamente los abusos que al amparo de ella se cometen, precisamente por los mismos que debian respetarla y hacerla cumplir

»Algunos artículos se hallan en abierta rebelion los unos con los otros. El art. 15 considera *cerradas y acotadas todas las tierras de cualquier clase pertenecientes á dominio particular*, miéntras que el artículo 18 usurpa unos derechos legítimos y sagrados al propietario pequeño, prohibiéndole que defienda sus intereses de agricultor á ménos distancia de quinientos metros de las lindes de su finca.

»Estos quinientos metros, este odioso privilegio que alimenta la caza del rico con los sudores del pobre, tiene algo de aquellas odiosas pragmáticas del feudalismo que prohibia á los villanos matar los *francolines*, imponiendo la pena de la pérdida de la mano derecha á los contraventores.

» Afortunadamente si hoy existieran los *francolines* podrian cazarlos lo mismo los plebeyos que los señores sujetándose los unos y los otros á los preceptos de la ley.

»La irritante limitacion de los quinientos metros ha dado motivo á más de diez mil expedientes que constan en los tribunales de justicia, reclamando daños y perjuicios, porque miéntras el dueño de un monte puede ejercer libremente los derechos de dominio dentro de su finca, al propietario pequeño que posee una viña ó un campo de pan llevar en las lindes de este monte se le prohibe exterminar la caza que le roba el producto de sus afanes, que hace infructuosa la santa perseverancia del trabajo, prohibiéndole defenderse de los enemigos que le invaden á menor distancia de quinientos metros de las tierras colindantes, etcétera, etcétera.»

Pero de seguro que no me harian caso: bastante atareados andan los padres de la patria con la política menuda del dia para ocuparse de si la caza produce en España cincuenta millones de pesetas al año, si se extraen todas las semanas dos mil perdices para Francia cogidas con los infames *alares* y otras *menudencias* que están á cien mil leguas de distancia de *La derecha, La izquierda* y de *El centro*.

Así pues, dejo la empresa de elevar una exposicion á las Córtes solicitando la reforma de la Ley de caza á pechos más varoniles que el mio, porque yo hace cuatro años que vengo lamentándome en todos los tonos susceptibles al diapason literario y desgraciadamente nada he conseguido.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

LOS GIGANTONES DE CARNAVAL

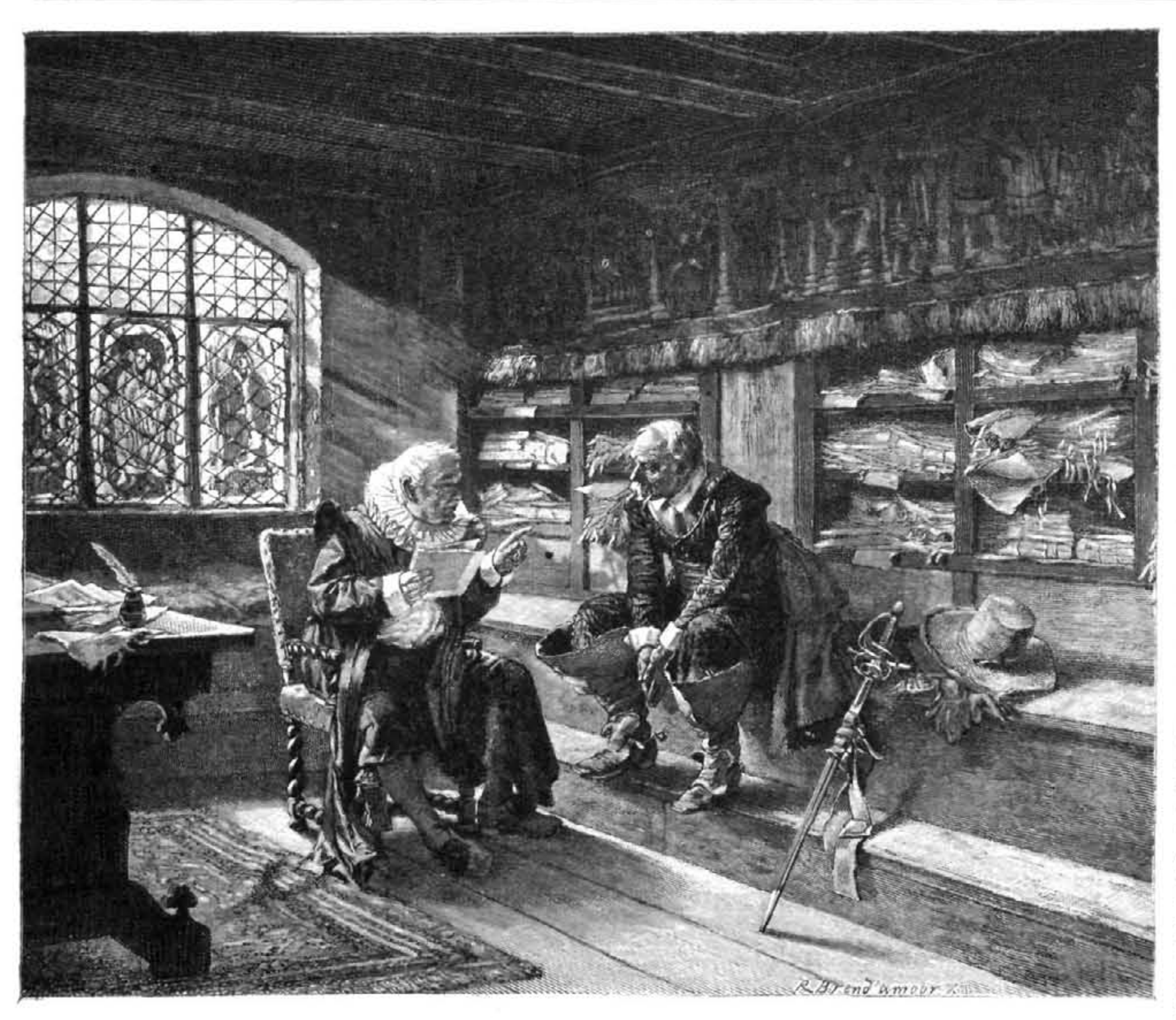
No hace mucho que, visitando yo una ciudad de nuestras Castillas, famosísima por lo tocante á cosas de clerecía, vi, arrumbados en el camaranchon de su principal iglesia, unos tremendos muñecos de palo y algodon, destinados á figurar antiguamente en las procesiones de Semana Santa.

Representaban los descomunales polichinelas á varios personajes célebres, tenidos entónces en grande estima por el vulgo, que todavía creia en algo. El Cid, Santiago y Santo Tomás andaban por las calles en aquellos buenos tiempos, vestidos de mojiganga. Bailaban los tan reverendos señores sus danzas descompasadas delante de los pasos; asustaban á las mujeres con el abrir y cerrar de sus fauces desquijaradas, haciendo abortar de terror á muchas hembras en estado de embarazo; servian de blanco á los incrédulos muchachos, los cuales se adiestraban en el *manejo de las hondas, tirando piedras á la cabeza* del santon; y, por último, eran los heraldos que anunciaban, en aquel desfile de monstruos de trapo, á la temible tarasca. Cerraba ésta la marcha religiosa con su hinchada barriga de escamas, su rabo de serpiente, su cuello de tortuga, y sus angulosas aletas de dragon. Y luégo que los altares dejaban el luto por la muerte de Cristo, y la collareja de campanitas del coro se estremecia tocando á gloria, todos aquellos fantasmones ilustres volvian á sus mechinales, quedando hasta otro año al cuidado de los ratones.

Cuando á estos huéspedes de antaño hice mi reciente visita, no pude ménos de pensar que si ellos están hoy en desuso, en cambio tienen modernamente una familia de descendientes que han heredado la jerárquica casta de los *gigantones*. Me he afirmado en esta idea al mirar ahora los escaparates de trajes para máscaras. ¿No son, en sustancia, los mismos los *Pierrots* modernos que los *gigantones* antiguos? La raza humana celebrará eternamente sus fiestas disfrazándose de aquello que le causa más admiracion ó más regocijo. Y, es menester desengañarse; el ideal de los tiempos presentes estriba en ser *pierrot*, es decir, tener la manga ancha, la cara lisa, sembrada la vestimenta de oropeles, los piés alojados en chanclas para no dejarse sentir, y la cabeza terminada en clavo para meterla por todas partes. Será en vano que desde la anaquelería del comerciante en antifaces nos guiñen con sus ojos espachurrados ó nos suspendan con sus órbitas vacías, rostros deformes, erisipelosos, narigudos, arrebolados, cadavéricos, jeremíacos ó idiotas; sobre todos ellos campeará la carátula del *pierrot*, de expresion astuciosa y ladina, de rasgos secos y tirantes, y del color finísimo del albayalde, simbolizando juntamente la avaricia, la indiferencia y el clorótico afeite del impudor.

Y sin necesidad de esperar á que el loco Carnaval se vista su hopa de cascabeles, como sentenciado á morir por risa, encuentran los *gigantones* en cualquiera época del año sucesores suyos. ¿Quién no reconocerá como tales á muchos figurones de levita y chistera, que son los danzantes de nuestros teatros, academias y parlamentos? El crítico Cántaro, el orador Rana, el poeta Mirlindo, el actor Vanidad, y el sainetero Candileja, son admirables representantes de aquellos vetustos armatostes, todo pomposo relumbron por fuera, y polilla y vaciedad por dentro. No, no ha menester el hombre que el calendario le diga cuándo debe cubrir su cara de carne con otra de papel pintado. Para que mi corazon no crea en la felicidad ni ponga su punto de reposo en lo falso de la vida, no le es preciso sentir el bullicio y oleaje del mundo hipócrita que lava sus sucias pasiones en un Jordan de fuego para prepararse á entrar en el Calvario de la penitencia oficial. Yo escucho, desde la mesa en que escribo mis pensamientos, los gritos de las muchedumbres que se aturden sin saber por qué, que corren ignorando á dónde, que se hablan no atendiendo á lo que dicen, que van publicando muchas verdades bajo el embozo de las mentiras, y atesorando muchas mentiras que juzgan neciamente verdades que deben ser calladas. ¡Horror! La multitud siempre equivocada. ¿Y el genio errará tambien? Shakespeare, Cervantes, Calderon, Franklin, Newton, Miguel Angel, Víctor Hugo.....

Perdóneme el lector si, al llegar aquí, corto el hilo á mi artículo. La puerta de mi habitacion se ha abierto, y una mujer ha entrado por ella.... No me pregunteis quién es ni qué señas tiene, porque ni importa saber lo primero ni podré determinaros lo segundo. Sólo os diré que es una mujer que me sonrie cuando lloro, que me presenta su seno si se



ASUNTO GRAVE, cuadro por W. Volckhart

dobla mi cabeza, que me hace ser amigo de la noche, que me cose los botones que se le caen á mi paletot, que sazona una ensalada al primer golpe de vinagreras, y que, en fin, sabe mullir un colchon mejor que muchos escritores componer un libro. Como veis, es una mujer vulgar y prosaica, sin incentivos sensuales, ajena á todo artificio amoroso, y que cuando abre sus brazos abraza con todo el cuerpo. No he tratado nunca de investigar su procedencia; halléla al volver de una esquina, sola y sin llamativo alguno, como flor abandonada en el campo. Sus faenas, al mismo tiempo, no pueden ser más humildes. Tiene prurito en soplar el polvo de sobre mi mesa, en limpiarla con una rodilla, y en dejarla reluciente como un oro; dice que de este modo no corren peligro de ponerse blancas las mangas negras de mi levita. No hay contento igual al suyo cuando, levantándose por la madrugada, viene descalza y de puntillas hasta donde yo estoy leyendo, y cierra el libro que tengo en las manos, apaga la bujía, y entre arrechuchos y empellones me conduce á la alcoba. La risa que le produce esta escena la tiene convulsa muchas veces hasta por la mañana. Eso sí: yo soy el único encargado de sacarla á paseo; sin mí no iria la infeliz ni á la puerta de la gloria. Es verdad que cuando me acompaña lo hace con la misma modestia que lo haria un perrillo ó un báculo de viaje. Hoy, como fiesta de Carnestolendas, la he prometido regalarla en un ventorrillo. La casa se nos cae encima.... Lector, perdon te pido de nuevo, porque me voy de bureo con mi cocinera....

No sé si un trago de felicidad hace ser buenos á los hombres; pero es lo cierto que el aire vivo de la poblacion agitada ha disipado las nubes de mi espíritu y equilibrado los humores de mi cuerpo. Gigantones del alma soñadora y descontenta son esas creaciones de la imaginacion que, como bolas de jabon, se rompen al primer choque con la realidad. ¡Hoy todos son felices, al ménos aparentemente! Las panderetas de las estudiantinas, sacudiendo el polvo de las escuelas, lanzan al viento sones alegres y jacarandosos. El contento hace voltear diablescamente las esclavinas de los dominós abigarrados que encubren á prójimos ansiosos de placeres por estar hastiados de tristezas. El que no se divierta hoy puede creerse condenado ya á llorar todo el año. Si mañana alborota las plazas será castigado por el código. ¡Venga pues, la bulla y la algazara! Dejemos á un lado á los autores que han iluminado los oscuros cerebros humanos, y cuyos nombres desconoce mi fiel amiga, ó, lo que es más risible, los toma por nombres de pescados. ¡Oh, laureles de la fama estéril! ¿de qué servís si no servís para adobar un plato de anchoas?

A tiempo conocí lo infecundo de mis trabajos, y tiré la pluma cuando vino á llamarme mi cocinera. —Me he arrojado por esos mundos del diablo, con ella del brazo. ¡Cuántas damas encopetadas he visto que se apartaban á un lado para dejarnos paasr!—Cortesía oprobiosa del orgullo endiosado que teme manchar su traje de seda, ya que su cuerpo es un puro cieno. —Seguimos adelante, olvidando lo visto, que es como pensar en lo futuro, que no se ha visto todavía. Llegamos, por fin, al ventorrillo; é instalándonos, mi pareja y yo, alrededor de una mesa, hemos comido como unos canónigos, es decir, hasta reventar en paz y en gracia de Dios.—A pesar de la solemnidad del dia, aquella casa de comidas campestre se hallaba casi desierta. A la entrada, bajo un cobertizo de parra entretejida, cuyos tallos nudosos y retorcidos proyectan en el suelo una zona de signos arabescos, se puso la mesa. Unos guiñapos, que querian ser manteles, pardos, deshilachados á trechos y húmedos, fueron tendidos sobre la tabla, con objeto, sin duda, de que los platos, al ser colocados encima, estuvieran más en blando. Fuera de esto, el apetito no encontró tropiezo, porque los manjares, dicho sea con verdad, estaban exquisitos. Salpimentados fuertemente, como los vocablos del populacho, á quien sirven de pasto cuotidiano, caian en el estómago, sosteniendo una lucha encarnizada con la bilis depositada allí para devorar toda presa.—Mi buena mujer me ha hecho disfrutar de unos goces que nunca pensé yo saborear tan completamente.

—Hé aquí,—me he dicho, —lo que es la felicidad. No descubriéndose á sí misma, se la encuentra donde no se la espera. No es la hermosura que aguija el deseo; no es tampoco la luz que deslumbra los ojos; ménos, la satisfaccion de un ansia prolongada, por la imposibilidad ó la abstinencia. Si felicidad es algo, mucho se le parece la conformidad natural y sencilla de nuestras inclinaciones con un objeto cualquiera, que esté al alcance de la mano. ¡Cuántas sombras he perseguido en mi vida, las cuales, al tenderles los brazos, se han desvanecido para siempre! Los primeros sueños de amor, cuyas flores no han producido fruto; los arrebatos generosos de la inteligencia, que se siente jóven, estrellándose en los escollos del mar de la vida; los conatos de una obra buena perdiendo su fuerza y su prestigio en el sordo torbellino del fracaso; todos esos vigores que dan savia al alma, al empezar la carrera de la existencia, secándose y marchitándose, y dejando en el corazon sólo la espinosa escobilla de despojos que deja en el tallo todo capullo agostado. Ya ese mundo de visiones maravillosas, como figuras de una linterna mágica, se borró del cristal de la fantasía. Y esta carencia de luz ideal produce una enfermedad en el espíritu, la que, como todas las que inficionan el sér moral, se arraiga, se extiende y es incurable Y no me deis la panacea del olvido para afecciones de esta índole; el dolor de la tristeza que viene del desencanto es hondo, muy hondo, y es como los garfios que se arrojan á un pozo para sacar algo: muchas veces, revolviendo el fondo, quedan agarrados á las entrañas. Sin embargo, ¡oh contrastes del organismo humano! una comida rústica y frugal, celebrada al aire libre, en compañía de una pobre muchacha, ignorante, mal educada y zafiota, ha bastado á volverme el anhelo por el trajin de la vida.

Dimos fin á nuestro ventorril banquete, y volvimos á la poblacion. Ya mis ojos, más alegres, se han gozado en la contemplacion del movible espectáculo que á cada recodo del camino con distrayente variedad se ofrecia. Era la hora del anochecer. Pandillas de máscaras, muchas ya sin careta, vagaban en todas direcciones, con sus flotantes vestiduras. Llevábanse detrás arremolinada la gente, como á impulsos de una tromba. Tal vez algun chiquillo, aparejado de demonio, con sus orejas y su cola de percalina tricolor, pasaba solo y perdido entre la multitud, llevando pintada en su rostro encendido la expresion de la inocencia que se ahoga en la confusion y vaivenes de la vida. Atravesamos por medio de los corros carnavalescos, poniéndonos en direccion de nuestra casa. Gran tino era necesario desplegar para abrirse vía entre aquel desordenado apiñamiento de cabezas locas. Logrélo, por fin, y dando gracias á mi ama de llaves por haberme dado la de la felicidad, héteme aquí en mi habitacion, sumergido agradablemente entre los almohadillones del sofá. La oscuridad en que se halla, por disposicion mia, mi cuarto, me permite ver dibujadas en el aire negro las siluetas de mis pensamientos, ensayados en túnicas de fantasmas. Pero, volviendo del otro lado, puedo ya exclamar satisfactoriamente: «¡Ya os conozco; sois los *Gigantones* apolillados que ví hace poco en aquella iglesia!» Dicho esto, llamo á mi hacendosa mujer, le pido la cena, y, encendiendo un cigarro, me entretengo en ver cómo se disipan en la atmósfera las nubes de humo del tabaco, que paulatinamente va ardiendo entre mis dedos, como la mecha de una vida á la que no estimula ningun soplo de viento.

JOSÉ DE SILES



ANGUSTIAS, dibujo por M. Marqués

Nueva publicacion: estamos preparando para publicarla en breve una edicion económica de la Sagrada Biblia y demás obras ilustradas por Gustavo Doré, cuya propiedad pertenece á esta casa editorial, lo que avisamos para conocimiento de los corresponsales que nos tienen hechos pedidos de estas obras.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



LA VUELTA DE LA ESCUELA, CUADRO POR L. VOLLMAR

ILUSTRACION ARTÍSTICA

AÑO II BARCELONA 8 DE OCTUBRE DE 1883 NÚM. 93

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Acontecimiento único.—El ardor patriótico.—La Universidad y la Institucion libre de Enseñanza.—¿Quién es Pedregal?—Mis principios.—Triunfos del revistero.—Gentío en la estacion del Norte.—Recuerdos de la fiesta del Hipódromo.—Ovacion al rey.—Transformacion de la Pastor en el teatro de Eslava.—*La Virgen del Pilar dice...*—*¡Paris-Murcia!*

Todos los acontecimientos apuntados en mi cartera quedan hoy relegados al término de lo mezquino, lo insustancial y lo inservible.

Quizá cuando esta revista llegue á mis lectores se haya desvanecido algo la atmósfera que hoy envuelve á la poblacion de Madrid; pero la verdad es que en los momentos actuales no es posible hablar de otra cosa que no sea el ardor patriótico que inflama á toda la capital y que busca salida por medio de impetuosos arranques y de indignadas exclamaciones.

¿Quién se acuerda por ejemplo de que acaba de abrirse la Universidad, ni del discurso leido en tan solemne acto?

En otras ocasiones, se habrian hecho grandes comentarios sobre esa fiesta de la cultura pública, y se hubieran

UN PEDAZO DE CIELO, cuadro por F. Bachmann

examinado punto por punto las tendencias del doctor encargado de la ceremonia en el amplio salon del Paraninfo.

Pero hoy.., Caza mayor quita menor, segun dice un adagio castellano; y es bien seguro que la mayor parte del público ilustrado de Madrid ignora hasta el nombre del disertante.

Lo mismo ha pasado con la apertura de la *Institucion libre de Enseñanza*. Ese alto cuerpo docente ha inaugurado tambien sus cursos, juntando en derredor de la mesa rectoral gran número de eminencias literarias y científicas.

Preguntad á cualquiera si ha oido el notable discurso del Sr. Pedregal.

Y es fácil que os conteste con la interpelacion que en otros tiempos se hizo tan famosa:—¿Quién es Pedregal?

La *Institucion libre de Enseñanza* no es de actualidad en estos instantes de exaltacion patriótica y de ardor bélico. Las togas están á punto de verse obligadas á ceder su puesto á las armas.

Hoy no priva más que una enseñanza.... la *enseñanza* de los puños cerrados.

***

Héme aquí pues en un grave apuro.

Este no puede ser palenque donde los partidos políticos libren batalla.

Cuando yo cojo la pluma para comunicar semanalmente mis impresiones á los lectores de este periódico, lo primero que hago es darme un baño de imparcialidad y buscar mis inspiraciones en el sentido comun, que por regla general suele ser el ménos comun de todos.

Así pues, yo digo para mis adentros:

—Aquí hay que defender todo aquello que es noble y levantado, y fustigar y combatir con inexorables censuras, todo lo que es ridículo, lo que se presenta fuera de lugar, lo que perjudica al adelanto y á la cultura pública.

Si yo fuera capaz de envanecerme por algo, diria:

—No han sido vanas é inútiles algunas indicaciones hechas por mí en estas revistas. Un dia y otro he estado conbatiendo la mala colocacion de los andamiajes. He levantado mi pobre voz en favor de los albañiles... Pues bien; el Ayuntamiento de Madrid está de mi parte puesto que ha tratado sériamente en sus sesiones de obligar á los maestros de obras á que garantizaran con mejores andamios las vidas de los infelices operarios. ¿Se realizará?... No lo sé; pero si es necesario volveremos á la brecha. *¡Gutta cavat lapidem!*

Los vendedores de pan mermado de peso, de quienes tambien me he ocupado algunas veces, andan ahora algo más derechos. Y los chiquillos miserables y harapientos, pululando por Madrid y constituyendo una mancha repulsiva, una nota discordante en el gran concierto de lujo y bienestar que en las calles de esta capital se observa,... esos pobrecitos séres, por los cuales decia yo á los protectores de la Infancia:

—No podreis vanagloriaros de vuestra obra miéntras no hagais desaparecer tamaña miseria.

Y á los protectores de animales y plantas:

—Bueno es cuidar de las bestias y de las flores; pero todo esto se hallará muy en su lugar cuando no haya séres desvalidos de cuerpo y alma, faltos de instruccion, de vestidos y de alimento...

Pues bien; esos chiquillos, si no mienten las voces que han corrido, están próximos á desaparecer de las calles de Madrid. El Sr. Gobernador trata de que se les proporcione amparo; con lo cual prestará un doble servicio:

A la moral pública;

Y al ornato de esta villa y corte.

***

¿Dónde voy á parar con todo esto?...¡Reanudemos el hilo!

Decia que me encuentro en un grave apuro.

Madrid está de fiesta. Al través de los cristales de mi ventana estoy viendo ondear en estos momentos la bandera nacional y las colgaduras de los balcones de enfrente.

El único asunto de que puedo hablar no se acomoda bien á mis costumbres de cronista.

¡Lo reconozco! La efervescencia patriótica es hoy la única comidilla de Madrid.

Ayer bajaron oleadas de gente á la estacion del Norte. El anden rebosaba de entusiasta muchedumbre; y en los alrededores bullia un hormiguero humano, compuesto de todas las clases de la sociedad. Es un hecho.

Hoy la concurrencia á la estacion será todavía más numerosa. Los vivas y las aclamaciones indemnizarán al rey de las torpezas de una parte del pueblo de París.

Si con un anteojo de gran fuerza pudiesen ver los parisienses sensatos la aglomeracion de gente alrededor de la estacion del Norte, es fácil que á alguno de ellos se le ocurriera exclamar:

—Hay tanto público reunido como lo hubo en el Hipódromo de Paris el dia en que llevados de nuestro espíritu ferviente y humanitario dimos la gran fiesta en provecho de las víctimas de Murcia, Almería y Alicante.

***

Estoy escribiendo esta revista en los momentos solemnes. Yo no puedo, por tanto, formar parte de la muchedumbre; pero he leido los periódicos, escuché la opinion en los cafés y en las calles, y sé de antemano que la ovacion que se haga al rey será entusiasta.

Todo se impregna de la emocion del dia.

Ayer mismo en el teatro de *Eslava*, recientemente abierto, ocurrió una explosion.... ¿de gas? no.... de patriotismo.

Representábase la revista cómica *Ellas y nosotros*, en la cual desempeña la actriz Juana Pastor un papel de artista francesa. Lo regular es que cante unos *couplets* y haga unos movimientos acancanados que todas las noches han merecido los aplausos del público.

Pero ayer, la estética era otra. Se convino en que los *couplets* no valian nada.

Salió la Pastor á la escena, y apénas hubo llegado á dos pasos de la concha del apuntador, y se dispuso á cantar, comenzaron á oirse protestas y rumores en la sala. El público tenia tambien su papel bien aprendido. Así es que entre los que protestaban y la elegante artista hubo avenencia en seguida.

Aparentó decir con sus gestos la actriz:

—¿No quereis canciones francesas? ¡Lo comprendo! Estábamos ántes equivocados. ¡La *jota!*, no hay nada como la *jota!*

Y haciendo una seña á los músicos empezó á cantar aquello de

La Vírgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa.... etc. etc.

Y resonaron los aplausos, y salió Ducazcal á dar vivas á España.... y concluida la funcion fuéronse los espectadores á sus respectivas casas, y se durmieron pensando como el emperador Tito:

—¡No hemos perdido el dia!

***

Esa brillante imaginacion española se calmará dentro de unos dias. Somos vivos como la pólvora; sentimos nuestro corazon enardecido por el sol meridional que cae sobre nosotros como lluvia de fuego; tenemos el ímpetu de la dignidad que no consiente ni un ápice de ofensa; somos fieros, nobles, altivos,.... no cabe duda. Pero, pasados los críticos instantes de la indignacion, reconoceremos que los vocingleros de Paris no son la ciudad parisien ni el pueblo de Francia.

En todas partes hay chusma, y esta no puede representar el espíritu ni el corazon del pueblo donde se guarece.

Las manifestaciones públicas hechas ayer y hoy en Madrid son naturales y justas.

Todo pueblo que se cree herido, protesta con dignidad y energía.

No nos acordemos, pues, hoy de ningun acontecimiento baladí. La humareda patriótica borra y extingue todos los demás sucesos.

¡Está bien!.... hagamos ahora nuestro *Paris-Madrid....*

Mas ¡por Dios! que los gritos de unos cuantos centenares de parisienses degradados y embrutecidos no nos hagan olvidar nunca lo que vale Paris, su cultura, su espíritu humanitario, su cortesía.

¡Realicemos nuestro *Paris-Madrid;* pero acordémonos de *Paris-Murcia!*

PEDRO BOFILL

Madrid 4 octubre 1883

LA EXPOSICION DE AMSTERDAM

España.—Documentos de las sub-comisiones.—*Cuba, Puerto-Rico, Filipinas, Fernando Póo, la Península.*—Vinos.—*Brasil y América del Sud.*—*El Japon.*—*Alemania.*—Aspecto guerrero.—El parque y sus pabellones.

Continuando la revista de la seccion española, haremos notar una verdadera biblioteca de memorias, folletos, libros y escritos, que las *sub-comisiones provinciales* de Cuba, de Puerto Rico, de Filipinas y de Fernando Póo han presentado, relativas á la geología y mineralogía del país, á la estadística de la poblacion, á los medios de existencia, estado sanitario, estudio de enfermedades endémicas, estudios clínicos, lenguas de los indígenas, colonizacion, formas de gobierno, usos y costumbres, religiones, etc., etc.; todo lo cual va acompañado de planos y modelos de buques, de casas, de fortificaciones, de hospitales y de vehículos.

Riquísimos son los productos agrícolas de Cuba. Cigarros sin competidores como los de Caruncho; azúcares; fibras de plátano para hacer papel de cigarrillos y fibras textiles para sogas, cuerdas y telas, de la planta llamada por los botánicos *Hibiscus Tillanus*; piñas, magüeys, plátanos, yucas, pitas, boniatos, manatís, sagús, cuerdas de mayagua, maíz, arroz, algodon, cacao, café, té, añil, vainilla, y una rica coleccion de palomas de cuevas.

La isla de Puerto Rico expone una infinidad de especies de café, riquísimas todas ellas, algodon y tabaco en rama, en hoja y trabajado; ron de primera calidad; aguardientes de caña, azúcares y mieles, achiote, maíz, algodon, arroz, mate, semillas de copaiba, bambúes, mármoles preciosos; minerales de manganeso, hierro, cobre, y fosfatos calizos; carbon mineral, etc., etc., y aparte de estos productos naturales, una riquísima coleccion de collares y hachas de piedra, é ídolos cinocéfalos de sus primitivos habitantes, lo cual ha llamado altamente la atencion de los antropólogos.

Las islas Filipinas han enviado la coleccion más completa de todo cuanto en un país producen la naturaleza y los hombres. Entre los productos expuestos nos limitaremos á citar los principales, como son, arroz de mil clases diversas, azúcares, cañas para bastones, petates, amacones y bayones, chocolates diversos, vinagres de coco, tabaco en rama y trabajado, cacao, mongo, sal, piñas, añil, vino de manga (excelente tónico), aceites de cortezas, aceites esenciales de un sin fin de plantas, grasas vegetales, una infinidad de clases de fibras textiles y de tejidos diversos, sedas finísimas, esteras, nipa, trajes del país, maderas de construccion y de lujo, de mil clases distintas todos los instrumentos del cultivo de la tierra y todos los arreos de pesca; una riquísima coleccion de minerales, y un sin fin de artefactos. Además. figuran en esta instalacion una coleccion notabilísima de ídolos de los primitivos habitantes de estas islas, personificacion de la sombra, ó del *desdoble*, de los antepasados, lo cual, al parecer de eminentes historiadores de la religion y de profundos sociólogos, pareceria indicar que las creencias religiosas no se originaron en el temor, sino por el contrario, en la reproduccion en la mente humana de las imágenes queridas de los progenitores difuntos.

Fernando Póo ha dado á conocer productos que hasta ahora ni siquiera se sospechaba fueran explotables; tales como el fruto del árbol del pan, canela riquísima, bambúes, caoba, ébano, materias tintóreas, café de primera calidad, tabaco muy parecido al de Cuba, pimienta, azúcar terciado de muy buen sabor, aceite de palma y miel. Además, hay un esqueleto y huesos de negros *bubis* con varias fotografías de los mismos, y todos los instrumentos, armas y adornos que usan, con los ídolos, cuchillas sagradas, flautas, esquilones é insignias sacerdotales de su religion, la cual está aún en el grado de un polidemonismo de los más imperfectos.

La Península ha presentado vinos de muchas clases, coleccionados por la Sociedad de agricultores.

Tal aceptacion han tenido, que á más de los muchos premios que han alcanzado, han sido objeto de grandes pedidos.

Figuran tambien en las estanterías de la península, aguardientes, licores, aceites naturales y refinados, algunos medicamentos, y las principales aguas medicinales.

En resúmen, la Exposicion Española no es una Exposicion que llame la atencion por su aspecto lujoso como la Francesa, ni por el arte de sus escaparates é instalaciones como la Belga, pero es la seccion que más ha respondido al objeto del programa, pues ha dado á conocer á Europa un sin fin de productos que no conocia y le ha presentado el cuadro completo, estadístico, moral, intelectual, industrial, marítimo, agrícola y sanitario de nuestras colonizaciones. Es, como dijo el presidente del Jurado internacional, una verdadera exposicion científica en toda la acepcion de la palabra.

Saliendo de la seccion de España se encuentra la *Galería del trabajo*, en la que se ejercen un crecido número de pequeñas industrias, á la vista del público.

El Brasil y la América del Sud ocupan el extremo diametralmente opuesto, siendo muy poco lo que han presentado.

El Japon tiene una galería entera. Su exposicion es de muy buen gusto artístico, pero bien poco tiene que ver con las colonias, ni con los medios de colonizar. Lacas riquísimas, muebles pintados é incrustados, tazas y vasijas de todas formas, de metal blanco, de bronce y de porcelana; marfiles, cueros imitacion de los antiguos de Córdoba, sedas, papeles, armas del pais, objetos de bambú, muñecas, máscaras de sus histriones, abanicos, parasoles, etc., etc., industrias todas símiles á las de los chinos, sus hermanos en raza, pero ejecutadas, pudiéramos decir, más sériamente.

Llegamos, por fin, á Alemania, la última de las naciones en el órden de galerías, y una de las primeras por su exposicion. Fortificado en una especie de ciudadela feudal, separado de los demás reinos como por una muralla inexpugnable, erizado de armas, lleno de medios de ataque y de defensa, se nos presenta el imperio germánico como representando el predominio del hierro y del acero en la lucha material por la existencia. Su aspecto es formidable. Al entrar en esta seccion, si no fuera por el aspecto tranquilo que presentan los dos *chalets*, el del *vino del Mosela* y la *cervecería de Nuremberg*, uno retrocederia lleno de terror; pero una vez pasados los umbrales de la instalacion Alemana, no se puede ménos de admirar los productos de aquellos laboriosos industriales. Los objetos de hierro forjado que han presentado Munich y Nuremberg, admiran; son tan artísticos, tan llenos de carácter, tan bien entendidos, que no puede pedirse más al martillo, á la lima y al buril.

Si saliendo de la seccion del hierro, vamos á la del bronce y á la del cobre, veremos en ellas verdaderas maravillas del repujado, del fundido y del cincelado; y si pasamos á la del vidrio, hemos de encontrar en ella ventanales con escudos, lemas, personajes y otros asuntos, esmaltados en colores que la imaginacion más poética jamás ha soñado, y vasos cuyas filigranas y cuyas medias tintas compiten en delicadeza con las de Venecia.

Profunda impresion estética nos causan tambien las *fayences* y objetos de barro cocido y barnizado: ya sea en los colosales bocks esmaltados de azul, con personajes y divisas de relieve, ya sea en las monumentales chimeneas, estilo gótico y estilo renacimiento, cuyo dibujo parece concebido por Durero: la cerámica alemana se ha llevado la palma. Su madera tallada y el mueblaje preséntanse en esta seccion á mayor altura que en otra alguna, lo mismo que el decorado de las habitaciones. El renacimiento de la buena época de Cárlos V, combinado con el gótico florido, es el estilo que en esos artículos domina. Al lado de las instalaciones de Dissel de Munich

y de Bembé de Maguncia, todas las de los franceses parecen quincalla.

En fin, la seccion alemana nos ha presentado una coleccion de obras de enseñanza, nada lujosas, pero las primeras en la instruccion pública, y en especial en la de las colonias de todos los países conocidos, por estar en las lenguas de los respectivos pueblos indígenas, y adaptadas á su inteligencia.

Hemos terminado con la Exposicion del Palacio; salgamos de él, y vayámonos al parque, extensísimo jardin que rodea el edificio en que están contenidas las galerías de las naciones. En esta explanacion levántanse una infinidad de construcciones, pabellones, casas, columnas, restauranes, tiendas, kioskos, chalets, monumentos, etc. Si empezamos á recorrerlo por su parte izquierda nos encontraremos con el *palacio de las colonias holandesas*, en que están expuestos todos los productos de éstas, y todo lo relativo á sus razas, usos, costumbres, religiones, navegacion, agricultura é industria. Al lado de este edificio llama la atencion todo *un pueblo javanés*, con sus casas de bambú, elevadas sobre el nivel del suelo para que resistan las inundaciones; con sus animales domésticos; con sus carros y sus arados; con sus extraños barcos de forma monstruosa y velas de colores chillones, anclados en el cañal. Al fin de este pueblo está el célebre edificio indio del *Gamolang*, en el cual se sirven *almuerzos visnuitas*, compuestos de arroz con muchas salsas, especias y carnes desconocidas para nosotros. Miéntras los comensales comen, una bayadera baila, con los atributos sagrados, la danza religiosa en honor á Khrisna, el dios del amor, danza muy parecida á un zapateado al són de unos instrumentos que tañen unos indios, instrumentos que tienen algo del tambor, de la caldera y del *tam tam* chinesco.

El pabellon de agricultura, con sus invernaderos, nos muestra las diversas formas de las especies vegetales de todos los continentes. Detrás de este la colosal *galería de máquinas*, nos presenta mil inventos para economizar tiempo y esfuerzo en el trabajo, sobresaliendo en ellos los alemanes, más aún que los americanos é ingleses. *La exposicion de vehículos y medios de locomocion* está en el centro y forma el tránsito al palacio de la *Exposicion de pinturas y esculturas*. En él están regularmente representadas Bélgica, Holanda y Francia; pero mal todas las demás naciones, por haber concurrido á la exposicion de Bellas Artes de Munich. Ya á la derecha, encontramos un sin número de tiendas y pabellones en los cuales se venden cigarros de la Habana, de Filipinas, de Puerto-Rico, y de los llamados de Hamburgo; entre estos pabellones están dos expendedurías de vinos de España, de Madera, de Italia, de Francia y de Grecia. Siguen, esparcidas por todo el parque, las cervecerías, entre las cuales citaremos las de Pilsen, y la famosa de Heidelberg, el *Gallo y las llaves*, cuya forma es la de un inmenso tonel. *El pabellon de las canteras belgas* levanta sus torres al otro lado del canal, miéntras llama la atencion del lado de acá, la artística casa, estilo renacimiento, del célebre *Lúcas Bools*, el inventor del Curaçao. No léjos y adosada al pabellon del correo y del telégrafo, está la *antigua panadería flamenca*. Cuatro grandes *cafés restauranes*, con galerías al aire libre, forman, con el *gótico pabellon de los vinos del Rhin*, la plaza central del parque, en la cual toca la mejor orquesta de Berlin. Dos grandes puentes conducen á la parte anterior del parque, en la cual levántanse, entre otros, tres pabellones monumentales, *el del Rey de Holanda*, el de *la Ciudad de Amsterdam* y el de *la prensa*. El primero contiene un museo de objetos curiosos y artísticos de la ciudad; el segundo es un edificio con varias estancias ricamente amuebladas al estilo flamenco, para recibir al monarca; y el tercero es el centro de los periodistas y literatos de todo el mundo, centro en el cual se encuentran estancias amuebladas con mucha propiedad en diversos estilos, y un salon central inmenso, en cuyas mesas se leen todos los periódicos é ilustraciones que se publican en todas las lenguas. Ya hácia la salida se halla el *pabellon de la talla de los diamantes*, despues del cual, saliendo ya por el *palacio del Museo*, no hay más que subir á su piso principal y admirar allí la exposicion de antigüedades, especialmente del tiempo de la dominacion y guerra con los españoles, que es el más completo que se conoce.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

UN PEDAZO DE CIELO, cuadro por F. Bachmann

Hogar tranquilo y lujoso, un tierno infante dormido en muelle cuna, una jóven madre velando el sueño de su hijo, elegancia, fortuna, dicha, un ambiente saturado de felicidad; en el interior la maternidad con todos sus atributos y la puerta de este alcázar defendida por el invisible ángel de la paz conyugal.... ¿Qué más puede apetecerse para demostrar que aún cabe cómo gozar honestamente en este pícaro mundo?

La verdad del hecho es que, teniendo la felicidad á mano, ó siendo muchos los que la tienen, se empeñan en irla á buscar, no sólo muy léjos, sino en un mundo artificial á gusto de consumidores estragados.

La naturaleza humana es un problema sin solucion precisamente porque el error originario depende del planteamiento de los factores. Nos hemos empeñado en que la paternidad es una carga, en que el amor conyugal es una antigualla ridícula, en que el hogar doméstico es una cárcel inaguantable; y á puro asentir en estas mentiras, nos alejamos de una verdad inconcusa, ó sea que la felicidad terrenal está en razon directa de la práctica de una virtud al alcance de todos.

Compréndase el encanto de la paternidad y habremos resuelto el problema.

LOS INFORTUNADOS, cuadro por Juan Geoffroy

La vista de este cuadro impresiona tristemente. El autor se ha propuesto, sin duda, excitar la compasion del público á beneficio de una parte de la sociedad desvalida, y para ello ha dibujado, con realismo desgarrador, distintos tipos afectados de esa pobreza de sangre, de esa horrible anemia que tantas víctimas inmola á nuestro lado.

Agreguemos á esa enfermedad la agravacion de la miseria, y tendremos un ejemplar tristísimo de la humana desdicha, que no impide, sin embargo, que la humanidad disipe harto á menudo los tesoros de su salud y de su caja, haciendo que las faltas de los padres caigan sobre las cabezas de los hijos y de los hijos de éstos.

El cuadro que reproducimos es, como dijo Eguilaz, una verdad amarga y una gran verdad.

EL TOQUE DEL AVE MARIA, cuadro por C. Beeker

La campana de San Marcos toca el *Angelus* y la familia del patricio veneciano interrumpe su plática para encaminar á la Vírgen sus oraciones y depositar una ofrenda de flores ante la dulce imágen de su patrona.

Todo en este cuadro respira plácida calma: los acentos del bronce religioso tienen el poder, siquiera miéntras duran sus vibraciones, de apaciguar las tempestades del alma. El patricio que se descubre piadosamente, quizás fué sorprendido por el toque de la campana en el momento en que acariciaba horribles proyectos de venganza. Porque no hemos de olvidar que la escena tiene lugar en Venecia y que los magnates de la célebre república se profesaban entre sí mortales odios. ¡Ay de cada uno de ellos si la voz del cielo, la voz de las campanas no viniera á interrumpir la ilacion de sus sangrientos proyectos!

Por fortuna, la boca que pronuncia el *Angelus* no puede en algun tiempo proferir sentencias de muerte. El culto á la Vírgen está inspirado en los dulces afectos del amor más puro, y cuando en la hiel del corazon se mezclan siquiera algunas gotas de bálsamo celestial, la mano vengadora deja caer el arma homicida, por instinto se junta á la otra mano, y entrambas se elevan á Dios defiriendo á su justicia la causa del ofendido.

OBJETOS DE CERÁMICA

Los tres jarrones que reproducimos en este número, son otras tantas muestras de la perfeccion á que ha llegado el arte cerámica, en la cual compiten ya los modernos industriales con los renombrados artífices de la antigüedad etrusca, griega y romana. El segundo es un jarron adquirido en el Japon por el museo de Kensington por el precio de 2250 pesetas, habiendo ofrecido el gobierno japonés por recobrarlo una cantidad mucho mayor. Los otros dos, fabricados en Europa, se distinguen, como aquel, por la elegancia de sus formas, por la vivacidad y consistencia de sus colores, y por el gusto de su ornamentacion de estilo greco etrusco, el más á propósito para objetos de esta clase.

UN MODELO, tipo por M. Marqués

Una frase oportuna califica á un hombre de ingenio. De la propia manera un apunte al lápiz descubre á un artista.

A la simple vista de los tipos esbozados por Marqués, se echa de ver la facilidad con que este pintor ejecuta sus obras. Hay en su ojo una seguridad y en su mano una firmeza, que aparecen en sus obras más insignificantes; porque las obras de arte no son buenas ó malas segun que el autor ha querido darlas ó quitarlas importancia; sino que con ser de un hombre de talento, este ha de revelarse á pesar de todo. Sucede con el verdadero mérito lo que con el agua que se coge con la mano: cuanto más esta se cierra, tanto más aquella se escapa.

TIPOS GEORGIANOS, dibujo por A. Berisse

Deseosos de dar la mayor variedad posible á nuestra publicacion, ofrecemos hoy en la lámina suelta una coleccion de tipos orientales georgianos ó comunes en la Georgia, copiados del natural con tanta naturalidad artística como inteligencia etnográfica por el pintor arriba citado. Hoy, que parece haber renacido la aficion al estudio de aquellos antiguos países, á donde se encaminan tantos y tantos exploradores y viajeros, los unos para hacer profundas investigaciones históricas y los otros para conocerlos bajo el punto de vista de sus usos y costumbres, creemos interesante la publicacion de los mencionados tipos, que dan una idea del atraso en que viven los pobladores de una region tan célebre en otro tiempo, y á la que puede calificarse de cuna de la humanidad.

DESARROLLO DE LA MARINA

En nuestra agitada época se sabe y sobre todo se habla de tan diferentes cosas, se ve tan á menudo representado cuanto hay ú ocurre en todos los países, que los objetos ó los asuntos pasan por nuestra vista ó nuestra inteligencia con la velocidad de un tren á todo vapor y por consiguiente sin que podamos apreciarlos con exactitud siquiera aproximada. Esto mismo aviva el deseo de conocer todo lo nuevo, y hace que lo que cuenta ya larga fecha se haya de presentar de un modo muy conciso, si ha de poder ocupar un puesto entre tantas y tantas novedades. De aquí resulta que los resúmenes históricos, las ojeadas retrospectivas sean interesantes, sobre todo cuando se trata de lo que se conoce mal ó se ignora en absoluto; pues gracias á ellos se consigue evitar que las personas no interesadas en el asunto, que son las más, pasen adelante cuando para su comprension no les basta una rápida ojeada.

En virtud de estas consideraciones, creemos que no carecerá de interés el trazar, aunque á grandes rasgos, la historia de la navegacion en los pasados siglos, representando en las páginas de la ILUSTRACION lo que ha servido sucesivamente al hombre para salir del rincon en que nació, é ir á explorar mares desconocidos, arrostrando ignorados peligros, y llegando por último á conocer y á disfrutar de todo cuanto nuestro planeta produce.

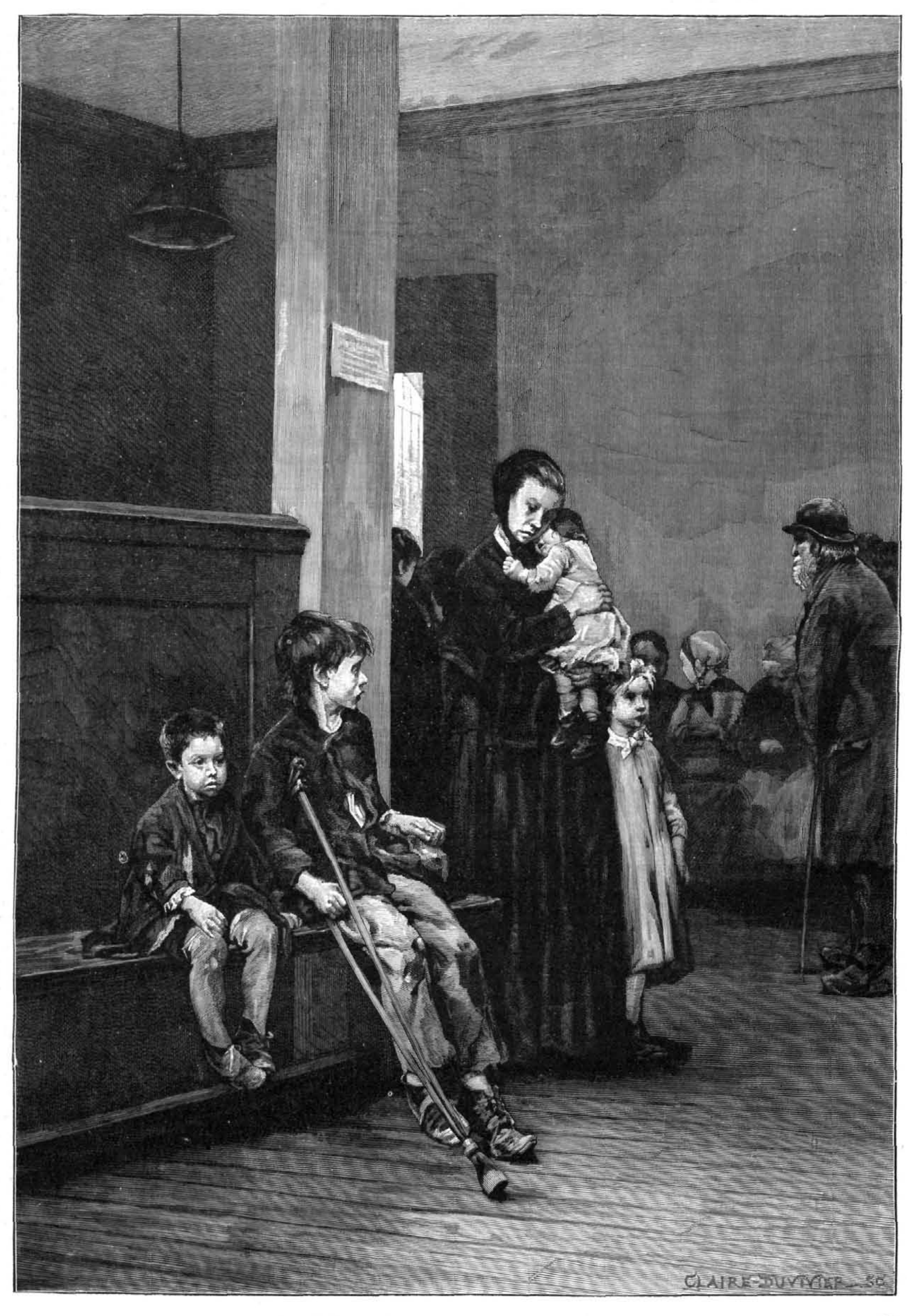
Los principales Museos de Marina de Europa, incluso el de nuestra patria, nos proporcionan los medios para hacer dicho resúmen, por cuanto no tan sólo contienen lo que los pueblos más civilizados han producido en punto á industria naval, sino que en los objetos ó modelos que custodian se echan de ver los limitados esfuerzos de los pueblos salvajes, cuya ignorancia en la produccion de los metales les ha impuesto los mismos límites de accion y les ha obligado á valerse de los mismos materiales que á nuestros antepasados de la edad de piedra y de bronce. En dichos museos no sólo se conservan modelos de embarcaciones exclusivamente europeas, sino tambien de todos los mares conocidos, mas como tan considerable resúmen en objetos materiales hubiera sido extenso en demasía para reproducirlo en un periódico ilustrado, y como por otra parte lo que más nos interesa es lo que más particularmente nos atañe, hemos creido oportuno limitarnos á formar un conjunto de lo que puede llamarse marina europea, agrupada en una sola página.

Parte este conjunto de una piragua lacustre, encontrada há poco tiempo en el lago de Neuchatel. A esto se han limitado todos los pueblos ribereños de mares procelosos más largo tiempo que aquellos cuyos bonancibles climas les permitian arriesgarse más, y por tanto perfeccionar sus embarcaciones; y estas canoas ó piraguas eran las usadas por los primitivos habitantes de las costas orientales y del Sur de España. Los egipcios, pueblo que ha precedido á todos los demás, nos han dejado en sus monumentos representaciones de sus buques, en los cuales empleaban casi exclusivamente el remo, pues la vela sólo servia de auxiliar. En los barcos de Ninive vemos dos órdenes de remos, lo propio que en los griegos; los romanos adoptaron casi todas las formas de las embarcaciones propias de cada país en que dominaban; por eso sus modelos son tan numerosos; por lo general eran grandes, ricamente adornadas, sólidamente construidas y con dos y á veces tres órdenes de remos, si bien por ser esto muy embarazoso no usaban por lo general más que un solo órden. Sus naves tenian los extremos muy levantados sobre el agua, ostentando vistosos adornos y llevando uno ó varios espolones de bronce en forma de cabezas de animales ó rostros de monstruos, por lo que se llamó *rostros* á las proas: sobre la popa se elevaba un pabellon ó cámara suntuosamente adornada, y junto á ella las enseñas del pueblo romano. En todas estas embarcaciones el timon consistia en un grande y ancho remo sujeto á un costado, y las velas eran comunmente cuadrangulares y suspendidas por la mitad de sus respectivas vergas.

Despues de la caida del imperio romano y de la irrupcion de los bárbaros, la marina decayó sobremanera; las lujosas y grandes naves fueron desapareciendo, y sólo el comercio siguió construyendo algunas embarcaciones de formas toscas, movidas por remos, de borda ó bandas muy bajas para que los remos pudieran entrar y salir fácilmente en el agua, y bastante largas. La Edad media empleó remos múltiples; pero los hombres se colocaban en el mismo banco, y á veces cinco, seis y hasta nueve de ellos manejaban un mismo remo, llamado *scaloccio*, usados en las galeras y galeazas.

La parte izquierda de nuestro grabado muestra las trasformaciones de la nave de remos desde los orígenes de nuestra historia hasta hace unos doscientos años. Su comparacion con la parte derecha, dedicada al Océano, permite ver la gran ignorancia en que se estaba de la antigua historia marítima de esta parte de Europa, pues son escasísimos y relativamente recientes (siglo XI) los documentos de donde se han podido sacar datos acerca de las naves oceánicas. De los pocos que tenemos resulta que apénas se usaba en ellas el remo, que llevaban velas cuadradas, á menudo llenas de bordados, y que iban armadas de castillos y alcázares, siendo conocidas con el nombre de *naos*. Estos buques carecian tambien de timon, sirviéndoles de tal uno ó dos grandes remos puestos á popa, y el aparejo para manejar sus velas era bastante complicado.

No se tienen noticias más seguras acerca de las naves que trasportaron á los cruzados á las costas de Asia, ni de las que condujeron la cruzada de San Luis á las de Africa, ni de las que doblaron el Cabo de las Tormentas á las órdenes de Vasco de Gama cuando fué al descubrimiento y conquista de la India, si bien se sabe que en su construccion eran mucho más marineras que las anteriores, y que ya empezó á adoptarse en ellas las velas latinas. La *galera* fué dominando en las escuadras reales con ventaja, pues su gran número de remeros las impulsaba vigorosamente y su poco calado las permitia acer-



LOS INFORTUNADOS, cuadro por Juan Geoffroy



EL TOQUE DEL AVE MARIA, *cuadro por C. Beeker*

carse mucho á las costas; llevaban dos mástiles colocados muy á proa con grandes velas latinas. Usábanse tambien las *fustas*, *leños* y otras embarcaciones menores. Estas naves pasearon por todo el Mediterráneo las gloriosas enseñas de Aragon y Castilla durante los siglos XIV y XV.

Tampoco hay seguridad completa relativamente á la forma de las célebres carabelas de Colon, si bien ateniéndonos á los datos legados por los contemporáneos, el célebre piloto Juan de la Cosa entre otros, y á la autoridad de ilustrados marinos, como el erudito Sr. Fernandez Duro, dichas embarcaciones eran más grandes de lo que generalmente se cree, de marcha rápida y de construccion sólida, con dos castillos alterosos á popa y á proa, más elevado el primero que el segundo, tres palos verticales y bauprés, aparejo redondo, y trinquete y mesana latina. La marina mercante adoptó en los siglos XV y XVI este tipo de barco por su construccion económica y ligereza en el andar.

Vense á continuacion en el grabado las naves con que los holandeses suplantaron á los portugueses en Oriente y que perfeccionaron lo bastante para pasar largo tiempo como maestros en construccion. El aspecto de los dos lados de la línea de separacion muestra la diferencia producida por los mares, pues por una parte las aguas más tranquilas del Mediterráneo dieron orígen á la embarcacion baja y larga que recibió el nombre de *sutil*, y predominó siglos enteros en dicho mar con sus remos hasta fines del siglo XVII, y por otra parte vemos el buque redondo, grueso, corto y más alto que, más á propósito para las olas del Océano, casi no usó más que velas cuya maniobra requeria pocos brazos, y en el cual se podian hacer largos viajes que con las galeras no era dado efectuar á causa de los muchos víveres que necesitaba su numerosa chusma. Esta division, marcada por la línea trazada en medio del grabado, ha subsistido hasta que el aparejo y el arte de manejarlo llegaron á ser bastante perfectos para navegar sólo á impulso del viento, pudiendo decirse que á este arte de dirigir la maniobra del velámen se debe el conocimiento del mundo que la galera no habria podido recorrer jamás.

Todos estos barcos llevan velas cuadradas, algunas superpuestas y aferradas á sus gavias y no á las vergas, como posteriormente: además tienen ya timon de goznes, cuya primera época es difícil fijar, pero que es una invencion importante que parece perteneciente á Europa, así como el modo de acomodar las velas á la fuerza del viento tomando rizos. Merced á ambos inventos, se pudo agrandar el barco y darle un motor más poderoso, y por consiguiente afrontar mejor los temporales navegando distancias cada vez mayores. De doscientos años á esta parte, han permitido tambien maniobrar buques de cinco puentes superpuestos, cuatro de ellos armados de cañones que pesaban cuatro millones y medio de kilógramoos, y desplegar casi 4,500 metros cuadrados de velámen, que el hombre ha podido manejar con sus débiles manos en todo tiempo.

El segundo grabado ó sea el inferior representa los adelantos marítimos de toda clase; la galera armada de cañones, así como la galeaza que no cambia ya hasta su desaparicion de la escena marítima; la vela latina consagrada especialmente á la navegacion por el Mediterráneo y que continuó usándose en los elegantes jabeques hasta principios de nuestro siglo, presentando así los últimos restos de una marina especial desaparecida á causa de la adopcion de tipos propios para todos los mares, figurados en las últimas líneas del dibujo.

El navío de guerra recibió su perfeccionamiento á mediados del siglo XVII, sirviendo de ejemplo el que representa el francés *La Corona*, buque que ofrece una mezcla de las velas del Océano y de un resto de los usos del Mediterráneo, por su proa larga y baja, y por su popa, de altura exagerada; dos escesos que no se remediaron sino despues de muchos años, como se puede ver examinando el navío holandés de 1680 y el *Royal Louis* de 1692. Nótase que el aparejo es muy extenso y la maniobra más fácil: sólo el bauprés no estaba bien situado ni bastante sostenido con cuerdas, porque aún se tenia mucho empeño en defender los extremos del buque, lo cual era necesario, porque en tiempo de calma el navío estaba inmóvil, al paso que la ligera galera tomaba las posiciones que queria; mas era ya sobrado débil su artillería y no se la podia dar mayores dimensiones para que llevase más, razon por la cual se habia renunciado tambien á la galeaza. Por esto el papel de las galeras fué declinando á medida que se perfeccionó el navío, y desapareció poco á poco de las escuadras, siendo probable que la última la emplearan los rusos en el mar Negro en 1796.

Siguiendo el órden cronológico, vése cómo se disipan cada vez más las formas de la galera, y cómo se da ménos altura á las popas, elevando en cambio los costados y las proas hasta ponerse á nivel con aquellas; el velámen adquiere una extension de la que apénas ha excedido ya; la maniobra corriente toma buenas direcciones y la arboladura va sólidamente sujeta con muchos obenques y estays. Si el *Sin Par* de 1770 apareciese hoy en nuestras radas, nada tendria que envidiar en cuanto á la esplendidez de sus ornamentos. Tambien se notará poca diferencia entre el *Wagram* de 1800 y otro navío del mismo género modificado en sus partes superiores, el *Montebello* de 1835, que termina la hermosa serie de los navíos de vela de doscientos años á esta parte. Al lado del más poderoso de los buques de guerra, habia otros menores; como los navíos de 80, de 74 y por fin las fragatas que en su conjunto apénas diferian de ellos más que por el número de cañones. Por último, las corbetas sólo los tenian sobre cubierta: todos estos buques eran de tres palos, pero la ventaja de la division de las velas tiene un límite, y disminuyendo de tamaño, los navíos se convertian en bergantines de dos palos ó en goletas de velas trapezoidales ó en balandras.

La serie de barcos figurados en el dibujo permite apreciar estos cambios y admirar los resultados de la ciencia y de la industria humana durante los últimos siglos. A esto se habia agregado la buena distribucion interior y un órden admirable, que habian hecho la residencia en el mar tan salubre como la de las viviendas terrestres y que contrastaba con las enfermedades que aún á principios del siglo hacian de la navegacion un juego de azar casi tan peligroso como la guerra. Todo esto era obra del hombre, resultado de su destreza, del conjunto de sus esfuerzos; él es quien enseñoreaba un velámen que á veces tenia 4,500 metros de superficie, que desplegados daban al navío el aspecto de una catedral vista de lado; él, quien aprovechando los vientos, llegaba con seguridad á su destino; jamás se han demostrado mejor la inteligencia y el arrojo; pero tambien, ¡cuánta destreza y audacia se habian de emplear en las vergas cuando hacia mal tiempo! Aún no se habia presentado la máquina para unir sus esfuerzos á los del hombre, con la cual se ha llegado á tal grado de perfeccion que el navío de vela se ha visto desdeñado; el majestuoso tres puentes, la elegante fragata han sido el canto del cisne de la marina de vela, y quizá tambien el de su inteligente oficial y el de su bravo marinero; la destreza y la audacia han sido reemplazadas por la fatiga y la suciedad; el humo ennegrece las velas y hasta se renuncia á emplearlas; pero en cambio la calma y el viento contrarios son hoy tan desconocidos como entorpecedores ántes. Hoy basta poner una máquina á un barco para que reuna todas las cualidades apetecibles, y áun se le cubre de hierro para hacerlo invulnerable; pero la ciencia moderna ha preparado ya un reptil terrible; el torpedo; y el leon deberá temer á la pequeña serpiente.

UN PIANO DE ERARD

La sala cuadrada del Conservatorio, destinada al público, estaba llena de gente. A la cabeza, y á un lado de la escena, se veia con su aspecto serio y misterioso la mesa del tribunal de exámenes. Porque, en efecto, el espectáculo que allí atraia la curiosidad de tantas personas, era la distribucion de premios entre los alumnos del dulce arte de la música. Coronaba todo esto un magnífico piano, donde los contrincantes debatian el tema del programa. Este instrumento se adelantaba hácia el proscenio, y parecia mostrar sus blancos dientes de marfil á aquel que no aplaudiese á las muchachas bonitas que llegaban á acariciarle.

Era el último dia de ejercicios. Durante un mes entero, pudieron oir las golondrinas apostadas en los balcones de la sala, una misma pieza, repetida hasta lo infinito. Era una pieza de Chopin, llena de cascadas de armonía y de reptiles de notas. Saltaban aquellas, esplendorosas como sábanas de íris; retorcíanse estos como collares de guijarros. Y entre gammas y arpegios, escalas y compases, trinos y gorjeos, aquella maravillosa partitura fué pegándose, por decirlo así, á la pared, semejante á un tapiz desenrollado por completo.

Por fin, el último de los alumnos tocó sobre el clave sonorísimo la pieza de oposicion. Los plácemes del auditorio extinguiéronse entre las voces del que pregonaba la lista de los artistas agraciados; y ya se disponian á salir á la calle los espectadores, cuando un preludio, ejecutado en el piano, los hizo volver atrás.

—¡Aún queda otro!—prorumpieron varios aficionados.

—¡Luces! ¡luces!—exclamó una parte de la gente.—¡Luces, que no se ve al que toca!

—Pero, señores, si ya nadie queda por examinarse—vociferó un juez del tribunal.

—Será algun chusco—dijo un señor grave—que se quiere divertir con nosotros.

Pero la pieza de Chopin, pues no era otra la que en aquel momento se tocaba en el piano, seguia su curso, cada vez más pujante y estruendosa, y con un desempeño magistral. No se oia el traqueteo de las teclas que tanto desperfecciona la pureza de los sonidos. Era aquello como una música aérea, tocada por manos invisibles. Algo de sobrenatural levantando en sus alas, y sutilizando alguna realidad del mundo. Bien pronto, la gente que escuchaba quedó estupefacta, clavada en su sitio, consagrada completamente á la percepcion de aquella tan inesperada como mágica aventura.

—¡Bravo! ¡Bravo!—gritaban de todos lados.

—Ese es quien debe llevarse el premio—decia una voz de artista despechado.

—Pero ¡si es colosal!

—¡Si es un pianista de primer órden!

—Calladse; que quien está tocando es el Maestro Arpegios.

Entre tanto, la multitud habia invadido el proscenio. Un aglomeramiento espantoso bullia hácia aquel lugar. Los hombres, por algo son los más fuertes, saltaban sobre las mujeres, sin atender á delicadeza ni cortesía alguna y se lanzaban al tablado, donde campeaba el piano. Era aquello un hormigueo de levitas negras, de calvas relucientes, de cuellos blancos, destacándose de una manera vivísima sobre el fondo oscuro.

Tras breves momentos aparecieron algunas luces en la escena. Todos los ojos fijaron allí, con una avidez indecible de suprema angustia, sus miradas más penetrantes y escudriñadoras. Esta expectativa febril descomponia los rasgos del rostro haciendo aparecer todas las caras desencajadas. Dijérase que se asistia á la consumacion de un crímen, que se presenciaba una catástrofe vigorosamente representada en un drama.

De pronto, cuando ya las luces llegaron al lugar del piano, todos los que le rodeaban lanzaron un grito poderoso, horrible, aterrador.

—¡Dejadnos ver!—tronó la muchedumbre.

Y, en efecto, á poco, quedó vacío el escenario.

Entónces pudieron todos contemplar que el piano, que aún seguia tocando.... ¡estaba solo!

—¡Es extraño!

—¡Es sorprendente!

—¡Es maravilloso!

Decian los concurrentes, mirándose unos á otros.

—Aquí hay mácula—murmuró un hombre que tenia aspecto de jefe de policía;—¡que registren ese piano!

Realmente, á los ojos de la razon, un piano que toca solo no podia verificarlo sino por medio de un resorte. Todas las familias de los escolares se alborotaron creyendo, como cosa indudable, que aquel piano tenia dentro un cilindro convenientemente dispuesto para dar forma á todos los puntos del tema. Bien pronto, ya no hubo persona que no tuviese aquel piano por un piano de manubrio.

Los jueces, sin embargo, mandaron abrir y descomponer el instrumento á vista del público. Pieza por pieza, fué extendiéndose todo él sobre el escenario, el cual, rociado de tantos trozos informes de marfil, de hierro y de madera, parecia un campo de batalla cubierto de restos.

Pero, entónces, tuvo lugar otro fenómeno aún más maravilloso. De cada trozo salia sonando la partitura de Chopin; mas con tal precision se ajustaba cada cual de las partes componentes á la armonía comun, que el todo resultaba una obra agrandada, agigantada, avasalladora de ejecucion y de melodía.

Ya no cabia duda de que allí habia algo superior al artificio del hombre. Todos los espectadores salieron á la calle, convencidos plenamente de que habian asistido á un espectáculo de magia. El Director del Conservatorio remitió el piano á su dueño, diciéndole lo ocurrido.

El piano pertenecia á un fabricante, el cual habíalo remitido á la escuela de música para que con los ejercicios de los examinandos perdiesen su dureza original las teclas del instrumento. Era, por lo demás, un magnífico piano-muestra, un soberbio y lujoso *Erard*. Palo santo, nácar, oro, marfil, concha, cristal, hé aquí las materias de que estaba formado. Podia decirse de él, que era una boca de coral encerrando un suspiro.

Harto sintió el fabricante de pianos la desventura de su *Erard*. Primeramente abrigó la idea de que reduciria á razon su loco clave. Pero, despues, comprendiendo su impotencia, y que el piano, de dia y de noche, seguia tocando la pieza de Chopin, se puso furioso. Una vez, por fin, desesperado, tomó una hacha, y empezó á golpes con su precioso instrumento. Los pedazos volaban por el aire, caian al patio, se escondian en los rincones, plantábanse sobre las cómodas; pero, la música no cesaba. Oíanse dos astillas de caoba formar un duo de notas deliciosas; varias espinas de hueso, vibrar en fila componiendo un coro encantador. Era aquello una serie de fonógrafos multiplicados hasta lo infinito y hasta la eternidad.

El fabricante, por último, arbitró un extremo recurso. ¡Al fuego!—dijo, y no quedó partícula del piano que no fuese reducida á cenizas. Sin embargo, en las noches de viento, oíanse sonar sinfonías extrañas en lo alto de la chimenea.

Y es que toda costumbre, fuertemente impresa en nuestro sér, áun convertida en humo, guarda siempre ecos de lo que fué, representó, amó ó contrahizo en su orígen.

JOSÉ DE SILES

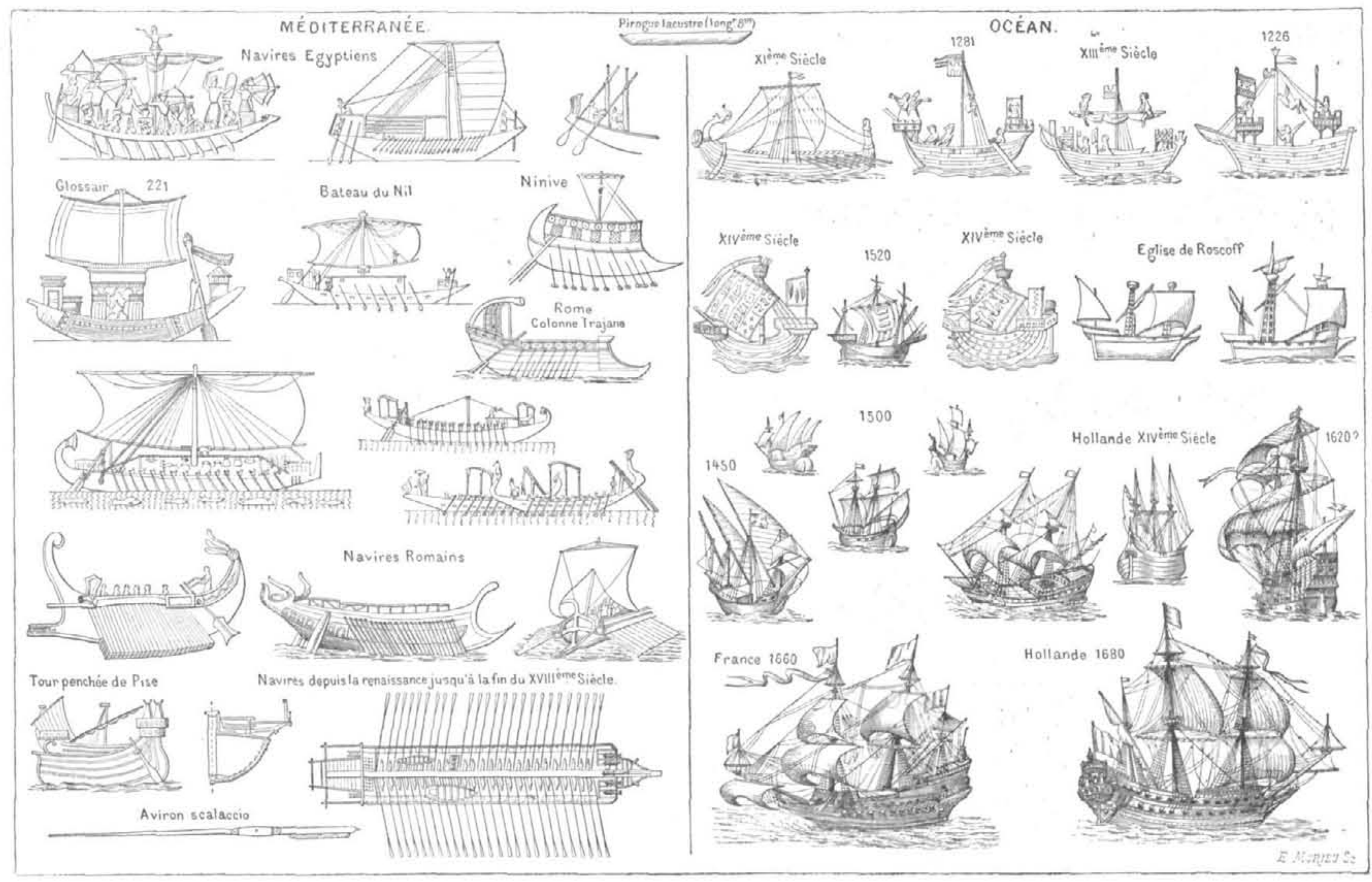
LA ESCULTURA CASTELLANA

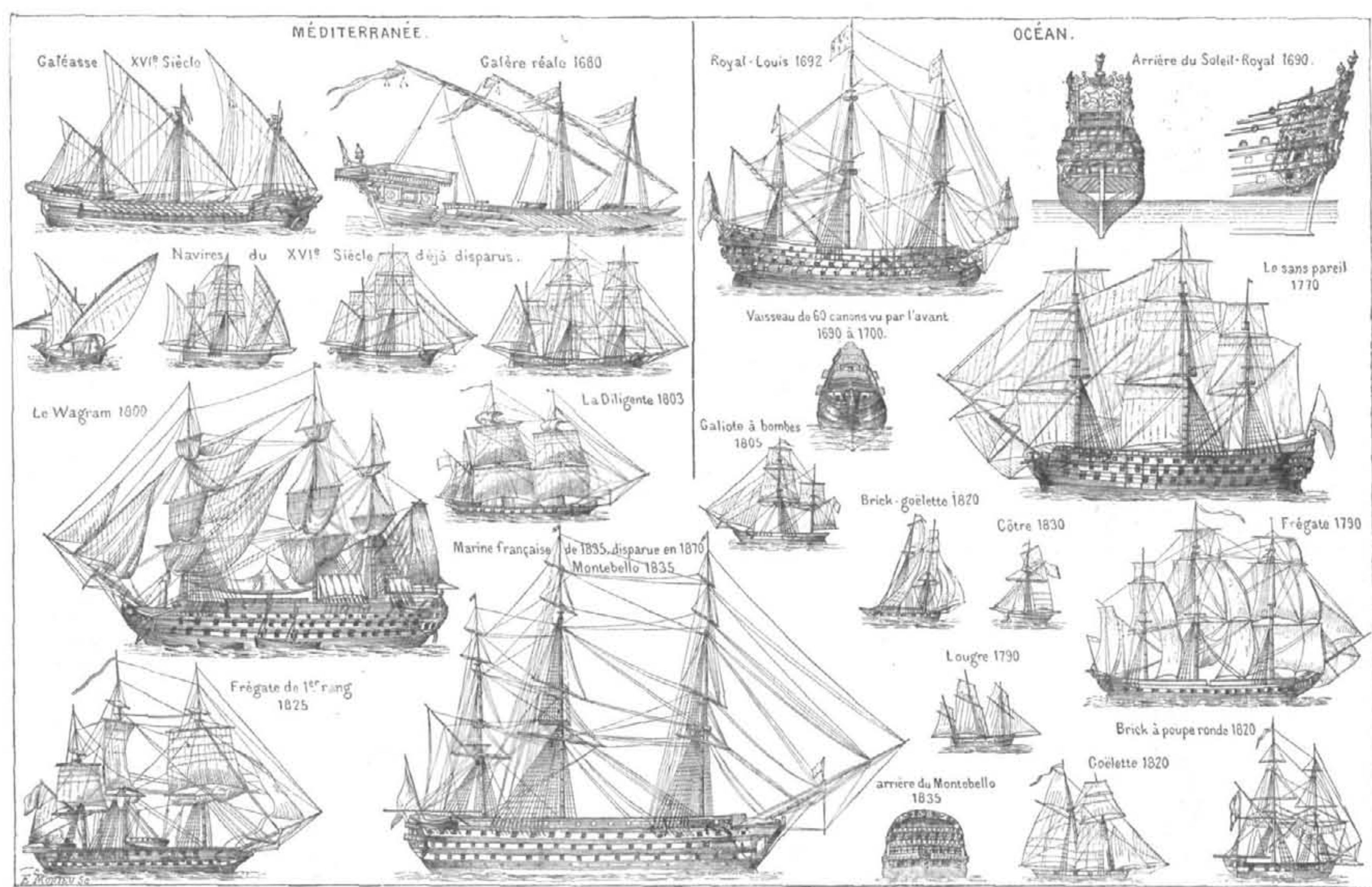
Tras el influjo francés en nuestra escultura romànica y gótica, vino el flamenco, al decaer aquel último estilo y entrar á reinar la casa de Borgoña. Gil de Siloe, Rodrigo Aleman, Dancart y otros muchos representan esta tendencia en retablos, portadas, claustros, sepulcros, sillerías, trascoros, imágenes, etc. Su influjo debia, sin embargo, ceder á su vez ante otro más potente, que fué, despues de varias oscilaciones, el que prevaleció al cabo, dando el impulso definitivo de que ya no habria de apartarse en general nuestra escultura. Este influjo fué el del Renacimiento italiano, espléndidamente manifestado en ejemplares tales como la fachada de la Universidad de Salamanca, ó la de las Casas Consistoriales de Sevilla, y que no es sólo en la escultura principalmente decorativa donde debe ya estudiarse; pues, á partir de este tiempo, la estatuaria independiente tomó inmenso desarrollo y, bajo esta inspiracion, produjo considerable número de imágenes destinadas á la veneracion de los fieles y concebidas ya sin sujecion á una determinada construccion arquitectónica, sea sepulcro, retablo, portada, etcétera. La talla en madera, á que habian dado grandísimo desenvolvimiento dos de los elementos más importantes y característicos de las iglesias españolas,—los

retablos y las sillerías de coro,—predominó sobre las otras formas y materiales; y pintándose, dorándose y estofándose casi siempre, se hizo el tipo nacional por excelencia de nuestra escultura. Crucifijos, estatuas aisladas de santos, y grupos, á veces complicadísimos, y principalmente destinados á los «pasos» de Semana Santa, son ahora los asuntos que preponderan respecto de todos los demás, ántes familiares.

De las tres grandes regiones artísticas donde se experimenta más decididamente este influjo, á saber, la oriental (Aragon, Cataluña, Valencia), la meridional (Andalucía y Extremadura) y la central (las Castillas), la última es la primera, por lo ménos en el órden del tiempo. ¿Qué nombre español, por ejemplo, puede ponerse al lado del de Berruguete en todo el siglo XVI? Balmaseda, Villalpando, Juan de Juni, Gregorio Hernandez, Becerra mismo, quedan muy por bajo. Ninguno muestra aquella energía de idea y de composicion, aquella grandiosidad, aquella nobleza, aquel aliento que viene derecho de Italia, pero que, del lado acá del Pirineo, sólo él sabe sentir cual corresponde.

Téngase en cuenta, sin embargo, que esta superioridad incuestionable de Berruguete no arguye precisamente imponderable mérito absoluto. El es nuestro primer es-





DESARROLLO DE LA MARINA, (grabado tomado del periódico LA NATURE de Paris)

cultor del Renacimiento; pero, comparado con sus compañeros de Italia, que siguen como él la direccion impresa á su arte por Miguel Angel, apénas llega á la excelencia de un Juan de Bolonia, por ejemplo, ó de un Pompeyo Leoni, cuyas obras, de que tan nobles muestras poseemos en el Escorial, en Valladolid y en Madrid, le aventajan en sobriedad, clasicismo y pureza. El genio español ha sido, más bien que escultural, pictórico.

Nacido Berruguete en 1480 en Paredes de Nava, en el corazon de lo más castellano de Castilla, y sobre todo de esa Castilla la Vieja, tan grave, tan adusta, tan entristecida, tan pálida, cuyo paisaje, como ha dicho un pensador original, está en el cielo, es decir, en las pompas de su azul profundo hasta la negrura y de sus incomparables celajes, estudia con Miguel Angel en Florencia; vuelve 15 ó 20 años despues á España, y bajo la proteccion de las clases ricas, empuja briosamente la tendencia que empieza á significarse por entónces en pro de la imitacion italiana. El reinado de Cárlos V señala, como en Francia el de su rival Francisco I, la preponderancia de este gusto entre nosotros; de la propia manera que el de Fernando é Isabel coincide con las últimas llamaradas del gótico y comienzos del plateresco. Viene éste á mezclar formas y motivos italianos á las principalmente flamencas con que se despide en España el estilo ojival, hasta tanto que esas formas, emancipadas y victoriosas del gusto espirante, adquieran cabal independencia en el puro Renacimiento que á poco se ostenta ya en Sevilla, en Granada, en Leon, en Búrgos, en Salamanca, en Zaragoza, en Toledo. Desde su vuelta, hasta 1561, en que muere en esta última ciu-

dad, y en un salon del mismo hospital de Tavera, donde acababa de terminar el sepulcro del Cardenal fundador, su postrera obra, no sólo Castilla, sino toda España, hierve en monumentos y esculturas conformes al nuevo estilo y nacidas al estímulo del artista castellano, escultor, pintor y arquitecto á la par, como su maestro y en general como los más de los insignes promovedores del bello arte en Italia. A juzgar por el inmenso número de obras que corren con su nombre, y no obstante una vida de 80 años y de más de 60 de actividad creadora, hay que suponer que en muchas de ellas, sobre todo en las más complica-



VASIJA DE JASPE ARTIFICIAL

das, sus concepciones han debido ejecutarse por multitud de discípulos, pero bajo su direccion y áun con su intervencion frecuente; practica por lo demás usual y cuya realidad confirma en muchos casos lo desigual del desempeño.

El carácter de este escultor se advierte al punto en la castellana gravedad y reflexion del pensamiento; en la nobleza y amplitud de la composicion; en el vigor de las actitudes, que llegan muchas veces á ser exageradas y violentas; en la firmeza del dibujo; en el esmerado y concienzudo estudio de las cabezas (la parte quizá más sobria de sus estatuas), desnudos, paños y toda clase de pormenores; y por último, en el sabor de la grande escuela, merced á la cual, áun en medio de sus mayores extravíos, sabe guardar una nobleza que le impide caer en vulgaridad ni medianía. Por lo comun, no es gracioso, ni distinguido, ni elegante; sino varonil, rico, severo, complaciéndose en representar la robustez de la musculatura contraida bajo los mas penosos y hasta inverosímiles esfuerzos, ántes que la facilidad de una vida que nada oprime ni perturba. Queden para otros la serenidad, el reposo, la plácida sonrisa de los dioses griegos; él prefiere el romano espectáculo de la lucha que retuerce las formas hasta la contorsion en el atleta y en el dios, en la mujer y el jóven, en el viejo y el niño. Su más famosa obra (la mitad de la sillería alta de la Catedral de Toledo); la más suave y de movimiento más sobrio (el sepulcro del Tostado, en la de Avila); la más noble y hermosa (las estatuas del retablo de San Benito, en Valladolid, muy superiores á la renombrada sillería del mismo convento y ciudad), muestran siempre las mismas virtudes y los mismos defectos, eclipsados á veces por aquellas, como en el hermoso grupo del sacrificio de Isaac perteneciente al retablo citado y que puede admirarse en el Museo de Santa Cruz.

¿Cabe decir otro tanto de los demás escultores castellanos? Descuella entre todos los del tiempo Gaspar Becerra (1520 1570); pero, suponiendo que, á pesar de su orígen andaluz, deba colocársele entre los artistas de Castilla, por ser esta la region donde vivió ,y donde se acabaron de formar su espíritu y su fantasía, educados, cual los de Berruguete, en Italia, bajo la inspiracion del mismo inimitable modelo, es lo cierto que, como no sea en el célebre retablo de Astorga, que no he visto y pasa por su obra maestra, en lo demás permanece inferior á Berruguete. Hay en él, cierto, mayor sobriedad y naturalidad en el movimiento, y tal vez más poética expresion en los rostros, que preludian ya el místico romanticismo de la escuela andaluza del XVII, llegada á su apogeo con Montañés, Roldan y Cano; pero la primera cualidad no siempre viene de la conciencia de una fuerza superior que sabe contenerse y dominarse, sino de debilidad; y con la segunda anuncia en algun modo la decadencia de



VASIJA DE PORCELANA EXISTENTE EN EL MUSEO DE KENSINGTON

la estatuaria, que olvidando su primera mision (la representacion íntegra de la forma corporal humana), pugna por competir con la pintura, concentrando la expresion en el rostro y desdeñando el resto de la figura, hasta el punto de acabar por sustituirla con un maniquí escondido bajo vestiduras ricamente bordadas.

En cuanto á Juan de Juni, otro de los más célebres, y, aunque extranjero, de los más genuinamente españoles por el tono general de sus obras, es inferior aún. En su primera manera, conserva todavía un cierto sabor purista y semi gótico, tan agradable como el que se advierte en la Vírgen del altar mayor de la Catedral nueva de Salamanca; pero cuando, descontento de la tranquilidad un tanto insípida de ese estilo, intenta en mal hora rivalizar con el movimiento y calor de Berruguete (intencion que atribuyen al retablo de la Antigua, de Valladolid, y que en realidad puede leerse más ó ménos en las obras de su segunda época), el fracaso es notable. Sus figuras se retuercen, pero con poca idea y elevacion; son á menudo apelmazadas, bastas y vulgares; y en suma, reproducen todas las faltas y hasta extravagancias de su modelo, sin su grandeza, dignidad y energía. Se ve que el vigor no viene tan de adentro. Nada más instructivo en este respecto que el citado retablo, ó el de Santiago, en la misma ciudad, ó el grupo del *Entierro de Cristo*, dispuesto en el testero de la última sala de su Museo. En cuanto á su *Dolorosa*, ó sea «la Vírgen de los cuchillos,» colocada en



JARRON DECORADO CON ADORNOS GRECO-ETRUSCOS

la iglesia de las Angustias y en la cual quizá se inspiró Corral más tarde para la suya en la Vera Cruz de Salamanca, es amanerada, aunque de más varonil estilo que la obra de su imitador.

En Valladolid puede estudiarse, como en parte ninguna quizá, á otros escultores castellanos. Si desde Berruguete á Juni, el arte decae, mayor es todavía el descenso desde Juni á Gregorio Hernandez, sucesor de ambos en el órden del tiempo (1566 1636), y áun del último en la casa y taller, pero que seria temeridad comparar un solo instante con el ilustre hijo de Paredes. Su *Santa Teresa* y su *Cristo* son estatuas medianas y agradables; pero nada más. Su famoso *paso* del *Descendimiento*, en la iglesia de la Cruz (donde abundan sus obras) y su otro *Descendimiento* en la primera sala del Museo, son muy desiguales; y aunque sólo habrá hecho él las principales figuras, éstas tienen poco interés, ménos sentimiento y ninguna delicadeza, siendo tan vulgares algunas que cuesta trabajo comprender cómo ha podido su autor adquirir, áun en España, modernamente tan pobre en este arte, el renombre de que en general viene gozando.

Dejando yá á Jordan, Villalpando, Doncel, Juan de Badajoz, Covarrubias, y tantos otros herederos de estos principales representantes de la escultura castellana y concluyendo por una observacion general sobre el conjunto de esta escuela, podria decirse que su más alta personificacion se halla sin duda en Berruguete, y en el herrero Vergara, cuyos sucesores, faltos en general de sus cualidades, han solido exagerar sus defectos. Es la escultura castellana, por lo comun, escasa de idea y de sentimiento, sólida y maciza, por decirlo así, grave, austera, solemne. Notoriamente discípula de la gran escuela de Miguel Angel, cuando conserva un soplo del espíritu italiano, mejora en pensamiento, en vigor y en gracia; cuando esto no acontece, es seca, fria, desgarbada, basta, y en general insignificante, oscilando entre la vulgaridad y el amaneramiento.

Sin embargo, Berruguete solo bastaria á librarla del olvido, no obstante la respetable, pero apasionadísima opinion de Street, quien jamás encuentra ocasion de aprobar obra alguna del Renacimiento: sirva de muestra lo que dice precisamente á propósito del hermoso retablo de San Benito, ántes citado: «la arquitectura es mala, la escultura es mala y el pormenor es malo; todas las tres cosas son malas en su género, y su género el peor posible.»

La frase es feliz y graciosa; pero el pensamiento se recomienda á la indulgencia y humanidad de los lectores.

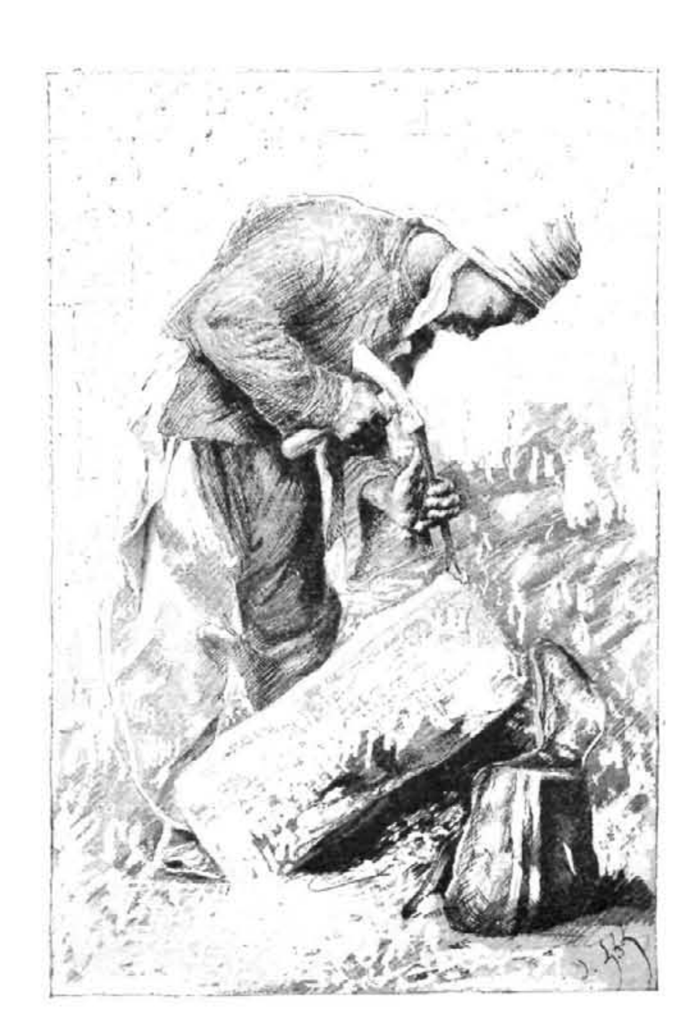
F. GINER DE LOS RIOS



UN MODELO, tipo por J. Marqués

IMP. DE MONTANER Y SIMON


PASTOR ARMENIO DE LA PROVINCIA DE KARS


PICAPEDRERO GRIEGO

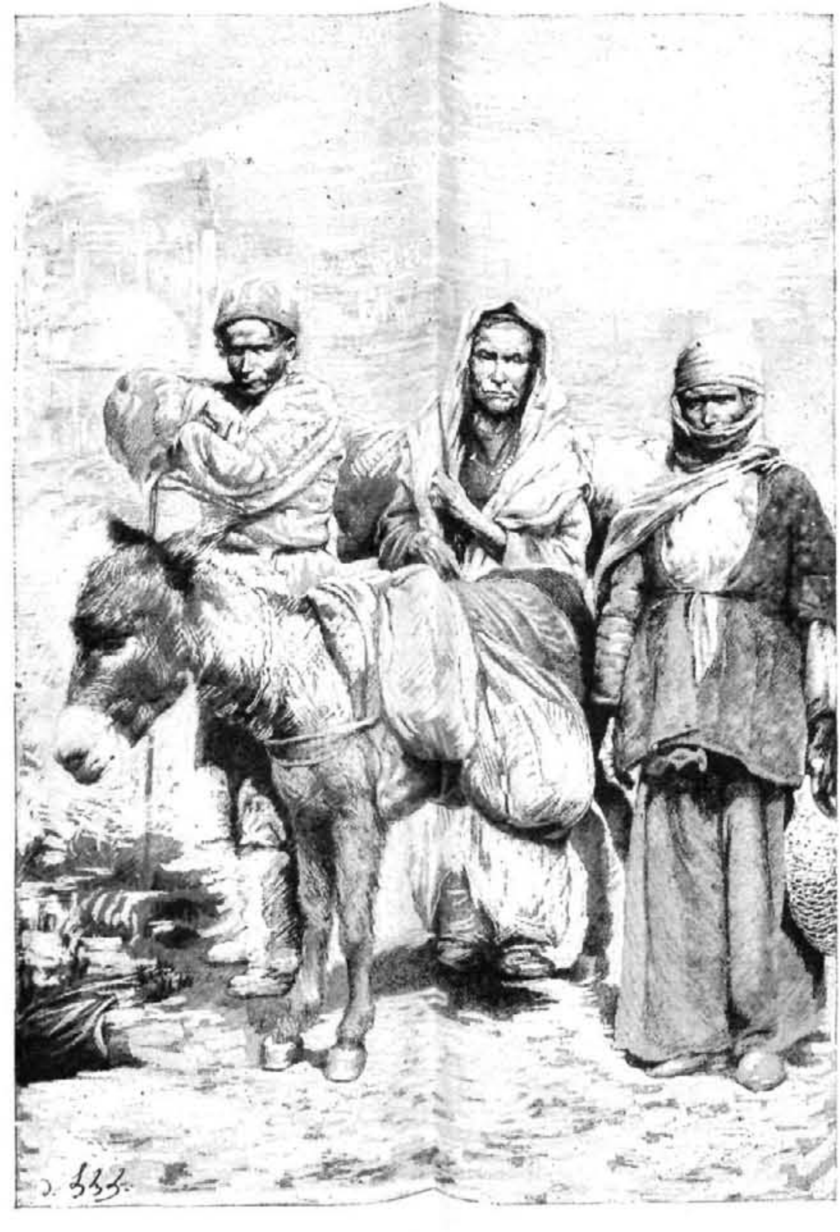

DAMA NOBLE DE LESGHI


PEREGRINO TURCO


CARBONERO AMBULANTE DE LESGHI

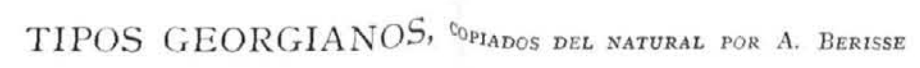

PERSA, VENDEDOR AMBULANTE DE ACEITE


ASIRIO, VENDEDOR DE TÉ EN LAS CALLES DE TIFLIS


CAMPESINOS ARMENIOS DE OTTAH


CAMPESINO GEORGIANO


MÚSICO CALLEJERO


TIPOS GEORGIANOS, COPIADOS DEL NATURAL POR A. BERISSE



AÑO II — BARCELONA 15 DE OCTUBRE DE 1883 — NÚM. 94

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

MESSALINA, cuadro por Herman Kaulbach

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

La atmósfera patriótica.—El frio y las playas francesas.—*Todo Madrid* se halla en Madrid.—Banquete en honor de Colon.—Tierra y huevo.—La dimision del marqués de Urquijo.—Planes frustrados.—Los consejos y el concejo.—Los cementerios de Chamberí.—Razonamientos de un vecino.—Libros nuevos.—Los primores de Pedro A. de Alarcon.—El dibujante Cilla.

Merced al patriotismo de la atmósfera se hallan ya entre nosotros todas las familias que aún permanecian en las playas francesas. La temperatura se enfrió de una manera rápida é inesperada; el cielo se cubrió de nubes, y por la tierra se extendió un insoportable tapiz de barro.... Hasta llegó á nevar en algunos puntos.

En vista de esto se dijeron los españoles que todavía se hallaban en Francia:

—Llegó la hora de regresar á nuestra querida patria. Demos prueba de no permanecer indiferentes á los sentimientos nacionales. Vámonos á Madrid, y busquemos el calor de la patria en las *soirées* invernales, en las representaciones del teatro Real, en los conciertos y demás diversiones públicas, hasta el verano próximo, por lo ménos....

Y hé ahí que todas las ilustraciones madrileñas, las damas de alto copete y de extraordinaria hermosura, los personajes políticos, las altas individualidades de la ciencia, de la banca y del comercio pululan ya por Madrid, fraguando planes para la temporada que de un modo brusco se nos ha venido encima.

Sí; la entrada del frio ha sido intempestiva.... Se ha colado de rondon sin aviso prévio. Llegó callandito, silencioso, caminando con las puntas de los piés, como la bailarina Limido, y esparciendo sobre nosotros, á boca de jarro, esta órden imperiosa:

—¡Gabanes! caballeros, gabaneros, abrigarse bien si no quieren coger una pulmonía ó cuando ménos un fuerte constipado que no se lo quiten de encima hasta abril del año que viene.

En honor de la verdad la mencionada órden ha sido obedecida. Ya parecen las calles de Madrid sucursales de Rusia.

Sólo se ven algunos infelices con levitilla de verano. Confiaban en la fuerza de la costumbre y en la inflexibilidad del almanaque; creian que aún habia de durar quince ó veinte dias la placidez de la atmósfera y la suavidad de la temperatura.

Se han visto de repente sorprendidos, á traicion, á mansalva, contra todos los principios beligerantes.

Y han dicho para sus adentros:

—¡Es fuerte *empeño* el del invierno en manifestarse tan de sopeton, cuando nosotros tenemos aún la capa *empeñada!*

* * *

El teatro *Real* abrirá pronto sus puertas; pero ántes de que se esparzan por aquella aristocrática sala las sublimes concepciones de los maestros del divino arte, las chillonas pinturas del techo presenciarán desde su altura un banquete monstruo, fenomenal en honor de Cristóbal Colon.

Mucho se habla de esta reunion que ha de celebrarse en el teatro Real el dia 12.

Los periódicos han publicado notables listas de personas adheridas á la idea del banquete. El *menú* dicen que lo va á servir Lhardy, el rey de nuestros reposteros; y se anuncian discursos de varios oradores elocuentes.

España y América se darán allí un efusivo abrazo y un cordial apreton de manos.

En este banquete no se dará la castaña á nadie; se dará la piña, la guayaba, y demás frutos coloniales. Será de rigor el rociarse con agua de Colonia.... Y á los postres, á manera de manjar emblemático, y ántes de que los ricos vegueros de la Vuelta de Abajo produzcan espirales de aromática humareda, cada individuo recibirá un huevo sobre un plato.

La operacion que se habrá de hacer con él, se reducirá á lograr que se mantenga levantado sobre la punta.

Despues podrán venir los discursos, encomiásticos, fervientes sobre Cristóbal Colon, en mi concepto, uno de los más egregios varones que la humanidad ha producido. Pero ántes de celebrar el triunfo del ilustre genovés sobre la incógnita Naturaleza, convendrá recordar sus luchas con la enconada envidia de los hombres.

El grito de ¡Tierra!... ¡tierra! es la victoria de Colon sobre el universo.

Miéntras que el acto de plantar el huevo, de pié, es la victoria del ilustre navegante sobre la malignidad humana....

¡Y la mayor parte de las veces la lucha con los hombres es más terrible que la lucha con los desatados elementos de la Naturaleza!

* * *

¡Dígalo, sino, el Marqués de Urquijo!

¿Qué le importaba al que fué ayer alcalde presidente del ayuntamiento de Madrid, ver las condiciones insalubres de esta capital y la aridez de sus alrededores? ¡Nada! Todo lo hubiera vencido su fuerte voluntad encaminada al bienestar del vecindario. Pero tuvo que luchar con los concejales, y cayó rendido.

Hace pocas mañanas que el vecindario de Madrid recibió al despertarse esta incomprensible noticia:

«El señor marqués de Urquijo ha salido de la capital para sus posesiones de Moraleda.»

Luégo se supo que habia dimitido el cargo que tan acertadamente desempeñaba.

Suponed que una noche viéramos en el baile *Excelsior* á la luz huyendo precipitadamente... ¡Nos llenaríamos de asombro!

Pues lo mismo nos sucedió al ver que se marchaba el marqués de Urquijo.

No ha sido una dimision; ha sido una evasion.

El ilustre presidente del ayuntamiento huye de los concejales. ¿Por qué? No entra en mis atribuciones el ahondar semejante terreno.

Pero lo cierto es que el expresidente del ayuntamiento de Madrid se habia granjeado con sus propósitos el aprecio público.

Es un acaudalado personaje, que sin duda se proponia dejar en Madrid gratísima memoria de su gestion administrativa; y aspiraba tal vez por único premio á tener en lo porvenir en alguna calle ó plaza de esta capital, como Pontejos y Mesonero Romanos, un busto ó una inscripcion que perpetuara su nombre.

Parece que han sido vanos todos sus esfuerzos. Sus planes reformistas han hallado oposicion formidable en gran parte de los miembros del municipio.

El señor Marqués ha dejado al partir los doce mil duros de su peculio particular que habia prometido para hermosear con árboles la capital y sus alrededores.

Es un donativo que le honra y le enaltece.

Todo Madrid lamenta su dimision; y los periódicos de más importancia han publicado sendos artículos referentes á este delicado asunto.

Yo sospecho que el señor Marqués de Urquijo no querrá oir hablar en mucho tiempo de cuestiones concejiles.

Seria capaz de no parar hasta los confines del mundo si supiese que álguien habia de molestar sus oidos con razones que al ayuntamiento se refieran.... y el grave compromiso habrá sido para el alcalde de Moraleda si al saber la llegada del ilustre Marqués se ha presentado á cumplimentarle.

—¡Basta!... ¡basta!—le habrá dicho.—Considéreme V. como un amigo; pero ¡por Dios! no enarbole V. delante de mí su vara de alcalde. Yo me propuse dar en Madrid cumplida satisfaccion á los buenos *consejos* del vecindario; pero no he podido aguantar el *concejo*.

* * *

Hay en esta capital un populoso barrio que vive casi constantemente en íntimas relaciones con los muertos.

Es el barrio de Chamberí, rodeado de cementerios y molestado por los miasmas que despiden los depósitos de cadáveres.

Los habitantes de Chamberí no tienen el gusto de los antiguos, que celebraban banquetes en presencia de los restos de la familia.

Hoy han cambiado las cosas. Cuando uno se asoma á un balcon desea verlo todo, flores, árboles, carruajes y peatones transitando por la calle.... todo, ménos gozar la perspectiva de los cementerios.

Esta cuestion será eterna. Los vecinos se quejan; hacen instancias, dictan protestas, publican comunicados... ¡Que si quieres! Los cadáveres permanecen junto á sus viviendas llenando sus pulmones de partículas mefíticas é insalubres.

Ayer me decia uno:

—Mi corazon es un cementerio. Desde jóven perdí mis ilusiones y levanté en honor suyo un magnífico mausoleo en el fondo de mi alma.... Despues me hicieron traicion varios amigos y me engañaron algunas mujeres.... ¡Tuve que construir otra serie de tumbas dedicadas á la amistad y al cariño amoroso!.... Creí en algunos gobernantes, y hoy los tengo en el corazon convertidos en pavesas. Me acogí á los ideales artísticos. Sucesivamente fuí clásico, romántico, naturalista; y todas esas formas van cayendo en mi opinion cortadas por la segur del desencanto. Con las primeras canas levanté un monumento mortuorio á mi juventud.... Hoy, ni canas me quedan ya.... Hoy estoy calvo, pero con una calvicie parecida al mármol de mis tumbas.... De modo, amigo mio, que yo soy una necrópolis viviente; pero entierro dentro de mí los cadáveres que me pertenecen, las ilusiones, las dichas, los ensueños, las esperanzas, la juventud, el amor.... ¡Y no estoy dispuesto á vivir en compañía de los difuntos que los coches fúnebres llevan diariamente en gran abundancia á los cementerios municipales!

Los vecinos de Chamberí se quejan con muchísima razon. Por esto mismo quizá no se les atiende. Vivimos en la época de las *sinrazones*.

* * *

Han aparecido en los escaparates de las librerías dos volúmenes nuevos.

Prescindiendo de la impresion de esos libros, que está hecha con gran esmero, bastará decir el nombre de los autores para dar á comprender su importancia.

Uno de ellos se titula: *Historia de las ideas estéticas en España* y está firmado por D. Marcelino Menendez Pelayo.

El otro es de D. Pedro A. de Alarcon y lleva el título de *Juicios literarios y artísticos*.

El primoroso estilo del Sr. Alarcon es conocido de todas las personas que leen en España.

En este volúmen van contenidos varios trabajos de los tiempos juveniles del autor y otros de fecha más cercana. Pero en todo el libro brilla esa mágica forma, ese ropaje esplendoroso que constituyen la peculiaridad inimitable del autor de *El sombrero de tres picos*.

Tener un libro de Alarcon entre las manos y hojearle, es tener una sarta de perlas y entretenerse en irlas desgranando.

* * *

Se hablaba en un círculo del dibujante Cilla.

—Dibuja bien, decia uno; pero ¡es lástima que se llame ese nombre!

—¿Por qué?

—Porque á la menor desgracia que le suceda se expone á perder la personalidad masculina.

¿Cómo es eso?

—Sí; porque todo el mundo exclamará entónces:—*¡Pobre-cilla!*

PEDRO BOFILL

Madrid 10 octubre de 1883.

NUESTROS GRABADOS

MESSALINA, cuadro por Herman Kaulbach

Forma parte este retrato de aquella galería berlinesa de tipos bellos, de que la *Ilustracion artística* ha publicado ántes de ahora varios ejemplares.

A simple vista se echa de ver que, á pesar del nombre que lleva el cuadro, su autor no se ha propuesto pintar escrupulosamente á la célebre emperatriz, escándalo de su tiempo. Pero si el aficionado trae á la memoria las escenas que tan triste fama dieron á la esposa del emperador Claudio, es indudable que Kaulbach ha reproducido tal como la imaginacion se la figura, á la mujer ambiciosa, disoluta, cruel, que tan odioso nombre ha dejado en la historia y que tan indigno partido sacó de la singular hermosura con que la favoreció la naturaleza. Pocas, muy pocas veces, un hermoso perfil ha reflejado tan gráfica y honestamente el imperio de las más desordenadas pasiones.

PLACERES DEL CAMPO

El campo es, para los niños criados en la ciudad, lo que el espacio para los pájaros nacidos en una jaula; la libertad en los movimientos, en el traje, en los inocentes placeres de la infancia, sin institutrices que gruñan, ni mamás que les castiguen por mancha más ó ménos en su cara ó en sus vestidos. Preguntad á una niña como la de nuestro cuadro, si prefiere el campo á la ciudad, siquiera en esta habite un palacio, y os contestará afirmativamente con toda su alma.

Los padres, por su parte, gozan presenciando las expansiones de sus tiernos hijos y bendicen los saludables efectos del aire puro y del resinoso ambiente de los bosques, que coloran las mejillas y dilatan los pulmones de los delicados séres condenados á vivir en malsanas ciudades.

El campo se ha hecho para los que aman la libertad sinceramente: por esto apénas es querido sino de los niños.

ALEGRILLO ESTÁ

Tiene la cerveza pícaras jugadas y entre ellas la de subirse algunas veces al quinto piso de sus bebedores. Algo de esto le ocurre á ese parroquiano de la modesta cervecería que representa nuestro grabado.

Como cuadro de costumbres, esta obra pudiera estar firmada por el mismo Teniers, á quien recuerda y de quien no desdice. Todos los tipos son acabados, las actitudes naturalísimas, la combinacion de grupos hecha con facilidad suma, el local y los accesorios ejecutados con perfecto conocimiento de causa. La figura del bebedor chispo es de una verdad sorprendente.

En una palabra; de este cuadro podríamos decir que tiene olor, color y sabor.

CICERUACCHIO, grupo escultórico por Héctor Ximenes

Este grupo es la apoteósis de dos víctimas de la libertad de Italia.

Cuando en 1849 verificó Garibaldi su célebre retirada de Roma, siguióle en su triste campaña Angelo Bonnetti, conocido por Ciceruacchio, acompañado de su hijo, niño de 13 años. Hechos prisioneros con otros varios soldados, por los croatas, en las orillas de Po de Gnocia, despues de separarse del general con ánimo de penetrar en Venecia, fueron conducidos ante el jefe del destacamento, quien ordenó la inmediata muerte de todos los prisioneros, sin exceptuar al niño Lorenzo Bonnetti. Esta bárbara sentencia fué ejecutada el 9 de agosto de 1849.

El autor de este grupo ha estado verdaderamente inspirado en su obra. La actitud noblemente fiera de Angelo y la muy simpática de su hijo, que al parecer quiere desviar los proyectiles dirigidos á su padre, interesan doblemente á cuantos conocen la historia de esos dos mártires, que dieron la vida por la independencia de su patria.

LA PERSECUCION, cuadro por A. Conadam

Esta persecucion no es la de Diocleciano, ni mucho ménos; pero no deja de ser molesta. Es mucho empeño el de ese figuron que no deja á sol ni á sombra á nuestras lindas jóvenes.

No hay mujer alguna que se ofenda porque un hombre la haga blanco de sus galanterías; pero de ésto á encontrárselo hasta en la sopa, como quien dice, hay una distancia inmensa.

Además, nuestro perseguidor no es ciertamente cruel como el Diocleciano de la historia; pero tampoco tiene sus gracias, entre ellas la de ser emperador, que es una de las gracias más graciosas que puede tener un hombre á los ojos de una mujer. Al contrario, es semi-viejo, semi-obeso y parece semi-tonto. Con tales circunstancias no es de extrañar que su presencia cause un semi-enojo á otra de las damiselas, sentimiento que el pintor ha reproducido con tanto acierto como la petulancia del impertinente galanteador.

El gran Condé la víspera de la batalla de Rocroy, cuadro por Bida

Fatal en sumo grado fué para España el reinado de Felipe IV, ó mejor dicho el de su valido Gaspar Guzman de Pimentel, conde-duque de Olivares. Miéntras el rey, olvidado de sus deberes de toda clase, corria tras las comediantas por los bosquecillos del Retiro, el conde-duque debilitaba el poder en el interior y le malquistaba en el extranjero con las primeras potencias de Europa.

Entónces perdimos la famosa batalla de Rocroy, librada el 19 de mayo de 1643, y ganada por el jefe del ejército francés, Luis II, duque de Enghien y príncipe de Condé, á la temprana edad de 22 años.

Este general, *que comparte con Turena la fama de ser el primer táctico de su tiempo,* casó con una sobrina del cardenal Richelieu, á quien debió, no sin justicia, los grandes adelantos que tempranamente hizo en su carrera.

La víspera de la batalla de Rocroy, Luis de Condé, como Juan de Austria ántes de empeñar la batalla de Lepanto, puesto al frente de su ejército, imploró la proteccion del cielo para Francia; escena conmovedora, llena de grandeza, que Bida ha trasladado al lienzo con singular talento, siquiera sea de deplorar que el héroe de la jornada aparezca en el segundo término de la composicion.

LA DUENDE

I

Si el duende es femenino, ¿cómo se ha de llamar? La duende, con permiso de la Academia.

Porque la verídica historia que vamos á referir, acaecida en el pueblo de Carabanchel, tiene por protagonista un duende del sexo bello.

—Duendes y trasgos en el siglo XIX! ¡Estupendo anacronismo y aventura inverosímil!—dirá escandalizado algun espíritu fuerte, de esos que no creen en el diablo y creen en las mesas giratorias y en los mediums parlantes y flamantes.

Paciencia, lector caro, que hasta el fin nadie es dichoso. La historia tiene sus fueros y debemos respetar los fueros de la historia.

II

No he podido averiguar el año, el mes y el dia en que Tomás Fernandez, el jóven más rico y guapo de Carabanchel, vió morir en la flor de su edad á Tomasa Perez, su dulce cónyuge y querida prima; pero es lo cierto que enviudó Tomás, quedando dueño de su libre albedrío, de su florida juventud y de algunos miles de renta.

Aunque jóven, rico y libre, se aburria como un lord, y, mitigados los recuerdos de su Tomasa, volvió á pensar con las sabrosas dichas del santo matrimonio. Las personas graves del lugar querian enderezar *sus pasos por tales senderos; mas la* estadística de las pollas aptas para contraer el lazo bendito no arrojaba más que dos nombres: María, la hija del alcalde, y Pepa, la sobrina del cura. Las demás no eran dignas de la mano de Tomás.

La hija de la autoridad civil tenia más soberbia que un Czar de todas las Rusias ántes de la aparicion del nihilismo, sin estar su belleza y su capital á la altura de su soberbia. La sobrina de la autoridad eclesiástica parecia tímida como una gacela, y, aunque su rostro era angelical, no respondian sus intereses económicos á sus primores estéticos. Entre las dos candidaturas la eleccion no era difícil: Pepa valia *más que María.*

Esto mismo recapacitaba Tomás Fernandez en los ocios de su viudez.

III

Una tarde, sentado con otros jóvenes á la puerta del herrador, discurria acerca de los solaces é inconvenientes del Himeneo. Como no le habia ido mal con su difunta Tomasa, se manifestaba dispuesto á *cargar otra vez con la cruz del matrimonio.* Sólo le retraia de dar el paso fatal un escrúpulo asaz extraño: temia recibir unas calabazas. ¡El, la primera potencia, jóven, guapo, rico y viudo, ser desdeñado por cualquier potencia de segundo ó tercer órden! Despues de largas disquisiciones sobre el tema conyugal, concluyó el orador su discurso de esta manera:

—Nada, amigos mios: la soledad es mala consejera. *Dios* no quiere que esté *solo el hombre. Decia* un viudo hipócritamente:

Rosa, mi fe, mi amor, mi vida entera,
desde que estás en la mansion del cielo,
la *soledad* tan solo es mi consuelo....
¡Y era la *Soledad* una bolera!

Yo no quiero soledades de esa laya. La Santa Madre Iglesia condena el celibato vicioso. Pero lo difícil es acertar cuál es la compañera mejor para el largo viaje.... Y dado caso que se acierte, ¿querrá la elegida acompañarnos en la peregrinacion? El hombre propone y la mujer dispone. El hombre se fija muchas veces en la desventura y está á su lado la felicidad, ocultándose pudorosa. Costumbres malas. ¿Por qué la mujer no ha de tener voz y voto en asunto de tan vital interés como su dicha? ¿Por qué la mujer no ha de buscar novio? Se me dirá que el pudor, la timidez, la castidad.... ¡Razones de pié de banco! ¡Preocupaciones!

El orador tosió, aplaudió el veterinario, los pollos corearon el aplauso, se enardeció Tomás y dió fin *á su perorata con este rasgo de elocuencia:*

—¡Abajo las trabas despóticas! Yo juro no casarme sino con aquella que se sirva hacerme una declaracion en regla. La isla de San Balandran es una utopia realizable. ¡Viva la isla de San Balandran!

Burla burlando dijo tal vez esas cosas nuestro héroe, pero se creyó que hablaba muy en serio. No volvió á decir á ninguna jóven «buenos ojos tienes,» y, asegurando á todo Carabanchel que el casarse es una carga llevadera, no se detuvo á buscar, ni siquiera á indicar, la persona que podia ayudarle á llevar la carga. Y con un perro y un criado siguió viviendo en su casa, entre los hastíos de su soledad y los goces de su independencia.

Desde que prometió no casarse sino *sub conditione*, hizo dos curiosas observaciones: 1.ª que María, la del alcalde, estaba más expresiva y afectuosa que nunca; y 2.ª que Pepa, la del cura, estaba más séria y reservada que ántes. Esto es, todo lo contrario de lo que él deseaba. Así es el mundo.

IV

Vivia Tomás en una casa antiquísima, lindante con la parroquial. Antaño formaron las dos una sola.

El dormitorio del jóven estaba precedido de una sala extensa, adornada con muebles viejos, sillas contemporáneas de Godoy, una escopeta medio rota, un cuadro de San Antonio asaltado por tentadoras visiones, y un armonium en que la difunta tocó más de una vez *El último pensamiento....*

El jóven viudo, aunque tenia cerca á su encantadora Pepa, no la veia. Ni balcon, ni ventana ni orificio alguno ponia en comunicacion á los vecinos. La vecindad hacia así más triste la soledad del jóven.

Pensando en las vecinas guapas, se acostó una noche de Otoño. Las brisas frescas jugueteaban en los árboles ya escasos de hojas y las estrellas pestañeaban en las alturas. Zar, el perro de Tomás, dormia al pié de su lecho. El criado en una habitacion próxima á la puerta de la calle. Vaporosas imaginaciones flotaban en el ambiente. Profundo silencio dominaba en la aldea.

Y Tomás no lograba conciliar el sueño.

De pronto, notas vagas, misteriosas, cruzaron la sala y se esparcieron suaves por el dormitorio.

Eran las armonías del *Ultimo Pensamiento.*

—¿Quién está ahí?—gritó, saltando de la cama el jóven...

Y llegó al piano, y no vió sombra alguna ni sintió pasos de nadie. ¡El armonium, solo, tocaba el *Ultimo Pensamiento!...*

Acordándose de Tomasa, de Pepa, de los duendes, de las hadas, de los sueños del amor y del arte... Tomás volvió á su cama y siguió despierto.

Así estuvo, en vela, hasta que la estrella de la mañana le mandó dormir.

Y se durmió.

¡Soñando que se casaba!

V

A la noche siguiente, el sueño se apoderó fácilmente de Tomás. Necesitaba descanso.

Las estrellas no pestañeaban, aunque se lamentaban los aires de andar sueltos por los campos. Niebla densa entenebrecia á Carabanchel.

Sonaron las doce, ¡hora de los espectros!

No se oyó la voz del armonium: se oyó el ladrido de Zar.

¿Qué ocurria?

Fosfóricas luces vagaban por la sala y enviaban sus pálidos reflejos hasta el dormitorio; una sombra, blanca y alta, discurria con pasos callados por *la casa de Tomás...*

Este se levantó y con precauciones parecidas al miedo llegó hasta la sala.

¿Qué vió?

Un espectro envuelto en blanquísimo sudario; un cuerpo largo como un álamo y un rostro pálido como un muerto.... Los ojos brillaban como luciérnagas.

Se oyó un gemido, las luces se apagaron, la sombra se desvaneció, y Tomás, entre curioso y asustado, retrocedió á su cama. Zar temblaba como el Czar de las Rusias.

El jóven no dió parte, ni á su criado, de aquel extraño acontecimiento. Cargó la vieja escopeta; registró el armonium buscando el resorte misterioso que le hacia tocar; inspeccionó los rincones todos de aquellos aposentos sin encontrar secreto alguno; cerró, al venir la noche, la puerta que comunicaba la sala con lo restante de la casa; puso al lado de su cama un sable inconmensurable, de su tatarabuelo; y se apercibió á acometer ó perseguir la temerosa aventura. Un duende en nuestros dias *(porque esto acaeció no ha muchos años) es cosa* digna de escribirse y dibujarse en la *Ilustracion Artística.*

Tantæ molis erat....

VI

Pasaron algunas noches sin novedad.

Llegó una, oscura como boca de lobo.

A las doce en punto hirieron los oídos de Tomás ruido lúgubre de cadenas, ayes lastimeros y ladridos alarmantes.

El perro habia sentido al fantasma.

El jóven, que dormia vestido esperando la nocturna visita, cogió el sable y la escopeta y se dispuso á entrar en la sala contigua, teatro de aquellas escenas pavorosas.

Pero ántes de que se moviera del lecho, la vision dibujó sus contornos en la puerta del dormitorio. Parecia una sombra blanca esclarecida por la luz de las estrellas.

—¿Quién eres?—preguntó Tomás, con mezcla de *temor y de vergüenza.*

—Yo,—contestó una voz dulcemente femenina.

—¿Qué buscas?

—A mi marido.

—¡Tu marido! Pues ¿cómo te llamas?

—¡Tomasa!.... ¡Ingrato! Me has olvidado por la hija del Alcalde.

—¡Yo!....

—¡Tú! ¡Olvidarme por María! No mereces perdon.... ¡Una coqueta!

—Te engañas: yo no te olvido nunca. ¡Si fuera por otra!

—¿Y quién es ella? Te prohibo en absoluto que *me elijas semejante heredera.*

—Nunca. Esa sucesora seria indigna de tí! Tendrás otra....

—¿Cuál? No hay más que una.... ¡Pepa!

Al oir estas palabras, Tomás saltó del lecho. Huyó el fantasma. Las luces y ruidos cesaron. Ladró el perro. Y.... en el momento crítico en que la vision se desvanecia, filtrándose por la pared, el jóven cojió un extremo del vestido que la envolvia.... y un grito, un ruego, el llanto de una mujer le detuvieron....

Pepa, la sobrina del cura, estaba á sus piés de rodillas.

Tomás le dió un abrazo; oyó de sus labios la balbuciente confesion de su amor; le juró amor cual el suyo vivo y eterno; le prometió casarse con ella en breve plazo; la acompañó hasta la puerta secreta, oculta por el cuadro de las tentaciones de San Antonio, y se volvió á su cama soñando con las huríes de Mahoma y con todas las mujeres más bellas, á las cuales vencia en bondad y hermosura—segun opinion del enamorado—la sobrina del cura de Carabanchel.

Mis últimas noticias son que Tomás y Pepa se casaron y fueron felices hasta cierto punto; porque sólo llega hasta cierto punto la mundana felicidad.

JOSÉ ORTEGA MUNILLA



PLACERES DEL CAMPO



ALEGRILLO ESTÁ....

DESPUES DE MUERTO

POR DON VICENTE COLORADO

I

Erase que se era un hombre de hasta treinta y nueve años de edad, lacio de carnes, angosto de pecho, largo de cara y de extremada estatura.

La color de su rostro, la estructura de sus manos y la agilidad seca y pronta de sus movimientos, denotaban en él un hombre de temperamento nervioso, acrecentado por la pobreza de su sangre y una idiosincrasia biliosa, como ahora se dice, que le tenian en una constante irritabilidad y humor de todos los diablos.

Llámase D. Pablo Gil de las Encinas, y al decir de la cédula personal, era de estado casado y propietario de profesion lo cual quiere decir que carecia de ella.

Pero á quien Dios no le da profesion, la ociosidad le da manías, y D. Pablo Gil de las Encinas, estaba dominado por una que no le daba punto de reposo.

La manía de D. Pablo era la higiene.

Porque es de saber que desde el punto y hora en que naciera, su temperamento linfático-nervioso-bilioso, no le dejó vivir, crecer y desarrollarse con salud perfecta en época alguna de su vida, como á primera vista lo dicen y delatan largos costurones de escrófulas, multitud de cisuras de sanguijuelas y su enteca, enclenque y encanijada figura.

Esta debilidad y pobreza de su constitucion orgánica cosiéronle en su infancia y juventud á las faldas de su señora madre, de las cuales se desprendió para pasar á las de su buena esposa, sin haber visitado escuela, instituto ni universidad algunos, y sin haber frecuentado el trato de los hombres en casinos, ateneos, cafés y otros lugares.

El mimo y la excesiva tolerancia con que le criara su madre, hicieron de D. Pablo un carácter duro, antojadizo y violento, el cual contrastaba grandemente con el apacible y tímido de Cármen, que así se llamaba su mujer.

No podia sufrir contrariedades, gustando ser obedecido á la primera palabra, al primer gesto; indicando las cosas con una mirada y las ideas más complejas con un monosílabo y á veces con un quejido.

Como todos los monomaníacos era profundamente egoista, sacrificando, sin remordimiento alguno, á cuantos séres tenia á su alrededor, al más pequeño de sus deseos y caprichos.

Su irritabilidad moral le producia graves y dolorosas crísis, las cuales terminaban siempre por largos ataques de catalepsia que le dejaban como muerto.

—En uno de estos se queda V. sin marido; habian dicho en varias ocasiones los médicos á la mujer de D. Pablo.

Estos accidentes ahondaron más su monomanía por la higiene, avivando al mismo tiempo su aprehension y temor á la muerte; dándole ocasion y motivo para ser más exigente y martirizar más á su sabor á su mujer y á su hija, pobres séres esclavos de aquel temperamento.

—No os quejeis nunca delante de mí aunque os esteis muriendo; no me deis jamás noticias tristes aunque se hunda el mundo; sólo quiero oir risas y palabras alegres. ¿Habeis entendido?

Doña Cármen suspiraba y Pilar su hija, quedaba muda y pensativa.

—¡Parece que os complaceis en llevarme la contraria! ¿Por qué poneis esas caras tan tristes? Tú, Cármen, ¿por qué suspiras? Pilar ¿por qué no hablas? ¡No se puede vivir con vosotras!

Y tiraba el libro de higiene contra el suelo, pateaba, lloraba y le daban convulsiones; y la madre y la hija, para calmarle, reian con una risa forzada que daba ganas de llorar y que á él le enfurecia lo que no es decible.

Un dia se sentaron á comer, segun costumbre; el sitio de Pilar estaba vacío; doña Cármen tenia el rostro desencajado y en sus ojos las lágrimas habian dejado amargas huellas; sin embargo, reia y reia la buena señora haciendo una horrible y espantosa mueca.

—¿Y Pilar?

Doña Cármen no contestó.

—¿No come hoy con nosotros? ¿qué la pasa?.

—No tiene apetito, susurró la madre haciendo grandes esfuerzos por contener los sollozos.

—Pues, si no quiere comer, que no coma; pero eso no es obstáculo para que ocupe su puesto. Ya sabeis que me exaspera la más pequeña falta en mis costumbres, y como todos los dias la veo, no me aprovechará la comida si no viene. Anda, llámala; ve á buscarla; corre.

Doña Cármen no se movió.

—¿No me has oido?

—Sí, hombre, te he oido. Allá voy, allá voy; y no se movia.

—¿Eres tonta ó qué te pasa?

—No te incomodes; no te enfades. ¡Si no hay motivo para ello!

—¡Pilar! gritó Don Pablo con voz de trueno.

Llamó despues al criado.

—Diga usted á la señorita que venga, que venga al instante, que se lo mando yo.

—Pablo, ¡por Dios! no te acalores. Ya vendrá; ya vendrá; pero ahora, ahora, ahora no puede venir.

Y las lágrimas cayeron silenciosas de sus ojos.

—¿Por qué lloras?

—Si no lloro.

—¿Qué sucede?

—No sucede nada.

—¿Qué me ocultas?

—¡Yo ocultarte!......

—¿Está enferma Pilar? Acaba. ¿Se ha muerto acaso? ¡Este solo disgusto me faltaba!

Doña Cármen no pudo contenerse por más tiempo y rompió en gemidos agudos, en tanto que su marido, golpeando la mesa con el puño y el suelo con los piés, rugia.

—¿Se ha muerto? ¿se ha muerto? ¡si no se puede vivir con vosotras! ¡si vais á matarme á desgracias!

—Dios no lo quiera! ¡pobre hija de mi alma! ¡Dios no lo quiera!

—¿Qué tiene?

—Se ha indispuesto.

—Pero ¿qué tiene?

—Está enferma.

—No te digo eso; te pregunto qué tiene? — Y cada vez iba D. Pablo dando gritos más fuertes.

—Una calentura, nada.

—¿La ha visto el médico?

—Sí, dijo inconscientemente doña Cármen.

—Y ¿qué ha dicho?

—A dicho.....

No se atrevia á terminar la frase.

—Concluye de una vez ¿qué ha dicho el médico?

—Nada; nada.

—Dí la verdad.

—Es sólo una calentura.

—Mientes, mientes; algo más te ha dicho.

—No miento.

—Júramelo por la salud de Pilar. ¿No contestas? ¿Lo ves como querias engañarme?

—Pues bien, ha dicho que tiene viruelas.

Don Pablo quedó aterrado.

—¡Viruelas! ¡Esto no puede seguir así! ¡Viruelas! ¡Ese mal es contagioso! Tenemos que alejarla, separarla de nuestro lado.

A doña Cármen se la habrian las entrañas de pena y se la encojía el corazon de pesadumbre; y lloraba, lloraba como una Magdalena.

—¡Hay que mandarla al hospital!

—¡A nuestra hija!

—Va á infestar la casa.

—Me marcharé con ella.

—¿Pensais dejarme solo? ¿Quieres dejarme morir como á un perro entre estas cuatro paredes? ¿No sabes que te necesito, que no sé hacer nada por mí mismo y que estoy delicado, muy delicado?

—¡ Mi hija no vá al hospital; nadie la moverá de esta casa, de su habitacion, de su lecho!

La leona defendia á su cachorro.

—¡Eso es, ¡me abandonas! ¡nadie me quiere! ¡nadie puede verme! ¡nadie se interesa por mí! ¡Estoy solo en el mundo! solo, solo, solo.

Y ponia el grito en el cielo, los dedos se le crispaban, inyectábansele los ojos y retorciendo su cuerpo débil y flaco de arriba á bajo, de derecha á izquierda, golpeaba la cabeza contra las paredes como si estuviera loco.

—Yo, yo seré quien se marche de esta casa. No quiero veros, ni oiros, ni saber cosa alguna de vosotros. ¡Ah, mi madre, mi pobre madre! ¡Si ella viviera no me pasaria esto! ¿Por qué te conocí? ¿por qué me casé?

Se arrancó los cabellos á puñados, la espuma burbujeaba en su boca; tuvo un momento espantoso, pareció que iba á estallar su cólera abriéndose la carne y asomando los huesos á través de ella. Extendió los brazos, se enderezó rígido sobre las puntas de los piés, un calofrio intenso sacudió todos sus músculos, se aceraron sus nervios, y á poco, cayó en el suelo como cosa muerta cae.

—Un médico, un médico, gritó doña Cármen á los criados, que venga en seguida un médico; á escape.

II

La catalepsia semeja la muerte de tal modo que se confunde con ella. Paralízanse las funciones orgánicas, la inmovilidad endurece los músculos, se enfria la piel, las facciones toman aspecto cadavérico y la respiracion se corta completamente.

Esta falsificacion á engañado á muchos hombres doctos y llevado al sepulcro á bastantes séres vivos.

Por regla general el cataléptico conserva su inteligencia y conocimiento enterándose de todo cuanto pasa y ocurre á su alrededor; es un sér vivo dentro de un cuerpo muerto. ¡Cuántos atacados han asistido á sus propios funerales, oido las lágrimas de sus parientes y amigos, la voz del sepulturero llamando á sus ayudantes para meterle en la fosa, y despues, el ruido de la tierra cayendo sobre la caja, la piedra cubriendo la tumba ó el golpe seco del ladrillo que va tapiando el nicho!

Cuando el médico llegó á la casa de D. Pablo, éste estaba ya en el lecho en donde le habian acostado despues de desnudarle.

Hizo un detenido reconocimiento del enfermo por espacio de media hora.

—¿Qué hay, doctor? no me oculte usted nada; decia á cada instante doña Cármen.

El doctor estaba sombrío y no decia palabra, siguiendo sus investigaciones con gran calma y reposo, tras de los cuales se escondian mil temores y sobresaltos.

—¿Vive? preguntaba doña Cármen.

—El caso es grave, muy grave.

Don Pablo, rígido é inmóvil, lo escuchaba todo; su pensamiento seguia el pensamiento del doctor con grandes angustias y amarguras. Al oir las últimas frases del médico, sintió como si una garra de infinitas uñas, largas y retorcidas, le arrancase de cuajo el alma y la arrojase léjos de su cuerpo, cayendo en el vacío.

—¡Dios mio! ¿tan grave está?

—Señora, en otras ocasiones he dicho á usted lo peligrosos que son estos ataques. Hay que estar dispuestos á todo.

Don Pablo oyendo esto se veia ya á sí mismo en la agonía; el miedo y la aprehension, le anticipaban, allá en su fantasía, el funesto desenlace que aún no habia llegado, y se creia muerto.

—Es preciso tener valor, señora.

—¡Ah, usted no me dice la verdad! ¡Mi Pablo ha muerto!

—No, no, señora; no ha muerto. Pero si dentro de cinco minutos el ataque no ha cedido, habrá que perder la esperanza de salvarlo.

El enfermo lo oia todo, todo; é iba devorando sílaba por sílaba como si bebiese plomo fundido.

El médico tomó algunas precauciones para favorecer la reaccion bienhechora.

—¡Ya ha pasado un minuto! decia toda acongojada doña Cármen mirando la esfera de un reloj.

—Dos minutos.

—Tres minutos. ¡Vírgen santa, madre mia, ten piedad de nosotros!

Cuando Don Pablo oyó á su mujer que faltaban algunos segundos nada más para decidir de su vida ó su muerte ya su alma habia perdido las ideas de espacio, tiempo y relacion.

—¿Y bien, Doctor?

—Señora, todo es inútil; dentro de algunos instantes D. Pablo habrá dejado de existir.

Estas últimas palabras las oyó todavía clara y distintamente el enfermo, el cual, al penetrarse de su significado, sintió desvanecérsele el ánimo en una nada de sombras frias y mudas, sin límite ni término; y como si la muerte consistiera en el aniquilamiento consció del sér se vió á sí mismo aniquilado...... y perdió el conocimiento.

El muerto se habia desmayado.

III

Despues de haber cedido el ataque, el desmayo se prolongó largo tiempo. El médico, sospechando que la debilidad le habia amodorrado y rendido, hizo que se le abrigara y dejase solo, recomendando el silencio y el descanso.

—¿Duerme? preguntó doña Cármen.

—Sí; dijo el doctor para abreviar explicaciones; y despues que hubo visitado á Pilar y extendido algunas recetas, se volvió á su casa.

IV

Cuando Don Pablo recobró el conocimiento estaba solo en su cuarto; miró y no vió.

Ya fuese efecto del ataque ó ya del estado moral de su espíritu ó de ambas cosas á la par, lo cierto de ello es que sus sentimientos y sentidos se habian embotado y que su inteligencia discurria confusamente.

—¡Me he muerto!—pensó, al recobrar el conocimiento y se quedó como en éxtasis algunos minutos, trascurridos los cuales, ordenó sus ideas dándose cuenta de su situacion y estado.

—Lo recuerdo perfectamente; acabo de morir hace un instante, y, sin embargo, recuerdo, muerto

y todo, el tiempo que he vivido, cuántas cosas en mi existencia he hecho, los séres que he amado, el mundo que dejo, mis padres, mi mujer, mi hija, mis posesiones, mis amigos, biblioteca, viajes y costumbres, todo, todo lo recuerdo.

Y como si estas frases fuesen varios sumandos que tratara él mismo de reunir en una cantidad ó producto total, concluyó diciendo:

—La muerte es recordar.

Tan convencido estaba de este pensamiento que la tranquilidad y la calma más absolutas se apoderaron de su espíritu y se abandonó al no ser, sin protestas ni resistencias de ningun género; no ménos convencido estaba Don Quijote de que la venta era castillo, los molinos gigantes y los apacibles rebaños de ovejas, formidables ejércitos armados de todas armas.

Poco á poco sus sentidos fueron recobrando su habitual lucidez; abrió los ojos y en medio de las sombras distinguió confusamente su habitacion en la cual se encontraba; sus manos palparon, y por la impresion que en todo el cuerpo sentia, adquirió el convencimiento de que se hallaba acostado; sus oídos atentos, percibieron esa multitud de rumores que llenan los lugares más silenciosos.

—Cualquiera diria que estoy vivo, se dijo; y persuadido de que todo podia ser ménos esto:— El alma es inmortal y eterna, continuó pensando, y al desprenderse del cuerpo conserva, por lo visto, sus facultades de igual suerte y con mayor vida que que cuando habitaba en la tierra. Ahora comprendo por qué se ha dicho que el sueño es hermano de la muerte. Dormido el cuerpo, el alma recobra su imperio, y como si fuera realidad, continúa su interrumpida existencia dando cuerpo y vida á los séres y á las cosas que la imaginacion forja.

El que duerme, y dormido sueña, oye ruidos que no hay, gusta manjares que no come, vé lugares que no existen, aspira aromas que no se exhalan, palpa objetos que no toca; anda y no tiene movimiento, habla y no tiene voz, se duele del golpe que recibe y ni el dolor ni el golpe existen; el hombre, en sus sueños, ama y odia con la misma intensidad que despierto, es cobarde y valiente, es héroe ó asesino, rico ó pobre, feliz ó desgraciado, imbécil ó genio......Y lo más sorprendente de todo esto, no es lo que ve ó lo que piensa, lo que siente ó lo que hace, lo que quiere ó lo que dice, sino que, como si aquel sueño fuera su sola vida, pierde la conciencia de la verdadera y teme el despertar de igual modo que una vez despierto, teme el morir.

Estos fenómenos prodigiosos del sueño y de la vigilia, cuyas causas y leyes no conocemos, se manifiestan, á lo que observo, en el alma despues de que el cuerpo ha dejado de existir, con igual semejanza y parecido que en el sueño y que en la vida, de tal suerte que si no estuviera convencido de que he muerto, pensaria que estoy vivo.

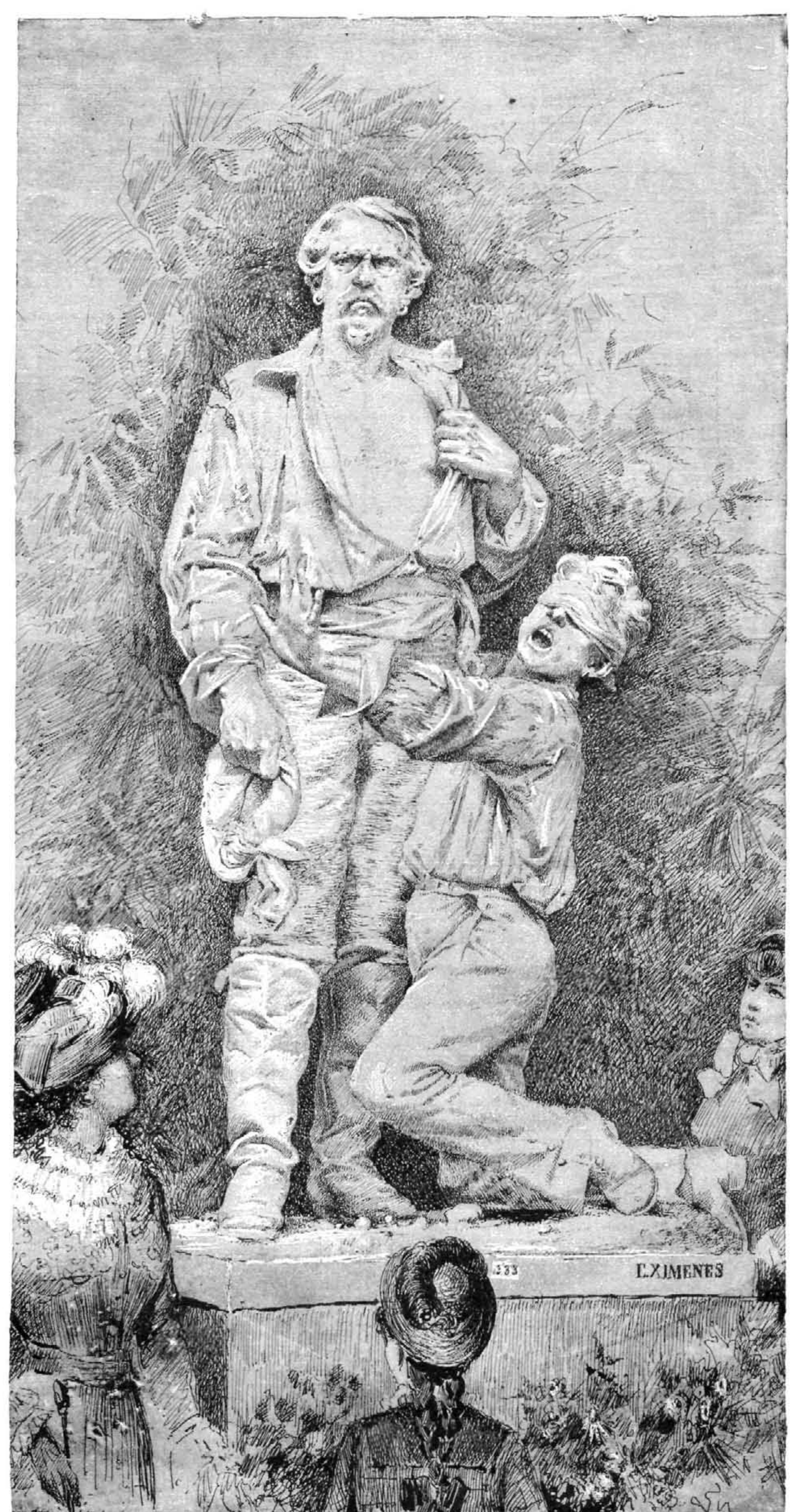
Y como corolario de todas estas premisas en las cuales creia á piés juntillos concluyó diciendo:

—La muerte es soñar.

Y satisfecho, tranquilo y resignado, saltó de la cama, se vistió, abrió el balcon y, echándose de codos sobre la barandilla, murmuró.

—Soñemos.

(Continuará)



CICERUACCHIO, grupo escultórico por Héctor Ximenes

ASOCIACION DE IDEAS

Tantum scimus quantum memoriam habemus

Para dar enlace y continuidad á nuestros pensamientos, á nuestros afectos, emociones, proyectos é ideas, á toda nuestra vida interior nos valemos de la memoria. Revela ésta la persistencia é identidad de nuestro sér personal en medio de las distintas dimensiones del tiempo (el ántes, el ahora y el despues) y traduce en serie enlazada y ordenada la memoria lo ya sucedido por el recuerdo, lo que actualmente acontece por la conciencia efectiva de ello, y lo que sucederá por la prevision. Recuerdo de lo pasado, conciencia efectiva de lo presente y prevision de lo porvenir (pues que vivimos en un presente lleno del pasado y preñado de lo porvenir, segun la hermosa frase de Leibniz), son momentos distintos de una misma funcion espiritual, la que encamina sus esfuerzos á enlazar *solidariamente nuestros* recuerdos de lo pasado con nuestras esperanzas en lo porvenir, constituyendo de este modo la personalidad en centro, al cual convergen las enseñanzas que se recogen de lo que fué, con las advertencias que hemos de tener en cuenta para lo que será.

Tomada en este ámplio sentido la memoria es la expresion de nuestra racionalidad en el tiempo ó el medio de que nos valemos para acentuar lógica y prácticamente el sello de nuestra personalidad en el decurso vertiginoso de los sucesos, dando unidad á lo múltiple ó reuniendo la multiplicidad en lo uno, es decir, incorporando el pasado con el porvenir en el presente. Con esta delicada y trabajosa urdimbre traza el individuo su vida y realiza la especie su historia, pudiendo por lo mismo afirmarse que la memoria es la historia del individuo y que la historia es la memoria de la especie. Esta ley de la solidaridad moral, que se traduce en la memoria, se corresponde con la de la atraccion universal de los cuerpos en el órden material, pues de igual modo que se atraen los cuerpos desde el átomo imperceptible por su afinidad química hasta el astro inconmensurable por su gravitacion, se enlazan las ideas unas con otras en un parentesco más ó ménos próximo por virtud de la *tendencia ingénita* en nuestro espíritu á la racionalidad, es decir, á buscar lazos y conexiones de lo múltiple con lo uno. Y así como el desequilibrio ó falta de ponderacion de estas leyes, que rigen la existencia de los cuerpos naturales, produce una perturbacion en el órden material, de que son eco y manifestacion las tormentas y cataclismos del cielo y de la tierra; la ausencia de esta solidaridad de nuestra vida, la falta de la memoria acusa un desequilibrio en el órden

espiritual, de que son eco y manifestacion la manía, la locura y la imbecilidad, tormentas y cataclismos del cielo y de la tierra de este mundo moral, cuyas afinidades con el natural asombran y maravillan cuanto más diligentemente se estudian y observan. Toda perturbacion mental va acompañada siempre de la pérdida parcial ó total de la memoria (amnesia), pues implica, con el olvido de lo pasado, resorte indispensable de nuestra vida, la pérdida de la conciencia de nuestra personalidad.

Queda en efecto el desmemoriado á riesgo y ventura de la última impresion que recibe, sin que pueda, enajenado de sí, encauzar su iniciativa en los sucesos, que le circundan, que no domina, sino que le avasallan y arrastran. Se convierte entónces el hombre, que necesita vivir tanto de recuerdos de lo pasado como de esperanzas de lo porvenir, en juguete y siervo de alucinaciones maniáticas, que no hallan correspondencia, ni acuerdo con lo que le rodea. La hipocondría, el instinto del misántropo, el aislamiento del maniático, la exaltacion del visionario y la creacion subjetiva y arbitraria de un mundo imaginario son otros tantos anuncios de los desarreglos totales ó parciales de la memoria, que engendran para el individuo la triste situacion del que se halla solo en medio de la multitud y desterrado dentro del enjambre de las criaturas. Siempre son idénticos los efectos de la perturbacion de la memoria. Proceda dicha perturbacion de la pérdida del recuerdo (amnesia,) de su exaltacion (hiperemnesia) ó de su interrupcion (lapsus); en uno y otro caso, dada la alteracion del recuerdo, se perturba el don de la prevision. Como este representa la anticipacion para lo futuro de la racionalidad de nuestra inteligencia (razon teórica) base de la racionalidad de nuestra vida (razon práctica), luégo que se altera, malea ó perturba, trae consigo el desórden de nuestra vida y da lugar á errores y supersticiones, que sirven de rémora á la perfectibilidad del individuo y al progreso de la especie.

La múltiple variedad de los sucesos, que se producen con una rapidez vertiginosa, pasan y acontecen para el desmemoriado, sin que le sea posible establecer lazo entre ellos, y buscando tierra firme, siente desaparecer bajo sus piés toda base de sustentacion. Se halla entónces el individuo en completo desacuerdo con el mundo que le rodea y en vez de esparcir y dilatar su personalidad, necesita recluirse en sí mismo, huir del medio que le circunda y asfixia y, cual si se encontrara en atmósfera contraria á su naturaleza (el hombre en el agua ó el pez en el aire), ha de fabricar por sí mismo un mundo de alucinaciones, que se traduce despues en errores sin cuento y en tropiezos sin término.

Lo que acontece en tales casos es que la ley de la memoria denominada subjetiva, que asocia los estados interiores del espíritu, segun determinadas relaciones, se ejercita sin correspondencia ni conformidad con la ley objetiva ó real, que tiene como base las conexiones de los objetos entre sí. Y al traducir interiormente por medio de lazos, conexiones y parentescos los estados ó impresiones de nuestro interior, sigue la exterioridad de los acontecimientos su órden inflexible y aquellos se convierten en alucinaciones, que agigantan su divorcio de la realidad de las cosas, centuplican el error y aumentan el desórden y perturbacion de la mente. La ley subjetiva de la memoria, llamada tambien de la sugestion ó asociacion de las ideas, ha sido elevada por algunos á principio fundamental de nuestra racionalidad (el asociacionismo inglés); pero la asimilacion dinámica, en que consiste, vale y es legítima, en cuanto conforma con el órden real, que los sucesos tienen entre sí, miéntras que si es guiada por relaciones frívolas, de apariencia y puramente formales es la causa ocasional de multitud de errores y áun de graves perturbaciones de nuestra racionalidad. Apénas si la ley de la sugestion puede exceder el fundamento en que se basa, es decir, la homogeneidad de estados presentes con otros que se recuerdan por su semejanza (la alegría que recuerda otros estados alegres) ó diferencia y contraste (el placer excesivo, que evoca por contraste el recuerdo de una pena indefinida).

Pero, como dice Locke, «cuando ideas que sólo tienen entre sí un lazo casual, se repiten una despues de otra, se unen por el hábito en el espíritu y áun se estiman inseparables,» en lo cual se encuentra una fuente abundante de errores y supersticiones; porque relaciones frívolas y accidentales (contigüidad, semejanza de palabras etc,.) se convierten en relaciones de causalidad y de semejanza reales.

Estas vanas asociaciones, de que ofrece ejemplos sobre todo la candidez irreflexiva de la inteligencia del niño y del hombre inculto, son las que engendran las supersticiones populares. Así, por ejemplo, designamos la idea de Dios por palabras que implican cualidades humanas, llevadas á un último límite, y la fuerza del hábito identifica, asocia el símbolo con la realidad en él significada y por ende el simbolismo absorbe la realidad y la supersticion sustituye al sentimiento religioso. Para no citar más que un ejemplo, la cebolla, que hace llorar al que la toca, fué entre los egipcios un emblema de la divinidad y áun adorada como tal. De igual manera los símbolos que representan plásticamente una verdad moral son tomados, merced á una asociacion artificiosa, por la verdad misma. Símbolo de la hospitalidad y de la amistad, la sal entre los antiguos, se ha tomado despues por la cosa misma y cuando se vierte el salero en la mesa, estiman algunos que es indicio de una gran desgracia, de que han de surgir odios y rencores. La conducta licenciosa (de un Tenorio, ó de un bandido legendario) acompañada de ciertos rasgos generosos se pone á veces por cima de una vida arreglada, porque á ésta se asocia cierta falta de buen tono.

Las falsas ideas, que son corrientes entre la generalidad, acerca de los cometas, de los eclipses, de fechas funestas (el núm. 13 por ejemplo), del encuentro con determinadas personas, de lugares en que ha ocurrido alguna desgracia, etc., son producidas por estas falsas asociaciones, en virtud de las cuales relaciones fortuitas de contigüidad en el tiempo ó en el espacio se convierten en relaciones de causalidad real. Entre ellas las más usuales son las asociaciones de simultaneidad, porque sólo requieren el ejercicio de la percepcion sensible para producir el lazo entre dos ideas.

Para evitar estos errores es preciso labrar hondo y récio en el fondo de nuestro espíritu por medio de la reflexion, observar con sinceridad, comparar con exactitud, recurrir una y otra vez á la experiencia, generalizar con gran prudencia, aspirar á percibir, en vez de estos lazos artificiosos, las relaciones esenciales entre las cosas; en una palabra, ejercitar la ley subjetiva de la sugestion de nuestros recuerdos en conformidad con la ley objetiva, que rige el enlace real de unos objetos con otros. Entónces y sólo entónces dejaremos de ser víctimas del error y de la supersticion y convertiremos la memoria á su mision propia, que es la de expresar en la forma sucesiva del tiempo la racionalidad de nuestra inteligencia y por ende la de nuestra vida.

U. GONZALEZ SERRANO



LA PERSECUCION, cuadro por A. Conadam

IMP. DE MONTANER Y SIMON

EL GRAN CONDÉ LA VÍSPERA DE LA BATALLA DE ROCROY, DIBUJO POR M. BIDA

ILUSTRACION ARTÍSTICA

AÑO II — BARCELONA 22 DE OCTUBRE DE 1883 — NÚM. 95

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



RONDA MAYOR, cuadro por F. Masó

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Lluvia de oro.—Voz de falsete.—El rastro del delito.—Un presidiario suelto.—Los pretendientes de Madrid.—Caligrafía del Congreso.—Los frutos de Higuera.—Pension para diez alumnos de canto.—¡El leon!... ¡el leon!—Ron... de Jamaica.

Los transeuntes de la calle de Alcalá volvieron dias atrás súbitamente la cabeza al escuchar un tentador sonido metálico que se produjo en el empedrado.

No era vana ilusion de los sentidos; era sí, aparentemente, una verdadera lluvia de oro, como si Dios hubiese querido premiar las acciones buenas de los hombres pagándoles un anticipo de gloria con monedas de cinco duros; ó como si algun banquero de esos tan encopetados que se andan por las nubes, hubiese volcado una de sus arcas repletas del codiciado metal, con objeto de hacerse admirar de los miserables peatones de la tierra.

Los transeuntes quedaron por el momento asombrados.

El corazon de Newton viendo caer la histórica manzana no palpitó con tan ansiosa alegría como el corazon de algunas personas que se hallaban inmediatas al sitio de la lluvia de oro.

Las monedas se desparramaron por el suelo describiendo giros fantásticos y arrojando en derredor de sí fulgores deslumbrantes. Entonaron al caer una música melódica, cadenciosa, regocijante, despertando en el alma ideas de dicha, de grandeza y de bienestar.

Los testigos de dicha escena no sabian que la voz de aquellas monedas era voz de falsete.

En efecto, estaban falsificadas.

Así lo dijeron al público, que repuesto ya de su impresion primera trataba de arrojarse con avidez sobre aquel botin caido de los aires, algunos agentes de la autoridad que guardaban la puerta de la casa en frente de la cual se habia verificado el fenómeno.

Los transeuntes comentaban el hecho, cada cual á su manera.

—¡Eso es algun mete....oro! decia uno.

—Yo creo que es una reproduccion de la escena mitológica de Júpiter y Dánae,—replicaba otro.

—No señor, es el cuerno de la abundancia, que se vierte sobre nosotros.

—¡Ay! no nombre V. esas cosas,—decia una mujer poniéndose en jarras.—Diga V. mejor.... el jarron de la abundancia.

—En esa casa debe de vivir algun potentado insigne, algun nabab poderoso....

—Un Creso....

—Un Nabucodonosor....

—Un mago que haya descubierto la piedra filosofal.....

—No, señores,—dijo el agente de órden público.—Segun todos los indicios es un falsificador que arroja el fruto de su crimen á la calle.

***

Arrojar la cara importa,
que el espejo no hay porqué,

dijo el poeta.

La mujer del falsificador viéndose de repente sorprendida habia tirado á la calle desde el cuarto piso, un cajon lleno de monedas falsas.

Pero el marido quedaba allí frente á frente de un alférez de la Guardia civil, con un estoque en la mano, y lanzando al que iba á prenderle furiosas y violentas acometidas.

El alférez se defendió briosamente con un revolver. Hizo retroceder al criminal, hasta que subieron á la casa otros agentes.

Esto ocurria en tanto que la multitud agrupada en la calle hacia comentarios acerca del cajon y las monedas que habian caido de lo alto.

Poco despues salieron custodiados un hombre y dos mujeres.

—¡Ese debe ser el monedero falso!

—Claro que lo es....

—¿Y esas mujeres?

—Pues.... la una será su esposa, y la otra su madre política....

—¡Hombre! la política siempre, danzando en los asuntos del dia.... ¡Cómo se conoce que estamos en tiempo de crísis!

***

¡Despues se ha descubierto que el monedero falso es un prófugo del presidio de Alcalá que burlaba las pesquisas y la accion de la justicia desde el año 1864!

El general Odonell hizo esta observacion paradójica:

—España es un presidio suelto.

La frase del eminente político español no era otra cosa que una frase de efecto.

Pero si toda España no es presidio, hay que reconocer al ménos que andan libres por esta península que afecta en todos los mapas la forma de una piel de becerro (y esta es sin duda la explicacion de que una gran parte de los españoles sea tan aficionada á los toros), no se puede negar, repito, que andan por ahí sueltos muchos presidiarios.

Yo me horripilo al pensar que puedo haberme codeado alguna vez con el susodicho monedero falso fugado de presidio ¡Quizá estuve sentado junto á él en el teatro!... ¡Tal vez me ha pedido lumbre del cigarro en la calle!.... Y ¡quién sabe si en el tranvía ó en el café he trabado conversacion con él y he dicho despues para mis adentros:

—¡Qué buen hombre debe de ser ese! Lleva la virtud y la honradez pintada en su fisonomía!

En el interrogatorio podrán decir al monedero falso:

—Usted se escapó de Alcalá.

—Sí señor, es cierto; pero ya estaba en vías de reintegracion á mi destino.

—¿Cómo es eso?

—Sí; Alcalá me atraia. No habia tenido fuerzas suficientes para volver al presidio. Pero estaba haciendo méritos. Vea V... ¡vivia en la calle del mismo nombre!

***

La necesidad de las crísis políticas la demuestran algunos haciendo notar la gran multitud de personas que hay en Madrid sin oficio ni beneficio de ninguna especie.

Veis por ahí gran número de individuos, perfilados, elegantes, vestidos con arreglo al último figurin....

Preguntadles:

—¿En qué se ocupa V.?

—Por ahora, en nada,—os contestarán.—Estoy esperando á ver si sale algo.... Si cayese el ministerio, quizá me colocaria.

El genio emprendedor, industrial y laborioso característico de otras partes no tiene aplicacion entre nosotros.

Hay mucha gente que no sabe en qué emplear sus conocimientos. La política es el señuelo de multitud de pretendientes.

Así, cuando os encuentra en la calle algun individuo de esos y os pregunta:

—¿Qué hay de cosas? ¿Cae fulano?.... ¿Sube mengano?

No creais que teneis ante la vista un hombre que suspira por el buen régimen de las instituciones, ni por la mayor ó menor suma de libertades.... No; teneis á un futuro diente de la rueda administrativa. En su pensamiento no hay más que vacantes y plazas por cubrir.... Un sillon y una mesa en tal ó cual ministerio, una nómina, un *primero de mes*, un *abono* de años de servicio, más fecundo que el guano del Perú y los abonos minerales de todas especies.

La falta de ocupacion para tanto jóven de carrera, ha inspirado muchas veces provechosos artículos de periódico con este lema: «Más industriales y ménos doctores.»

Pero el mal parece que no se remedia.

Ahora mismo se han presentado 70 aspirantes para tres plazas de calígrafo vacantes en el Congreso.

¡Dichas plazas están dotadas con el sueldo de seis mil reales!

Los más hábiles pendolistas de Madrid han presentado sus instancias escritas con primorosos trazos de pluma y orladas con adornos caligráficos de gran valía.

¡Setenta para tres! ¡No hay más remedio; sesenta y siete habrán escrito sobre el papel sellado tan inútilmente como si hubiesen escrito sobre la movediza arena!

***

Hé ahí un Higuera que habrá dado buenos frutos. Es un señor que se llamaba *Higuera* de apellido, y que al morir ha dispuesto que la renta de una importante finca suya se destine á costear la carrera de canto á diez jóvenes de ambos sexos faltos de recursos.

Parece que la pasion musical fué uno de los mayores atractivos del Sr. Higuera.

Indudablemente se dijo muchas veces en vida:

—¡Qué gloria crear un Gayarre, dar desarrollo á un Masini! En el mundo hay poca gente que cante bien. Algunos cantan en la mano; otros cantan si los hostigan; hay poetas que hacen cantos.... de pedernal en lugar de hacerlos líricos.... Y el canto flamenco se halla muy extendido.

Pero el *bel canto*, ¡oh! el *bel canto* lo poseen pocos.

¡Yo voy á instituir una decena musical que perpetúe mi nombre!

Es sumamente laudable la disposicion testamentaria del citado filarmónico.

¿Quién sabe?.... ¡Tal vez alguno de los jóvenes sobre quienes recaiga su pension llevará con el tiempo el buen nombre de España en los principales escenarios del mundo!

Si esto sucede, ¡oh, *dilettanti* del porvenir! no arrojeis coronas de laurel á los aplaudidos artistas.

Les corresponderán coronas de Higuera.

***

El otro dia hubo gran agitacion en el Parque de Madrid.

Corrió la voz entre la numerosa concurrencia de aquellos jardines, de que el leon de la Casa de fieras se habia salido de la jaula.

No era cierto. El anciano animal permanecia tranquilo y sosegado miéntras la muchedumbre corria despavorida.

Sé de positivo que el leon ha tratado de saber quién habia esparcido la falsa alarma para demandarle de injuria y calumnia ante los tribunales.

Leo en un periódico:

«Ha sido nombrado jefe del personal del ministerio de Ultramar el señor Ron.»

¡No puede darse un nombramiento más apropiado!

El señor Ron, jefe en Ultramar....

¡Vamos; será ron de Jamaica!

PEDRO BOFILL

Madrid 19 octubre 1883

NUESTROS GRABADOS

RONDA MAYOR, cuadro por F. Masó

Los Aristarcos que tanto se ceban en la crítica de las actuales costumbres, que despues de todo no son dignas de la Tebaida, ¿qué hubieran dicho en aquellos tiempos, por ellos tan suspirados, en que cada calle era teatro de escenas parecidas á la que tan gráficamente ha dibujado el autor de este cuadro? Manolas descocadas, ó damas idem, que allá se confundian unas y otras, provocando con mucha gracia y escaso pudor á los transeuntes; un rapista haciendo la barba en plena calle á un caballero tan blanco de pelo como verde de intentos; unos estudiantes que conocen la guitarra mejor que el Digesto y que utilizan el latin para echar piropos subidos de color en la lengua de Ciceron; un fraile que en lugar de estar recogido como Dios manda, pasea sus alforjas repletas de aquellos comestibles que ha ido mendigando perezosamente á zafias verduleras; personajes son de exhibicion frecuente á la luz del sol que iluminó los últimos años del pasado siglo y los primeros del actual; pero esto no impide que tipos de esta naturaleza, por no decir de esta calaña, desdigan del respeto que siempre debieran infundir y guardar, las mujeres, los hidalgos, los escolares y los religiosos.

EL SALON, cuadro por Luis Leloir

Háse dado en llamar *salon* á la exposicion de cuadros que periódicamente se celebra en alguna capital, y el autor de la lámina que reproducimos ha demostrado en ella que si en un *salon* se reunen por regla general cuadros de todos los géneros, su diestro lápiz sabe reproducirlos tan variados como el capricho los apetezca. Desde la pintura histórica representada por una escena que tiene mucha semejanza con otra del segundo acto de los *Hugonotes*, hasta un estudio de la raza felina; desde el paisaje hasta los tipos de época y de costumbres varias; en todo ha estado discreto el autor, cuyo talento se adapta á la variedad en los gustos.

Algunos distinguidos pintores han dado pruebas de lo vasto de su genio acumulando diversos asuntos en un solo cuadro y empleando principalmente el recurso de reproducir, bien el almacen de un ropavejero, bien la galería de un anticuario. Leloir ha prescindido de buscar la forma de exponer, y ha expuesto de una manera más sencilla, más rudimentaria, pero que tiende más directamente al fin que se ha propuesto.

SAVONAROLA predicando en Florencia contra el lujo, cuadro por L. Langenmantel

En la segunda mitad del siglo XV, Florencia, gobernada por los Médicis, presentaba un brillante aspecto; pero debajo de aquel manto recamado de oro existia un cuerpo debilitado por toda clase de vicios. Jerónimo Savonarola, fraile dominico, de palabra tan ascética como sus costumbres, se propuso poner remedio á la depravacion general. Iniciador de la reforma religiosa, tronó contra el lujo, contra la enervadora política de los Médicis, contra el relajamiento de las comunidades religiosas, contra todo cuanto, á juicio del dominico, merecia el desprecio de los hombres y el anatema de Dios. Por un momento prevaleció su doctrina y consiguió tal popularidad, que fué el verdadero árbitro de Florencia. Pero sus enemigos eran sobradamente poderosos para no derribar á un humilde fraile, cuya única fuerza consistia en su arrebatadora elocuencia. Restablecidos los Médicis en el poder, perseguido por el Estado como trastornador y por la Iglesia como hereje, fué condenado á muerte y quemado vivo, junto con dos de sus más entusiastas discípulos, en la plaza pública de Florencia, aquella ciudad que poco ántes fué escena de sus triunfos.

¡QUIÉN VA!... dibujo por A. Fabrés

Hay hombres que constantemente llevan la mano al ala del sombrero, como los hay que la llevan continuamente al puño de la espada.

Cuando decimos *hay*, quizás debiéramos decir *habia*.

Por lo mismo que al presente no se usa espada, tampoco son muy usados los espadachines. Es una raza como la de los elefantes blancos; no se ha extinguido, pero le falta poco.

Fabrés no ha conocido á esos hombres, pero los adivina con singular intuicion y los dibuja con particular acierto.

Testigo de ello el grabado que hoy publicamos.

—¡Quién va!...—exclama ese fantasmon del tiempo de Enrique III.

Y al extremo de un brazo muy largo se está viendo una tizona mucho más larga que el brazo. ¡Ay del hombre á cuyo pecho se dirija la punta de este acero!...

A cualquiera se le ocurre que un encuentro con semejante personaje habia de terminar forzosamente con una de cuchilladas.

Entónces las fondas eran ménos comunes que en nuestros dias.

EL PASTOR EN ACECHO

Cuando, en las frias noches de invierno, nos arrebujamos en las confortables mantas de lana, ó cuando combatimos el catarro con sendos vasos de leche caliente, ó cuando, sentados cabe una limpia mesa, damos buena cuenta de alguna chuleta aderezada con maestría culinaria, ¡cuán poco nos acordamos del triste pastor que, aterido de frio, rendido por la tos y medio muerto de hambre, lleva á apacentar esos ganados que tan generosamente atienden á nuestras necesidades!

Y sin embargo, ese pastor es un elemento de gran importancia en los resultados de la vida social. Supongamos que cualquiera de los sibaritas que se aprovechan de los productos de la ganadería en sus múltiples formas y empleos, debiera apacentar esos rebaños, guiándoles durante el verano á los montes elevados, conduciéndoles en el rigor del invierno á los abrigados valles.... Lo más fácil seria que el rigor del clima, la desnudez de los campos y la astucia de los lobos, nos dejaran sin vellones, sin leche y sin chuletas.

Compadezcamos, pues, y admiremos á ese niño pastor que tan grandes servicios nos presta, y bendigamos á Dios que le dotó del sentimiento de la música para endulzar su soledad y consolarle del olvido del mundo.

LOS POSTRES, cuadro por Augusto Kaulbach

Dejaríamos de ser admiradores del arte si no rindiésemos culto á los ilustres nombres de Velazquez, de Rafael, de Murillo, Ticiano, Wan-Dyk, Vinci, y otros genios, cuyas portentosas obras son privilegiado ornamento y riqueza de museos y galerías. Pero cuando por suerte nos hallamos delante de un Fortuny, de un Delacroix, de un Pradilla, de un Overbeck, de un Kaulbach, plácenos sostener que nuestro siglo XIX no debe estar tan materializado como se le supone, cuando produce obras tan sentidas y tan bellas cual han ostentado las exposiciones contemporáneas de las Bellas Artes.

Hermoso ejemplar del arte moderno es el cuadro que hoy reproducimos. Examínese como se quiera y dígase si cabe mayor maestría y mayor sencillez á un tiempo; si es posible cautivar la atencion por medios más naturales y si al pié de esa pintura, que pudiéramos calificar de tan ingenua, desdeñaria poner su firma el más venerado de los profesores habidos.

DESPUES DE MUERTO

(Conclusion)

V

Cuando doña Cármen entró á preguntarle si habia descansado:

—Sí, querida; he descansado perfectamente, dijo sonriendo por primera vez en su vida, quiero decir en su muerte. ¿Y Pilar? ¿está ya buena?

—Sigue mejor.

—Vamos á verla.

—Pero, Pablo, ¿no sabes que?......

—No importa; vamos á verla.

—Espera un momento, espera.....

—Para qué......

—Si no te incomodases......

—Habla sin cuidado alguno.

—Pues, bien; ahora es imposible ver á Pilar.

—¿Por qué razon?

—Las viruelas están supurando, y en este período de la enfermedad, el contagio es más seguro.

—Mayor motivo entónces para que yo la vea. Necesitará que se la atienda, que se la cuide; vamos, vamos. No me separaré de su lado hasta que esté restablecida.

Diciendo esto se dirigió á la alcoba de la enferma; doña Cármen quedó maravillada ante tan increible trasformacion. Durante muchos dias no cesaron sus sorpresas; D. Pablo asistió á su hija, olvidándose de sí mismo, con una abnegacion sublime; no descansó un instante. Por su mano dió á Pilar las medicinas; la puso y renovó los vendajes; durmió á su lado recostado en la misma almohada, tomando los alimentos de la enferma en el mismo plato y con el mismo cubierto. Pasada la convalecencia el carácter de D. Pablo fué el más alegre y decidor de la casa. ¡Qué locuras hacia! ¡qué cosas tan chistosísimas ideaba! ¡qué cantares! ¡qué bailoteos! ¡qué risas!

—¡Se habrá vuelto loco! pensaba á todas horas doña Cármen.

Pero no; su salud aumentaba de dia en dia; engordaba; se endurecian sus músculos; la sangre circulaba con abundancia por sus venas y arterias, bien repleta de glóbulos rojos, como lo delataban el sonrosado color de su piel y el rojo subido de sus labios y encías. ¡Qué guapo, qué hermoso y qué fuerte estaba! Se habia rejuvenecido, ó segun la frase gráfica de doña Cármen; se habian llevado un hombre y traido otro.

Los ataques catalépticos no volvieron á presentarse, desaparecieron completamente y la monomanía higiénica se fué para nunca más volver.

Nadie se explicaba semejante cambio, y á no verlo, ¿quién lo hubiera creido?

VI.

Una tarde de otoño, se paseaba D. Pablo con su mujer y su hija por las afueras de la poblacion. Ya comenzaba á anochecer cuando decidieron volverse á casa. Al doblar un recodo del camino ofrecióse á la vista de nuestros tres personajes el más espantoso espectáculo que pudieran sospechar. Una casa, una miserable casucha de un guarda, compuesta de dos pisos, bajo y principal, ardia como una tea, más aún, como un monton de hojas secas.

Las llamas subian desde el piso bajo al principal y de este al tejado como un ramillete de fuego.

En el único balcon de la casa, una niña, de tres á cuatro años de edad, lloraba, agarrada á los barrotes de hierro, llamando á grandes gritos á su madre, la cual llegó al poco tiempo rugiendo como una fiera. A no haberlo impedido se hubiera arrojado en la hoguera y perecido en ella ciegamente.

—¡Mi hija! ¡mi hija! repetia angustiada la pobre mujer extendiendo sus brazos al aire.

D. Pablo, sin dudar un instante, con una tranquilidad de espíritu conmovedora y sonriendo cual si se dispusiera á trepar á un árbol á coger fruta, se adelantó hácia la casa rechazando á su mujer, á su hija y á otras personas, las cuales, aterradas, quisieron detenerle.

Con agilidad y presteza se asió á los hierros ardientes de una ventana baja, y adelantando unas veces el pié y otras las manos, subió, en medio de las llamas que prendieron en todo su vestido, hasta el balcon donde se hallaba la pequeña, volviendo con tan pesada carga á descender, de la misma suerte que habia subido.

Al poner el pié en el suelo dió dos ó tres pasos y cayó en tierra desplomado. Todos corrieron á él y le arrancaron á pedazos la ropa todavía ardiendo, y perdido el conocimiento, lo envolvieron en una manta y lo trasladaron á su casa.

Se le declaró una inflamacion espantosa en la cabeza; las manos y los brazos tambien se le hincharon; debia sufrir horriblemente y sin embargo no se quejaba. En lo que podia manifestarse su pensamiento, parecia estar contentísimo.

Trascurridos quince dias la inflamacion comenzó á bajar, y al mes ya habia desaparecido casi totalmente. Entónces se observó que habia perdido la vista.

—¡Ciego, Dios mio, ciego!

Su mujer y su hija estaban desconsoladas. Don Pablo, por el contrario, se hallaba alegre y resignado con su nueva desgracia.

Su familia y sus amigos, asombrados, no sabian cómo explicarse todo aquello.

Un dia le interrogó hábilmente su mujer sobre el extraordinario cambio que habia sufrido su carácter y el valor heróico que habia manifestado meses ántes salvando á una criatura de las llamas.

—No tiene nada de particular, mujer, la dijo don Pablo, acariciando á doña Cármen bondadosamente; y prosiguió: Un año ántes de mi muerte, paseándome por la márgen derecha del rio, ví á un jóven de unos diez y seis años que se estaba bañando. En la orilla opuesta á la que él y yo nos encontrábamos florecian unas matas de malvas hermosísimas, cuya flor tomaba yo todos los dias en infusion. Si quieres ganarte medio real, le dije al chico, tráeme todas las flores de malva que ves allí enfrente. El muchacho, sin encomendarse á Dios ni al diablo, se dirigió hácia la otra orilla, pero ántes de haber llegado á la mitad del camino le arrolló la corriente, y desapareció á mi vista. Como entónces las impresiones fuertes me producian los ataques aquellos de catalepsia que padecí en la tierra, cerré los ojos, me volví de espaldas y eché á andar huyendo de semejante escena. Al dia siguiente supe por los periódicos que el infeliz se habia ahogado.

Ahora bien, si no tuviese la evidencia de que estoy muerto y bien muerto, y de que todo cuanto me ocurre es sueño y nada más que un sueño, es seguro que la niña del fuego hubiera perecido como el muchacho del rio; no habria asistido á Pilar variolosa, ni sufrido con paciencia los dolores de las quemaduras, ni mucho ménos me conformaria con la ceguera. Pero como estoy muerto y todo lo que pasa es mentira, dispuesto estoy á tirarme de cabeza por el balcon en la seguridad de que nada ha de sucederme. Y si quieres convencerte por tí misma, espera un momento y lo verás.

Y diciendo esto se dirigió á tientas al balcon por donde se hubiera arrojado á no impedírselo doña Cármen, la cual, llorando silenciosamente, le decia que no era menester la prueba, pues estaba convencida de que todo cuanto le habia dicho era verdad; pensando para sus adentros que su desgraciado marido habia perdido el juicio de todo en todo.

Consultados los médicos y sometido á varias experiencias D. Pablo, declararon todos aquellos señores que el ciego estaba loco de remate, en cuya opinion murieron unos y otros.

VICENTE COLORADO

LOS OJOS DE CERA

Muchas zonas recorrió la flechilla del disco barométrico sin hacer estacion en ninguna; franqueó, tiritando, la region de las nieves perpetuas; cruzó, encendida de calor, por arenales calmosos; salvó de un brinco mares en borrasca; se volvió loca en el polo; y en fin, despues de una ligera indecision, se detuvo en tiempo revuelto. Al lado estaban las lluvias, con sus charcas pantanosas, sus miasmas pútridos, y sus negras calenturas; y, en una línea más allá, no sé si se rebullía el infernal conciliábulo de espectros con guadaña, avispados ojeadores de la muerte, cuya diversion consiste en cazar, ocultos en la sombra, la salud andariega.

***

Declaróse una epidemia en el aire, extendiéndose por toda la villa. El sol fué inculpado igualmente en el criminal cataclismo. El vulgo atribuyó parte no escasa del hecho tremendo al inocente zumo de frutas melosas. Y entretanto, los químicos sacaban de sus laboratorios, estupendos paliativos para el mal. Orondas píldoras, primorosas pastillas, ungüentos balsámicos lucieron junto á la bomba verde de las farmacias. Pero, la enfermedad pasaba como ave que lleva el ala rota, salpicando á diestro y siniestro puñados de agujas en los ojos. ¡Cuántas caras de niños quedaron sin sonrisas! El limpio cristal por donde mira al mundo la inocencia, se veia, en casi todas estas tiernas criaturas, jaspeado de gotas de sangre. ¡Y no me hableis de medicamentos! El colirio de rosa, el láudano adormecedor, cumplian lo mejor posible con su milagrosa ocupacion de destilar consuelos. Pero, eso fué todo.

***

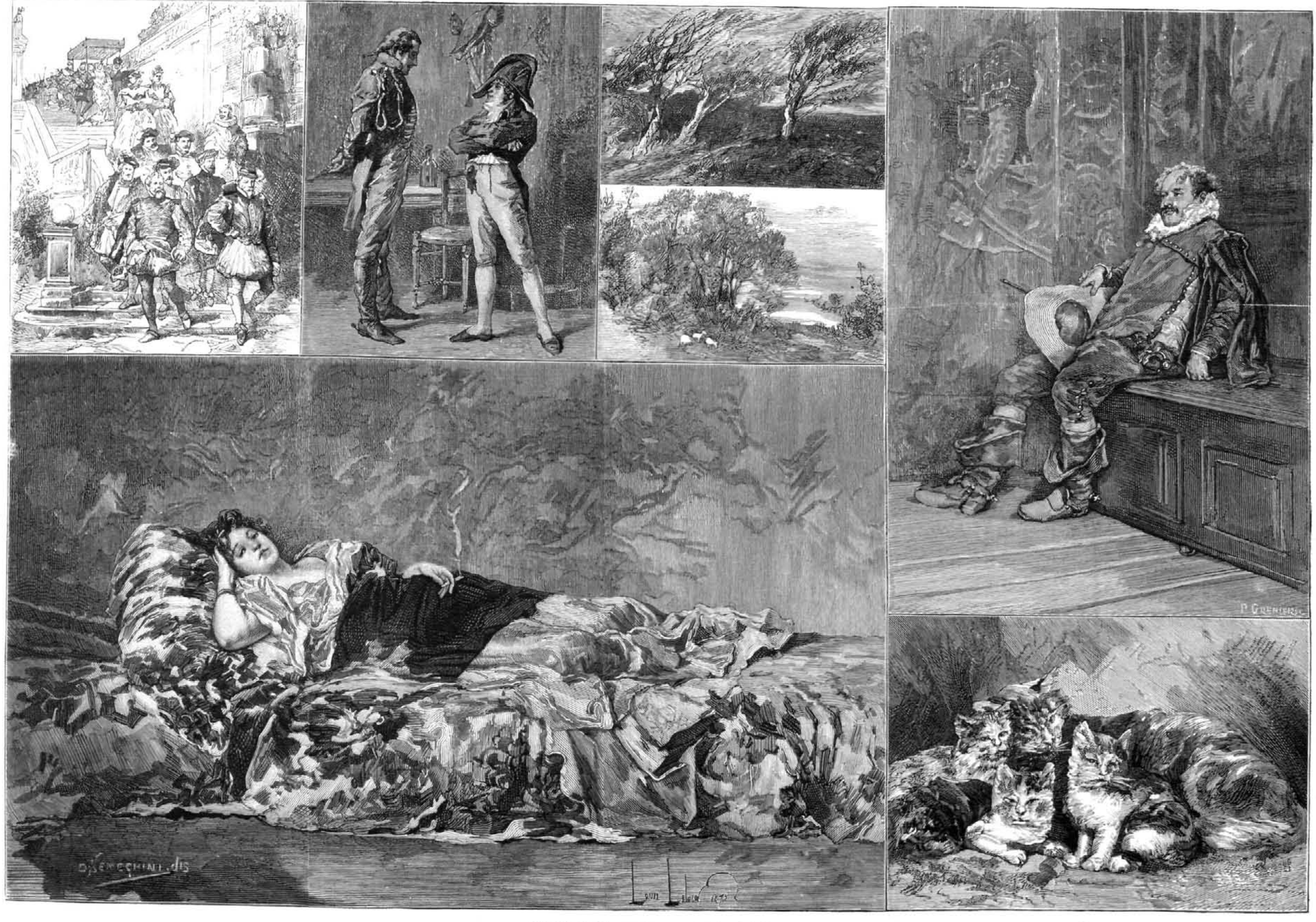
¿Para qué mecer la cuna del niño que está acostado sobre espinas? El columpio del sueño es para él una rueda erizada de garfios. Vidrios desmenuzados se incrustan en sus pupilas hinchadas, protegidas de los picotazos de la luz por sola una tira de lino. ¡Nunca la fe estuvo mejor simbolizada! Acercais á los labios, que fueron rosas, un brebaje sombrío diputándolo por agua trasparente, y la boca confiada se lo traga, pidiéndoos más. En el rincon de oscura alcoba demanda el deseo infantil un teatro, y la imaginacion compasiva de la enfermera, llena de decoraciones y de aparatosas maquinarias aquel reducido trecho, apto sólo para contener un nido. Las paredes se truecan, bajo la brocha ardorosa de la fiebre, en telas pintadas; los muebles toman proporciones monumentales; los vestidos colgados se animan; y sus pliegues diseñan personas.... Hasta ahora el espectáculo es fácil, bello, encantador. Pero, de pronto, se despierta el gusano de la oftalmía, y con su aguijon encolerizado taladra el ojo enfermo. ¡Ah! no movais la cuna del niño que apoya su cabeza sobre puntas de zarzas.

***

Atad el freno á la curiosidad desbocada. Pisad sigilosamente las losas de mármol del palacio de la marquesa Celia. No importa que aplasteis los soberbios tulipanes, que, sobre jarrones japoneses, adornan las galerías. Seguid impasibles, sin protestar, la ola de taciturno bullicio que se agita por la gran casa. El mundo de satélites, escuderos y cortesanos que danza alrededor de todo magnate, pónense allí en movimiento esta noche. Los balcones blasonados dejan ver por entre sus maderas entornadas el relampagueo de luces corriendo de una sala á otra. Al doblar una esquina de aquellos muros adamascados, se detienen dos transeuntes y se dirigen una pregunta:—¿Cómo está la niña?—Esta misma interrogacion se oye repetir en todos los ángulos, bajo todos los techos artesonados del aristocrático edificio. Hasta en la cocina subterránea, iluminada por la roja llama de la chimenea, entre el vaho de las cacerolas, junto al macizo mobiliario de nogal avellanado, el indocto colegio de los marmitones salmodia soñoliento esta frase: ¿Cómo está la niña?

***

Es esta un sér delicado, fino, compuesto de nervios de sensitiva, ojos abiertos y luminosos, cabecita rubia y tez aterciopelada. Una de esas mariposas que habreis visto revolotear, en tardes de paseo, al lado de un cuadro de verdura. Tienen alas de blondas y coronas de flores; y si un rayo de sol prima-



EL SALON, cuadro por Luis Leloir



SAVONAROLA PREDICANDO EN FLORENCIA CONTRA EL LUJO cuadro por L. Longenmantel

veral llega á herir sus vestidos de gasa, urge á la fantasía aferrarse con argollas de buen sentido á la realidad, para no creer que son ángeles flotando entre nubes de fuego. Pues bien, esta niña, este adorable juguete de carne sonrosada, estaba á punto de perder los ojos. ¿Concebís un cielo sin estrellas? Entónces concebís el alma de un niño sin miradas.

***

Este virginal lirio paciente, ahora mustio y quizás tan próximo á desprenderse del tallo, fué único fruto de una floracion consagrada por el altar, pero maldecida y desbaratada por la falange endiablada de la discordia y de la falta de seso. La marquesa Celia tuvo por marido un hombre, que sin ser positivamente un monstruo de perversion, las obras infames que provenian de sus manos, tomando su orígen pristino en su chato caletre, sobrepujaban en resultados desastrosos á las del más abyecto de los séres del órden zoológico. Fué padre por un olvido de la naturaleza. El divino engendro que abrigó en sus entrañas Celia debió pertenecer sin duda al amor de un hombre, no á la hozadura de un sapo. A los dos meses de matrimonio y cuando su jóven esposa habia empezado apénas á gozar de los austeros deliquios de la mujer que se siente madre por vez primera, el loco marido huyó en busca de aventuras entre bailarinas y tahures. Estos pólipos que chupan lo más precioso de la vida, la sangre y el oro, admitieron al prófugo calavera dentro de sus ranchos gitanescos, de sus rediles lobunos. ¿Qué sombra de remordimiento podia proyectar en su alma enturbiada su hogar sin jefe, su esposa abandonada? Esta no pudo acallar por mucho tiempo los gritos de su corazon lacerado. Era, al fin, mujer, y el hombre, fiel ó traidor, á quien ella habia entregado todas sus virtudes, todos sus encantos, todos sus pudores, todos esos secretos perfumes del capullo aún no florecido, el hombre aquel, dueño discrecional de ella, no podia serle indiferente. Así, lloró largamente el triste acontecimiento. Mas, luégo que nació su hija, que los cuidados maternales reclamaron parte muy principal de sus atenciones, la viuda en vida no se encontró tan sola. La niña vino al mundo enfermiza, como flor que brota en tierra escaldada. Fué preciso á sus pulmones endebles el hálito robustecedor del campo. De este modo la niña de Celia pasó casi toda su infancia, separada de su madre; aunque viviendo en consorcio íntimo con otra madre más fecunda y eternamente viva: la naturaleza. La marquesa no contrarió los gustos de su hija, pero ¿domó los suyos propios?

***

Habia pasado ya la media noche, y el sueño no parecia por casa de Celia. Al salon biblioteca convergian las miradas todas de los asistentes, pues allí se debatia encarnizadamente la salvacion de la niña. Allí estaba plantado el tribunal, de cuyo fallo se hallaba suspendida la general expectativa. Entre estantes de caoba, atestados de libros dorados, y estatuas de yeso, recordando facciones de inmortales, se reunia el cenáculo de doctores de la ciencia médica, jueces inapelables de la vida del cuerpo. Deliberaban con calor, con suprema agonía, con verdadera abnegacion, como si el móvil de aquella junta de sabios no tuviera por estipendio la remuneracion pecuniaria de una profesion lucrativa sino el modesto salario de una accion buena. Famosos eran todos ellos. Cada cual revolvia el fondo del saco de su erudicion y vertia torrentes de adivinaciones sibilíticas. Tantas bocas, tantos oráculos. Sí; aquellos hombres, rígidos, severos, consumidos por el estudio, aunque fortalecidos con el manejo constante del peligro, decian palabras que tenian mucho de inspiracion profética. No faltaba tampoco á esta aureola la periferia crepuscular del misterio. No se oian otras frases que «atrofía de pupilas,» «dislocacion del cristalino,» «hernia del íris,» «congestion de la coroides,» «hemorragias retinianas,» «filaria en el cuerpo vítreo.» Eran vocablos de un lenguaje técnico, notas del pentágrama de la sabiduría, que componian una cancion bien triste. ¿Qué habia de efectivo en esto? Nada: la duda, lo oscuro, el embrollo de las ideas, la ruina de todo cálculo. El oftalmoscopio dijo algo, pero sin prestar mucha fe á sus aseveraciones. Habia neuralgia facial afectando sobre el órgano de la vision. Una complicacion de fiebre perniciosa hacia más espinoso el asunto. Era un caso raro. ¿El paludismo, la amaurósis congénita ejercian allí algun influjo? Nada de cierto, sino que la niña sufria horriblemente, y que, aquella noche, habia asomado en el azul de sus pupilas una nubecilla blancuzca de pésimos agüeros.

***

No, no; la marquesa no queria consolacion ninguna. Si la larga ausencia de su hija y las atracciones de la esfera de lujo en que se movia su pié pudieron desviar la inclinacion de sus afecciones de mujer, el amor materno en ella no habia experimentado alteracion alguna. Celia era una mujer de temperamento apasionado, y todos sus sentimientos se elevaban en ella, muchas veces con la sola evocacion de un recuerdo, á un grado extremo de tension y de sonoridad. En tales casos tenia súbitas resoluciones, cuyos efectos, buenos ó malos, iban siempre acompañados del prestigio de sus dotes sobrenaturales. Era en realidad, prodigiosamente bella, de distincion suma, y de un espíritu que brillaba en su rostro con fulguraciones fascinadoras. ¡Ah! codicia del mal, ¿por qué pusiste tu mano maldita sobre el corazon de Celia? Aquella noche, sin embargo, noche reveladora de verdades ocultas, iba á ser tambien, para la marquesa, noche de grandes decisiones. La ola del amor maternal fué hinchándose de momento en momento en los mares infinitos de su alma. No; ella no podia consolarse. Su hija iba á quedar ciega. Era madre ante todo, ¿qué le importaba lo demás? Aquel afecto puro, santo, celeste, ¿no podia ser al mismo tiempo el incienso que fumigara el aire algun tanto viciado de su vida? No le hableis de otra cosa que de su hija enferma. Ved la madre, despertada de su letargo, recorriendo habitaciones, llena de solicitud, y ofreciéndose á todos los servicios, ansiosa de ser útil, pero descubriendo en todos sus trafagosos ademanes la dificultad embarazosa de una mujer no hecha á las prácticas del oficio doméstico.

***

¡Apártate de aquí, impertinente favorito de una hora de extravío mujeril! Huye del lugar donde se cobija el dolor. ¡Oh, tú! el más almidonado, el más antipático de los lechuguinos; tú, puritano de las ridiculeces de la moda, y á quien mercedes concedidas sin merecimiento hicieron el más odioso, el más exigente, el más soez de los amantes. No turbes, polilla ruin de virtudes femeninas, la gravedad del momento con la aparicion de tu faz cómico-melodramática. Limpia, si tienes valor, el estigma del desprecio que escupió sobre tu frac verde la mujer engañada. Oculta entre el cieno, como reptil ponzoñoso, la camisa miserable de pasados adulterios, ¡oh, tú, el más criminal de los criminales galanteadores de estufa, de los parásitos de amor!

***

La culpa tomó por bestia suya á la virtud. La virtud se encabritó contra el ronzal de la culpa y gritó: «¡á tierra!» La culpa cayó al polvo, donde fué pisoteada por los inmundos animales de la abyeccion, de la miseria y del aburrimiento.

***

Avanzaba la noche fatal, en que hubo de manifestarse la crísis de la enfermedad de la niña, con síntomas alarmantes, y la madrugada no trajo entre sus alientos de frescura ningun alivio que calmase los dolores de grandes y de pequeños. Celia habia llorado mucho. Sus oídos parecian tapiados á todo consejo de resignadora conformidad. Reprochábase de haber sido hasta entónces tan indiferente para con su hija, y la alucinacion roedora de su conciencia llegaba hasta el extremo de acusarla como motora añeja de los males presentes. Escrúpulos del delirio ó confesiones de movimientos íntimos encarcelados de larga fecha en su alma, todos los pensamientos que acudian en tropel á su mente la delataban como causa, cómplice é iman de la pena que habia caido, como un rayo, sobre la frente inmaculada de su niña. La marquesa no podia parar mucho rato en un mismo sitio. Ansias estranguladoras subian á su garganta y atormentaban cruelmente su espíritu con ideas ofuscadoras y mortales. La ciencia se removia impotente, desconcertada, como brújula sin norte. ¿Qué remedio? La madre habia sacrificado su pasion liviana ante los ayes de angustia de su hija. Pero, no bastaba esta accion, que, más que holocausto propiciatorio, era la justa penitencia, no cumplida, de un delito inulto. Todo aparentaba conjurarse contra los propósitos reconciliadores. Tratamientos terapéuticos, vigilancia inusitada, cuidados prodigados á todo pretexto resultaban como no empleados. Y la madrugada tocaba á su término, y el alba blanqueaba el cielo, sin que en los ojos de la niña se reflejase un rayo de mejoría.

***

—¡Piedad, piedad, Dios mio! he sido una gran pecadora. Mis faltas fueron graves y multiplicadas; que no recaiga el castigo que yo merecí sobre quien es inocente. Sé que dí al olvido mis deberes, sé que la misericordia no debe estar de parte mia. Pues bien, Señor, aplacad ese enojo que mata, que ciega á la hija de mis entrañas para toda su vida. ¿Qué quieres de mí? ¿Mis errores? los expiaré; ¿mis vanidades? quedarán reducidas á pavesa. Una reparacion inmensa, inmediata, sírvate de desagravio. Pide. No sé qué darte... lo que más estime, lo que más halague mi orgullo... ¡Mis joyas!... tómalas todas, que se las lleven y que resplandezcan en tus altares.

***

No aguardó Celia que, á otro dia, fueran abiertos los talleres de orfebrería y artes suntuarias, y que pusiesen á la vista el rico contenido de sus escaparates deslumbradores, sino que, llamando en una tienda, penetró en ella como el náufrago que se procura con su propia mano socorro. Dentro de los armarios de palo santo, se veian ejércitos de argentados y auríficos artefactos, que reñian escaramuzas, en la oscuridad, lanzándose llamaradas de aderezos y chispazos de pedrería. ¡Qué bien se cubria de gloria el buril entre aquellos escuadrones de primores manufactureros, mostrando sus lindos arañazos sobre piezas, que representaban un caudal de coste! La dama pidió lo que deseaba, y á su postulacion, mil estuches y cajas acolchadas de seda saltaron sobre sus resortes, dejando ver afiligranadas arquitecturas de oro y plata en su seno. Celia encontró lo que buscaba. Eran unos ojos de oro irisados de diamantes. El valor de esta prenda votiva superaba en cientos de onzas al de sus numerosas joyas. ¿Cómo estaba allí tan oportunamente obra tan excelsa y tan rara? Celia no se ocupó de investigarlo. Dejó en el mostrador todos sus aderezos, pendientes, camafeos, anillos, collares y sortijas junto con rollitos de papeles de una gran estima en el comercio. Pero ¿qué valia esto, si aquellos ojos de oro llenos de luces representaban los ojos de su hija llenos de tinieblas?

***

—Parte facultativo.—Sigue el reflujo de la inflamacion con redoblamiento de los trastornos visuales. Aplicóse la pomada mercurial sobre la region ciliar, sin obtener resultado satisfactorio. No han cesado de cabrillear, ante la retina de la enferma, los círculos brillantes, las estrellas rojas, las nieblas abigarradas, los globos fosforescentes. Temor de que estos síntomas sean precursores de ulceraciones. Tratamientos preparatorios para la operacion terrible. ¿Se le aplicará directamente el cloroformo á las venas ó se administrará este anestésico por la vía respiratoria? No hay que pronosticar venturas, cuando el diagnóstico está orlado con cenefa de tristeza.

***

Habian trascurrido dos dias. El voto riquísimo de Celia parecia no alcanzar más gracia de la Providencia que la que posee un amuleto para con un fetiche. La niña empeoraba visiblemente. La desesperacion alborotó con rudeza el alma de la marquesa, la cual, delante de tan infructíferos esfuerzos, llegó á abrigar pensamientos de irreligion. Su belleza habia desaparecido casi por completo. En pocas noches, su cuerpo, no habituado á la vigilia, demacró en términos que holgaron sobre sus contornos, espléndidos ántes, todas las estrecheces y ceñimientos de las ropas. La marquesa no se conocia. Tenia desmadejado el cabello, los ojos desmesuradamente agrandados y hundidos, con círculos violáceos en sus bordes, la boca resquebrajada, el rostro todo descompuesto y marchito. ¡Su niña ciega! Hé aquí el gusanillo que se habia entrado en su cerebro y trastornaba profundamente sus hilos vitales. Ya no le cupo duda de que el tormento de la hija era respuesta á la liviandad de la madre. Habíanse agotado todos los recursos de la ciencia, puesto en práctica medios sobrenaturales y divinos. Todo inútil. La víctima, al ser echada sobre las brasas del hecho, se resolvia en humo y se dispersaba por el aire. Amoríos, galas, gustos que endulzan el paladar de los antojos, fueron arrojados, como cosa que sobra para el viaje, en el camino nuevo labrado por las circunstancias fatalistas. Sí, todo habia sido estéril y vano. Pero, Celia era mujer de condicion exaltada y tocaria á las fauces mismas del abismo ántes que cejar un paso dado en el curso de las intemperancias. Primero fué madre poco creyente, despues fué madre supersticiosa. ¿Qué seria finalmente? Sí, llegó, llegó á la sima, al precipicio donde la arrastraban sus exageraciones. ¡Pobre mujer! Era una naturaleza incompleta por lo mismo que atesoraba tantas perfecciones.

***

—¡Celia! querida mia, no llores: tus ojos pueden enfermar tambien. ¡Y son tan hermosos!

—Estos ojos serán arrancados de mis órbitas porque gustaron á la vanidad de un necio y envilecieron los deseos de una desdichada.

* * *

Sí; la marquesa ofreció saltarse los ojos si su niña curaba, y la niña... curaba. Desapareció todo fenómeno grave. Organos, membranas y tejidos fueron observados por el oftalmoscopio, y ahora dijo éste que se hallaban bien. La niña curaba de aquello que fué amago de catarata; su ascenso á la salud fué rapidísimo; pero todavía no veia. La marquesa comprendió entónces lo enorme de su ofrecimiento. Le pareció horrorosa la accion á cuya realizacion se habia comprometido con vínculos sagrados. Dudó, luchó con su conciencia, sintió á su lado el demonio incitador de su hermosura. Miróse al espejo, y faltóle poco para caer al suelo desvanecida, con sólo figurarse desprovista de sus hermosos ojos. No; ella no podia realizar un tan cruel sacrificio. Pero durante este intervalo de vacilaciones angustiosas, la niña sufrió otra recaida, cuya súbita brusquedad tenia algo del golpe inferido por mano oculta. Ya no hubo remedio. La marquesa se decidió á dejarse ciega por su hija.

* * *

Encerrada está la marquesa en su gabinete. ¿Qué hace? Poner en obra una tremenda palabra. En tanto, el médico de cabecera, prueba á quitar la venda á la niña. Esta se incorpora en su lecho, da un grito; salta al suelo y echa á correr por las habitaciones del palacio, diciendo:

—¡Mamá! ya veo; ya veo, mamá mia.

¡Quién sabe si será ya tarde! ¡quién sabe si la mano culpable traspasó el límite de la pena y cortó con el dogal el cuello! Todo estaba en silencio en el aposento de Celia. Cuando hubieron llegado á la puerta la niña y el doctor, vieron á través de los vidrios, un espectáculo aterrador: la marquesa apuntándose á los ojos con las cuchillas afiladas de unas tijeras.

* * *

La niña y el doctor entraron.

—¡Madre, madre mia! gritó aquella; ¿qué vas á hacer? Si yo ya veo. ¿Me quieres mucho?

—Celia, dijo el doctor sujetando el brazo de la dama, no tentemos la Providencia. Mucho ha hecho V. ¡Basta ya! No exageremos. La culpa debe ser tambien piadosa consigo misma. Nunca para los sacrificios midamos á Dios con el rasero con que medimos al hombre. Este podrá ser ambicioso y vano; amará lo que reluce ó lo que hace ruido. Mas para con Dios, dar oro es agravio, destruir una obra suya, sacrilegio. ¡Ofrendas humildes al que lo posee todo! Celia, para el que todo lo ve bastan sólo.... unos ojos de cera.

JOSÉ DE SILES

CRONICA CIENTIFICA

LA NAVEGACION AÉREA

Otra solucion más

I

Las *revistas francesas* se han ocupado recientemente de una nueva solucion, ideada por Mr. Duponchel, para este inaccesible é interesante problema: *la direccion de los globos*.

Dar á nuestros lectores una ligera noticia del sistema propuesto por el inventor, es el objeto del presente artículo.

Las infinitas soluciones que han ido apareciendo y desapareciendo, desde el dia memorable en que Mongolfier vió elevarse por el cañon de su chimenea la carta providencial, orígen del descubrimiento que nos ocupa, pueden dividirse en dos grandes grupos: *aparatos más pesados que el aire*, imitaciones más ó ménos ingeniosas del vuelo de las aves; y *globos propiamente dichos*, ó aparatos más ligeros que el aire ambiente.

De los *primeros* la experiencia ha ido dando cuenta; y todas las tentativas realizadas han tenido desenlace ridículo ó dramático segun los casos, pero siempre han terminado por sainete ó por tragedia.

De los *segundos* nada ha resultado decisivo, y el problema está aún allá entre las nubes, sin que nadie logre alcanzarlo: sólo se ha llegado á esta conclusion, que desde el primer momento hubiera podido sospecharse: que no se dará direccion á los globos hasta que se descubra *un motor* de gran potencia y de poco peso.

De todas las experiencias realizadas, las del célebre Giffard son á no dudarlo las más interesantes: el eminente ingeniero fué el que por vez primera se lanzó á los aires con una máquina de vapor, y con penachos de humo dejó escrito en el espacio para un porvenir más ó ménos



¡QUIÉN VA!.. dibujo por A. Fabrés

remoto prueba patente de su audacia y de su talento.

Pero la máquina era débil, la corriente atmosférica poderosa, y apénas si logró ejecutar en los aires alguna que otra evolucion.

Sin embargo el camino seguido por Giffard es el buen camino, y por él llega á demostrarse la *posibilidad teórica* de resolver el problema, como veremos en breve.

Tenemos en el espacio una *resistencia*, que puede ser enorme: *el aire*, *el viento*.

Necesitamos una *potencia* superior al esfuerzo resistente, y esta potencia, que será *una máquina*, porque la fuerza muscular de uno ó de varios hombres no basta, ha de *ser pesada* y tanto más pesada cuanto más potente ha de ser.

De donde resulta á primera vista esta especie de círculo vicioso, en que dan vueltas los inventores perdiendo al fin el sentido y la cabeza: *grandes máquinas* para tener gran fuerza allá en los aires; *grandes globos* para que tengan gran fuerza ascensional y puedan llevarse por entre las nubes el motor; y por lo tanto, *grandes superficies* resistentes. Pero *creciendo* estas, *crece* la accion del viento, y es forzoso *aumentar* la energía de la máquina y su peso; y á mayor peso, mayor globo, y mayor superficie, y mayor resistencia; y otra vez vuelta á aumentar la potencia del motor, y su peso, y las dimensiones del globo; y otra vez vuelta á crecer la superficie, y á crecer la resistencia; y de nuevo mayores máquinas, mayores globos, mayores superficies, mayores resistencias, y así á recorrer sin término lo que hemos llamado impropiamente círculo, porque es vertiginosa espiral en que la máquina, el globo y la resistencia se persiguen siempre creciendo y sin alcanzarse jamás, miéntras el mísero inventor en el centro del torbellino siente la atraccion del abismo y la desesperacion de la impotencia.

¿No es verdad que esto es lo que á primera vista parece?

¿No es verdad que casi se ve una máquina que persigue á un globo y á una resistencia, creciendo todos á una, y sin llegar el motor á dominar y á vencer el esfuerzo resistente?

Pues si esto se ve, se ve mal, porque la Geometría, la pura Geometría demuestra lo contrario.

¿El diámetro de un globo se hace 2, 3, 4, 5 veces mayor?

Pues la superficie de su envolvente será 4, 9, 16, 25 veces más extensa: es decir, que crecerá como *los cuadrados* de las dimensiones lineales.

Pero es el caso, que los volúmenes crecen aún más aprisa, porque aumentan con los siguientes números: 8, 27, 64, 125, que son *los cubos* de los diámetros.

Y esto es todo, y en estas tres series está la demostracion de nuestro aserto.

1, 2, 3, 4, 5, 6..... para las dimensiones lineales del globo, su *diámetro* por ejemplo;

$1, 2^2, 3^2, 4^2, 5^2, 6^2$..... ó sean 1, 4, 9, 16, 25, 36... para las *superficies;*

$1, 2^3, 3^3, 4^3, 5^3, 6^3$.... ó sus iguales 1, 8, 27, 64, 125, 216....para los *volúmenes*.

Ahora bien, las *resistencias* varian proporcionalmente á las superficies ó sea á los números de la *segunda línea*; pero la *fuerza ascensional* y por lo tanto el peso de la máquina y su *potencia* aumentan en la proporcion que indican los números de la *tercera línea*; de donde resulta, que EN TEORÍA es posible construir un globo capaz de elevar por los aires una máquina de tal fuerza, que venza la accion de las corrientes atmosféricas por violentas que puedan ser.

La potencia persigue á la resistencia, como decíamos ántes, pero con mayor velocidad que esta última: cuando la resistencia se *cuadruplica*, la potencia se hace *ocho veces* mayor; si la resistencia *es nueve veces* lo que ántes era, la potencia es *veinte y siete* veces más crecida; llega la resistencia á *diez* y *seis*, pero al mismo tiempo llega la potencia á *sesenta y cuatro* y así sucesivamente.

Es una especie de *sport del espacio*, en que al principio toman la delantera los flamígeros caballos de la tempestad, y quedan atrás los *caballos de vapor*, pero en que al fin la velocidad de estos crece de tal modo, que alcanzan y vencen á los primeros.

Supongamos que en el ensayo de Giffard la resistencia del aire ó sea la fuerza del viento era 8 veces mayor que la fuerza de la locomotora: construyendo un globo semejante á aquel, cuya longitud sea 10 veces mayor, la nueva resistencia será $8 \times 10^2 = 8 \times 100 = 800$; pero el volúmen, la fuerza ascendente, el peso de la nueva máquina y su potencia será $1 \times 10^3 = 1 \times 10 \times 10 \times 10 = 1000$, donde resulta una energía motriz superior á la accion resistente 800.

Hé aquí, pues, la demostracion de la *posibilidad teórica;* pero en la misma demostracion apuntan ya las inmensas dificultades prácticas del problema.

Fácilmente se dice: «constrúyase un globo *diez veces* mayor que otro en dimensiones lineales;» pero no es tan fácil, ni *técnica* ni *económicamente*, construir un globo de 300 metros de longitud.

Y cuenta que sólo hemos supuesto que la fuerza del viento era 8 veces mayor que la del motor de fuego; pero ¿y si fuese 20 ó 30 veces más elevada aquella que esta?

Dificultades mecánicas, dificultades de ejecucion material, dificultades de estabilidad, dificultades de coste, un mundo de obstáculos se opone á la completa solucion del problema.

En este fantástico *sport* que imaginábamos, los caballos de la tempestad marchan libremente por los aires, los caballos de vapor encuentran á cada paso abismos por zanjas y muros inquebrantables por barreras.

En tal estado se halla la cuestion, cuando aparece el invento objeto de este artículo: en él hay *una idea* digna de ser tenida en cuenta, aunque no es la que hacen resaltar y colocan por decirlo así en primer término los varios artículos que tenemos á la vista.

Expliquemos, pues, á nuestro modo la invencion de Mr. Duponchel.

La idea fundamental es sencilla: no es *la máquina pájaro*; ni el *globo ordinario* de aire caliente, de gas del alumbrado ó de hidrógeno, de fuerza ascendente fija; es el *globo pescado*.

Un globo de *fuerza ascendente variable;* unas veces sube, otras desciende, y de nuevo vuelve á subir, y así va dando bordadas en un plano ó en diversos planos verticales ni más ni ménos que un buque sobre la superficie horizontal de los mares.

1.° El globo de que se trata es de paredes variables y flexibles, y su volúmen puede ser mayor ó menor: basta para ello colocar en su interior grandes vejigas que sean como las vejigas natatorias de los pescados y que estén en comunicacion con la atmósfera.

2.° El gas del interior del globo puede calentarse ó enfriarse á voluntad.

¿Se calienta? Pues se dilata, comprime las vejigas, llena mayor espacio, y en suma hay *mayor espacio ocupado por el gas*, de donde resulta un exceso de fuerza ascensional. El globo sube y la subida del globo es una fuerza motriz.

¿Se enfria? Pues se contrae, la atmósfera penetra en las vejigas, las hincha y reduce el espacio que ocupa el gas, el sistema pierde fuerza ascendente y cae.

La caida del globo, como su anterior ascension, es una nueva fuerza motriz.

3.° La fuerza motriz que resulta de la subida del globo y de su descenso es la que se utiliza para darle direccion, ya ejecutando verdaderas bordadas por medio de velas ó planos inclinados, ya utilizándola en algun sencillo mecanismo.

Sólo nos falta por explicar un solo punto, á saber, cómo se calienta y cómo se enfria el gas que lleva el globo en su interior.

Efectúase esta operacion por el vapor de agua: un hogar, una caldera, un sistema de tubos por el interior del globo, tubos por los cuales circula el vapor en ciclo perenne: y no más: tal es el nuevo sistema propuesto á la Academia de Ciencias de Paris.

En el próximo artículo, que será el último, terminaremos esta sumaria descripcion; y áun aventuraremos algunas reflexiones sobre el novísimo invento.

Digamos de antemano, que en esta materia toda confianza es imprudencia, y toda excesiva severidad, cuando se trata de sistemas teóricamente racionales y posibles, es torpeza é injusticia.

¿Quién sabe en qué pedazo de roca estará el grano de metal?

JOSÉ ECHEGARAY



PASTOR EN ACECHO

IMP. DE MONTANER Y SIMON

JOVEN FLORENTINO JUGANDO CON UNOS GATOS, CUADRO POR GUSTAVO COURTOIS



AÑO II — BARCELONA 29 DE OCTUBRE DE 1883 — NÚM. 96

LA MATERNIDAD, cuadro por Roberto Begschlag

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Las cenizas de la gloria.—Restos de Saavedra Fajardo.—El señor Fuentes y monseñor Isbert.—Ultimo viaje.—Una misa de campaña.—La Sociedad Económica y los premios de virtud del trabajo. —Los objetos de la exposicion de minería.—El crímen de la calle de San Vicente.—Madrid horrorizado.—¡A los cementerios!

¡Singular privilegio de los grandes hombres!

Puede suceder que en vida sean despreciados, desatendidos.

Pero despues que han muerto, la humanidad empieza á echarles de ménos. Se reconocen sus virtudes, ó su talento, ó su valentía, se celebran sus obras como cosa extraordinaria, se les reviste en la memoria de cierta majestad, se les envuelve en radiante aureola, y se dice:

—¡Es una gloria de la patria!

Entónces suele suceder que se buscan y se pagan á exorbitante precio todos los objetos relacionados con el grande hombre.—Los museos de antigüedades no se forman de otra cosa que de cachivaches pertenecientes á personalidades ilustres fallecidas las más de las veces en medio de la mayor indiferencia.

En tales casos el pensamiento más culminante es buscar los restos del personaje ilustre.

Pero.... ¿dónde están esos restos? ¿Quién sabe de ellos? Murió, y se le enterró. No se recuerda más, ni se conserva dato alguno que testifique el cuidado de quien desea perpetuar con unas míseras cenizas los restos de un varon eminente que da lustre á la patria.

Revuélvense en todas partes una porcion de huesos: tibias, fémures, cráneos, omoplatos....

Pero el grande hombre no parece.

Un dia,....—dia providencial, que para que estuviera exornado con todo el aparato que su argumento requiere, debiera ser un dia con mucho sol, con purísimo cielo azul, con brisas perfumadas y ambiente saludable,—se oye una voz que dice:

—¡Aquí están! No cabe duda; son restos auténticos: hay inscripciones que lo patentizan.

La gente ilustrada de la poblacion se dedica entónces á rendir su culto á un muerto.

El fervor literario, científico ó artístico se enardece; los corazones sienten dentro de sí la viva llama del recuerdo: las academias se agitan; los sabios se contentan pensando que si sus contemporáneos, les olvidan, las generaciones venideras se extasiarán ante su pulverizado esqueleto; y alguno que otro que pretende todavía pasar plaza de simpático y buen mozo se pregunta mirándose al espejo:

—¿Qué figura haré yo metido en una caja dentro de dos ó tres siglos?

***

No quiero decir con mis anteriores párrafos que D. Diego Saavedra Fajardo, el gran diplomático del siglo XVII, fuera ménospreciado de la sociedad en medio de la cual vivia. No; antes al contrario, es de suponer, viendo que asistió en representacion del rey Felipe IV á tantos Congresos, y que visitó en el espacio de más de treinta y cinco años numerosos Estados donde brillaba aún á la sazon la influencia española—es de suponer, repito, que fué hombre agasajado y tenido en gran valía por sus contemporáneos,—salvo la malignidad corrosiva de los envidiosos,... que nunca han faltado ni faltarán miéntras existan méritos que roer en el mundo.

Pues bien, á pesar de esto, se habian perdido los restos del gran Saavedra Fajardo. (Yo tengo pasion por el profundo y correctísimo autor de las *Empresas políticas* y la *República literaria.)*

Vino de Murcia, patria del insigne hombre de Estado, el cronista de la provincia Sr. Fuentes, con ánimo decidido á investigar hasta salir airoso dónde estaban guardados los restos de Saavedra Fajardo.

El Sr. Fuentes queria dar con las fuentes, digámoslo así, de la sepultura.

Y se dió tales mañas, asociado á un sacerdote de mucha ilustracion, monseñor Isbert, presidente de la colegiata de San Isidro, que al cabo de algun tiempo de pesquisas fueron descubiertas en una de las bóvedas de aquel templo las venerandas cenizas del esclarecido murciano.

Tal lo aseguran por lo ménos las personas inteligentes en estos asuntos.

La Academia de la Historia propondrá el destino que haya de darse á los restos de Saavedra Fajardo.

Es fácil que recorran las calles de Madrid para ir á su depósito definitivo.

Este viaje será indudablemente el último.

Transitó mucho en vida el escritor ilustre.

Lo dice él mismo en los prefácios de sus obras. Todas ellas están pensadas é ideadas durante los viajes. Componia mentalmente, y llevando sus obras grabadas en el pensamiento, las trasladaba al papel en las horas dedicadas al descanso en las posadas donde pernoctaba, y las cuales en aquel tiempo no serian ciertamente muy confortables.

El inmortal espíritu de Saavedra dirá desde el empíreo donde debe gozar igual reputacion que en la tierra:

—Está visto que yo he de realizar todas mis cosas viajando.

***

La *Sociedad Económica Matritense* habia preparado una gran fiesta en la Exposicion de minería.

Se habia acordado que se celebrara el domingo. Debia haber misa militar en la gran escalinata del pabellon central, asistida por representaciones de todos los cuerpos de la guarnicion de Madrid.

El programa era seductor. La ceremonia religiosa habia de estar servida con objetos sacados de la misma exposicion. Los candelabros serian los de la renombrada fábrica de San Juan de Alcaraz; se iban á colocar trofeos del Museo Naval detrás del altar... todo se surtia de allí mismo, ménos el sacerdote; pues aunque los propietarios de las aguas minerales aseguraban que sus productos servian para *cura* de enfermedades no alcanzaban las órdenes para decir misa.

Bandas de música, el brillo de las armas, el color de los uniformes, las cimeras de los cascos al viento, el agudo són de los clarines... ¡Hubiera estado magnífico!

Además los productos de la funcion se destinaban á premiar en algunos obreros meritorios la virtud del trabajo.

El precio de la entrada podia servir para todo el dia: los locales de la exposicion estarian adornados gallardamente. Y por la noche debia haber gran iluminacion de Bengala y fuegos artificiales.

¿Quién duda que medio Madrid se habria dirigido desde hora muy temprana al ameno sitio del Parque?

Pero... la Sociedad Económica propone y las nubes disponen. Se aguó la fiesta. Estuvo lloviendo todo el dia.

A pesar de esto la misa se celebró. ¡Mas de qué manera! La tropa estuvo asaeteada constantemente por los hilillos de agua que el cielo les dirigia.

Y acudió poquísima gente.

¡Es natural! La beneficencia mojada no da nunca buenos resultados.

La virtud del trabajo se quedó sin premio.

La atmósfera tiene su lógica especial que nosotros, los mortales, no comprendemos.

***

Era un dia de desgracia, á pesar de no ser mártes, sino domingo.

No solamente llovió agua sino que llovieron desdichas.

Por la noche á las once y media ocurrió la tragedia terrible de la calle de *San Vicente alta* que todo Madrid comentaba con estupor al dia siguiente.

Ese individuo disparando los tiros de un revolver á boca de jarro contra los padres de la mujer á quien habia amado es un monstruo de iniquidad acerca del cual no han dicho todavía los periódicos todo lo que de él se murmura en voz baja.

Hay en el fondo de la cuestion una perversidad refinada, que sin duda esclarecerán los tribunales.

Hace tiempo que no habia preocupado á los corazones crímen alguno de tan honda manera como el de la calle de San Vicente.

Excusado es recordar aquí los pormenores del suceso. ¿Quién no los conoce ya?

Los periódicos de grabados sangrientos publicarán la vista del crímen, con exceso de horror y con ausencia de arte. El público vulgar contemplará la estampa con avidez curiosa.

Pero el público caritativo, sentimental, humanitario, correrá á socorrer la orfandad (si es que el padre no salva la vida) de los nueve hijos que desde el domingo por la noche están sin amparo, gracias á la criminal procacidad de un brazo asesino.

***

Las tiendas de objetos fúnebres lucen con todo su tétrico esplendor.

Coronas de azabache y de siempre vivas, plañideros angelitos, figuras lacrimatorias, urnas, lápidas... todo el arsenal de la vida recordando la muerte se halla dispuesto para el próximo dia de Difuntos.

Ha llegado el momento de que la humanidad entera diga:

—¡A los cementerios!

Como dice en dia de Carnaval:

—¡Al Prado!

Y en dia de San Isidro:

—¡A la pradera!

Este es el mundo: una novia con arcaduces fijos para la risa, para el jolgorio y para el llanto.

PEDRO BOFILL

Madrid 27 de octubre de 1883

NUESTROS GRABADOS

LA MATERNIDAD, cuadro por Roberto Begschlag

El cuadro que copiamos es un portento de lo que pudiéramos llamar manifestacion de un sentimiento íntimo: el semblante de esa jóven madre respira felicidad, alegría; no esa alegría tan efímera como la causa que la produce, sino la dicha inefable que resulta de la satisfaccion de un deseo tan noble como legítimo, el deseo de amar lo que es *carne de su carne y hueso de sus huesos.*

Toda mujer honrada, toda madre digna de serlo, que son la casi totalidad de las madres, ha de encontrarse reproducida moralmente, ó sea por su fisonomía moral, en el semblante de esa dama que lleva en brazos á su pequeño tesoro, con la fruicion y el justificado orgullo con que una emperatriz lleva el globo del mundo.

¡Bien hayan los pintores que se inspiran en tan delicados asuntos!...

RETRATO DE PETRUS VAN TOL, grabado al agua fuerte por Rembrandt

En diferentes épocas se han pagado crecidísimas sumas por cuadros y dibujos de artistas célebres; pero en nuestros dias es cuando mayores cantidades se han dado por estampas de las cuales existen ejemplares impresos de mérito enteramente igual.

Cuando se vendió en 1873 el *Hundred guilder* de Rembrandt, reproduccion del *Jesus curando á los enfermos*, por 1180 libras esterlinas (29,500 pesetas), se dijo que aquella obra que reune al mérito la escasez se vende siempre á un precio elevado; pero que en cambio parece casi una locura pretender tan gran suma por una obra simplemente *curiosa*.

Cuando esto se dijo ingenuamente y respecto del precio pagado por una de las más artísticas obras de aquel gran grabador al agua fuerte, no podia suponerse que en mayo último se diera mayor cantidad por un ejemplar de un grabado representando á un sujeto poco conocido, y que artísticamente considerado no es mejor que muchos otros del célebre holandés.

El grabado que representa el retrato del abogado doctor Pedro van Tol y del cual damos hoy un verdadero facsímile en la página tercera, fué ejecutado por el famoso Rembrandt en Amsterdam. De la primera tirada parcial sólo existen hoy, segun se sabe, cuatro ejemplares; uno en el museo Británico, otro en el del Louvre y otro en la coleccion nacional de Amsterdam. El cuarto se vendió el 10 de mayo último en Lóndres y lo adquirió M. Clement por cuenta del baron Edmundo de Rothschild, de Paris, cuya coleccion solamente contaba con un ejemplar de la *segunda tirada* de la plancha. El ejemplar últimamente adquirido es el único que no se habia puesto en venta y esto explica la gran competencia surgida entre los licitadores, y la increible suma de 37,750 pesetas por la cual ha sido adjudicado.

Era la estampa en cuestion la joya principal de la coleccion del Doctor Juan Griffiths, y esto hizo que concurrieran á la subasta los aficionados más conocidos de nuestro tiempo, habiéndose hecho otras pujas tan elevadas relativamente como la precedente.

Baste decir que entre otros grabados de Rembrandt obtuvieron 12,625 pesetas un ejemplar de la segunda tirada del *Burgomaestre Six*; 7,700 pesetas un paisaje y un ejemplar del *Hundred-guilder* 7,925.

Estos precios excitaron vivamente la curiosidad de los presentes que anhelaban ver qué sucederia cuando tocara el turno al ejemplar del *doctor Van Tol*. Los señores Noseda y Clement de Paris sostuvieron principalmente la lucha, y ya creia el segundo haber ganado, cuando el Sr. Addington, uno de los primeros coleccionistas de Lóndres, pujó hasta 1,500 libras esterlinas, pero finalmente, por 10 libras más, quedó la ansiada rareza por el agente de Rothschild.

LA TUMBA DEL SÉR QUERIDO, por Julio Berger

¡Cuán solos quedan los muertos!.... decia uno de nuestros más notables poetas contemporáneos.

Es cierto: los muertos quedan solos, muy solos, á ciertas horas del dia, ó mejor de la noche. Pero cuando el difunto ha amado en vida y ha sido amado, cuando deja una viuda que vive solamente del recuerdo de mejores tiempos, cuando existen huérfanos que se reunen á una hora dada para hablar espiritualmente con el muerto por medio de la oracion; el que yace debajo de tierra no queda solo, porque la tierra aprisiona y pudre la materia, pero el alma flota incorruptible por la atmósfera purísima donde se cruzan las salutaciones castas y los suspiros de los corazones sangrados por la desgracia.

Y viene un dia, dia triste para los indiferentes, plácido empero para las almas sensibles, y la viuda y los huérfanos rezan sobre una sepultura y deponen en ella la simbólica corona de siemprevivas. Aquel dia la tierra de la fosa parece trepidar bajo las plantas de los séres queridos, como si otro Lázaro tratara de surgir de la tumba que ablandan las lágrimas de aquellos desgraciados. ¡Ay!... El más allá de la muerte tiene tambien su mundo y sus expansiones... Bien dice la Iglesia cristiana: «Los que mueren en el Señor no mueren eternamente.»

YA TIENES CARTA.... dibujo por Ricardo Balaca

¡Cuántas cosas quiere decir esta sencilla frase:—Ya tienes carta!...

Por de pronto deja suponer que la muchacha á quien se dirige no puede tener sino una carta, ó que cuando ménos una sola carta es la que la interesa entre tantos millones como se escriben todos los dias.

Y es así, con efecto. ¿Qué le importa á la enamorada doncella cuanta correspondencia es conducida por todos los ferro carriles, buques y vehículos del mundo, inclusa la correspondencia diplomática y la *de España*, exceptuando la carta de aquel ausente que partió para el ejército, despues de haberla jurado amor eterno?

¡Ay!.. El que espera, desespera, y la jóven se ha desesperado muchas veces pensando en que una bala enemiga puede dar cuenta de su amado, ó que tal vez ¡horri-

ble idea! una muchacha, más hermosa que ella, la ha suplantado en el amor de un ingrato....

A tantas angustias pone término una carta, un pedazo de papel con unos cuantos renglones escritos y un corazon atravesado por una flecha con honores de lanza.

¡Bendito el que inventó la escritura y más bendito aún el que ideó el correo!....

TIPO GRANADINO,
dibujo por J. M. Marqués

Si el mérito del artista ha de juzgarse por la franqueza de su ejecucion, por el desembarazo con que realiza su propósito, por la feliz aplicacion de aquello que un profano llamaria una mancha y no es sino el feliz golpe de vista y la seguridad con que el gran Velazquez empastaba el color en un lienzo; el autor de ese dibujo es indudablemente un artista, cuyos más insignificantes trabajos llevarán impreso el sello de su talento.

LA SILUETA,
cuadro por J. Herterich

En época todavía reciente solia recorrer los pueblos rurales de algunos países extranjeros cierta clase de artistas, cuyo género especial consistia en sacar la silueta de cuantos cedian á sus instancias. Armados siempre de papel y tijeras, recortaban con la presteza que da la práctica y con mayor ó menor acierto el contorno del rostro de chicos y grandes, ganándose así su precaria existencia. Este sencillo asunto es el que ha escogido el pintor Herterich para su bonito cuadro, en el que las figuras están colocadas con acierto, revelándose en él la maestría en el dibujo que tanto distingue al citado artista.

JÓVEN FLORENTINO,
cuadro por Gustavo Courtois

Hubo una época en que Florencia, emporio de la poesía y de las bellas artes, reunia cuantos atractivos puede apetecer un ente superficial entregado á los placeres más efímeros. Entónces la galería de los *Oficios* rebosaba de extranjeros y las aguas del mezquino Arno desaparecian debajo de las góndolas tripuladas por hermosas jóvenes y artistas entusiastas. La política de los Médicis, tan brillante como enervadora, fomentaba esos espectáculos teatrales, esas comedias de magia, que cautivan al espectador miéntras duran las luces de Bengala.

A una de esas épocas se refiere el cuadro de Courtois. Un jóven florentino, falto de más séria ocupacion, juega con unos gatos.

¿Es una sátira de la época? ¿Es un epigrama?....Muy posible.

El gato, como las sociedades corrompidas, saca á lo mejor las uñas.

Los gatos del florentino del siglo XV arañaron á su madre, y la herida ha tardado siglos en cicatrizarse.



RETRATO DE PETRUS VAN TOL, grabado al agua fuerte por Rembrandt
(Copia de una estampa adquirida por el precio de 1510 libras esterlinas por M. Clément)

EL FÉMUR DE JUAN CRUZ

POR DON JULIO PARRA DE MURVIEDRO

I

Una mañana, el doctor Moran, catedrático de clínica del colegio de San Cárlos, al hacer su visita diaria al hospital provincial de Madrid, del que era primer cirujano operador, se encontró en el peristilo con el practicante de guardia.

—¿Hay alguna novedad?—le preguntó.

—Sí señor, un caso extraordinario.

—¿Qué es?

El practicante le dijo que á las siete de la mañana habian traido al hospital á un hombre peligrosamente herido, con la cabeza completamente desprovista de la piel en la parte derecha superior y con una fractura del hueso temporal. El herido era un jóven gallego, criado de servir en una casa de la calle de Atocha, n.° 70..... Al ir á colocar una cortina de lona en su varilla, cayó de la escalera de mano por fuera de la barandilla del balcon del piso tercero, chocó con la cabeza en una reja saliente del bajo y quedó tendido al borde de la acera.

Trasportado al hospital, aún con vida, fué lavado y vendado, despues de haberle afeitado la cabeza.

Algun tiempo despues de colocado en la cama, el pobre jóven volvió en sí, miró estúpidamente á cuantos le rodeaban, pero no contestó á ninguna de sus preguntas. El portero de la casa en donde habia acaecido la catástrofe dijo que el lesionado se llamaba Juan Cruz, que era soltero é hijo de una lavandera á quien no se habia podido avisar, por hallarse en el rio.

El doctor Moran se presentó en la sala en donde se hallaba el doliente; examinó rápidamente á este, rodeado de varios practicantes, y en seguida entró en su gabinete particular, volviendo á salir vestido con el *traje de practicar operaciones*.

Comenzó su visita de inspeccion, haciendo entre tanto algunas preguntas á los practicantes que le acompañaban.

—¿Cuántos muertos desde ayer?

—Dos.

—¿Qué casos?

—Fiebre tifoidea y cáncer abdominal.

—¿Se ha encontrado algun cadáver para mi clínica particular?

—No señor.

—Ya hasta los muertos escasean; la ciencia morirá por no poder hacer experiencias.

No encontrando nada de particular en la visita, el doctor volvió á acercarse á la cama del jóven gallego, al cual destapó diciéndole:

—Incorpórese usted.

—No puedo—contestó el herido, que como ya sabemos se llamaba Juan Cruz. El doctor, que era algo tardo de oído, entendió mal y exclamó bruscamente:

—¿Qué es eso de no quiero? A ver, levantad á ese hombre.

Juan Cruz levantado en brazos dió un gemido, y, mirando al doctor con ira, comenzó á decirle improperios entrecortados por ayes de dolor.

—Quitadle el vendaje— mandó el médico; pero impacientado por la lentitud de la operacion, hízolo él mismo por medio de dos ó tres violentos tirones.

Juan Cruz bramaba de dolor y de rabia. Y exasperado prorumpió en una nueva serie de dicterios contra el doctor.

Estaba espantoso, con sus ojos que giraban en sus órbitas, miéntras que de sus labios caia una baba sanguinolenta.

—¡Hombre perdido!—dijo el doctor sin hacer caso de la cólera del paciente,— difícilmente llegará á mañana. Tapadle—y luégo, dirigiéndose á uno de los practicantes repuso: —Martinez, vea usted si puede proporcionarme el cadáver de este mozallon. Ofrezca usted por él ochocientos y llegue hasta mil reales.

Juan Cruz, que conservaba el conocimiento, oia todo esto mirando al doctor con una expresion indescriptible.

II

El doctor Moran era soltero, catalan, habia hecho sus primeros estudios en la Facultad de medicina de Montpeller y terminado su carrera en Barcelona. Posteriormente, establecido en Madrid, gozaba de gran reputacion y contaba con numerosa clientela.

Habitaba en una buena casa de la calle de Santa Isabel, y tenia una sala de clínica particular en la de la Verónica, en donde se entregaba por completo á sus experimentos científicos; pues su larga estancia y sus frecuentes viajes al extranjero, habíanle familiarizado con los sistemas más modernos de curar.

Ocupábase especialmente en experiencias basadas en la electricidad á la que, en fisiología y terapéutica, concedia gran importancia.

Respecto á su carácter, habia diversas opiniones; entre la clientela distinguida se le tenia por un hombre fino y amable; pero entre sus enfermos pobres, y particularmente en el hospital, se le creia un hombre sin corazon y sin sentimientos, que se complacia en atormentar á cuantos caian en sus manos.

Quizá ambas versiones eran verdaderas.

El doctor Moran estaba muy contrariado porque, no obstante su reputacion, no se le dejaba aplicar sus teorías eléctricas á los enfermos del establecimiento benéfico, por cuya razon habia establecido una clínica particular.

Al anochecer del dia en que Juan Cruz ingresó en el hospital, un practicante se presentó en casa del doctor, en el momento en que éste se sentaba á comer, y le dijo que el jóven gallego habia muerto por la tarde.

—¿Ha podido usted adquirir el cadáver?—preguntó el doctor.

—Sí señor, á eso vengo. Le he comprado, segun indicacion de usted, en mil reales que he ofrecido á la madre del finado.

—¡Magnífico!—exclamó el doctor frotándose las manos.—Que me le lleven mañana temprano á la calle de la Verónica, y no bien usted y los practicantes de mi seccion terminen la visita, vayan ustedes á mi sala de clínica, en donde presenciarán fenómenos extraordinarios.

—Yo por mi parte no faltaré—dijo el practicante despidiéndose y dejando al doctor satisfecho de la adquisicion que habia hecho y con la idea de la sesion científica del dia siguiente.

III

La sala de clínica particular del doctor Moran estaba formada de dos grandes piezas cuyo tabique medianero habia sido derribado. Altos estantes llenos de instrumentos quirúrgicos y de pilas eléctricas de todas dimensiones cubrian las paredes.

En medio del salon destacaba una gran mesa de operaciones, rodeada de algunas banquetas.

A la mañana siguiente al dia en que comienza esta historia, sobre la mesa habia un bulto cuidadosamente tapado con un hule.

A las once próximamente entró en la sala el doctor, seguido de algunos practicantes; estaba radiante de alegría.

El médico y dos de los asistentes, designados por él, vistieron el traje á propósito para practicar ope-



LA TUMBA DEL SÉR QUERIDO, cuadro por Julio Berger



YA TIENES CARTA.... dibujo por Ricardo Balaca

raciones anatómicas, y, dispuestos los utensilios necesarios, comenzó la sesion.

El doctor tiró del hule que cubria el bulto, y apareció el cuerpo muerto del pobre Juan Cruz enteramente desnudo, que era corpulento, fornido, velludo, de piés y manos enormes, y que aunque tenia los ojos cerrados, presentaba en su fisonomía un aspecto de amenaza feroz.

—Señores—dijo el doctor—aunque este cuerpo está casi destrozado en su parte capital, conserva intacto el sistema nervioso, y es por lo tanto muy á propósito para nuestras experiencias. Saben ustedes que yo he conseguido restablecer la circulacion de la sangre por medio de mis aparatos; pero esto no es todo; gracias á mis estudios y desvelos, he obtenido el resultado de que un muerto ejerza todos los movimientos vitales, y hasta que pronuncie algunas sílabas elementales. Prosiguiendo en mis investigaciones, espero terminar mi tratado fisiológico, dando así la clave de una segunda vida. Ahora, pues, comencemos nuestros experimentos.

Dichas estas palabras, el doctor tomó una pila eléctrica de medianas dimensiones, montada sobre cuatro ruedas, y comenzó sus demostraciones en el cadáver de Juan Cruz, haciendo ejercer á este, gradualmente, la mayor parte de los movimientos materiales.

El doctor, satisfecho del efecto que producia en los admirados circunstantes, descansó un rato, y luégo dijo:

—He reservado para el fin las experiencias decisivas, que me hacen esperar que andando el tiempo y perfeccionados los aparatos, será un hecho la resurreccion humana. Hasta ahora ustedes sólo han visto funcionar los órganos por series: el experimento que voy á intentar, nos demostrará la conjuncion de los movimientos físicos y de las facultades intelectuales.

Inmediatamente colocáronse al rededor de la mesa tres aparatos eléctricos de gran potencia, cuyos hilos se comunicaban con el cadáver, y no bien comenzaron á funcionar, Juan Cruz se agitó convulsivamente.

Luégo, al tomar incremento las corrientes, vióse al muerto incorporarse apoyado en una mano, extender las piernas, tocar el suelo y tenerse en pié.

—Estos movimientos instintivos—dijo el doctor—constituyen la primera parte.

Aproximóse al cadáver, llevando en la mano sus mágicos hilos, y conforme se los fué aplicando, Juan Cruz abrió los ojos fijándolos en el operador, extendió un brazo y comenzó á andar lentamente.

Por último, lanzó un grito agudo que estremeció á los circunstantes, los cuales vieron atónitos coincidir los movimientos del muerto con los del doctor; hasta tal punto que, turbado uno de los practicantes, dejó caer el hilo que sostenia y que correspondia á los movimientos de los músculos inferiores.

Entónces el cadáver cayó á plomo en el suelo. Colocaron el cuerpo en una extremidad de la mesa.

IV

—Volvamos á empezar—dijo el doctor;—pero para evitar una caida, empecemos haciendo la experiencia sobre la mesa.

Unas cuantas corrientes fueron bastantes para que Juan Cruz se pusiera en cuclillas, prestándose á las experiencias del doctor. Gritó á voluntad de éste, fijando en él una mirada espantosa.

Uno de los asistentes dijo al doctor:

—Parece que el muerto quiere devorarle á usted con la vista.

Esta chanza produjo un efecto siniestro, y nadie la rió.

—¡Todos mis enemigos fuesen como este gaznápiro!—dijo el médico poniéndose frente á frente del muerto.

Parecian dos adversarios que se amenazaban mutuamente.

—Con un solo movimiento de mi mano puedo aniquilar la cólera de este rencoroso de ultratumba—repuso el doctor.—Vedlo aquí.

El médico retiró los hilos que tenia en la mano, y lo mismo hicieron, á su ejemplo, los dos practicantes que le ayudaban; el muerto, volviendo á su rigidez cadavérica, extendió súbitamente sus piernas, y sus dos piés, golpeando al doctor en el pecho con una fuerza colosal, hiciéronle caer al suelo.

—Ah! tunante!—exclamó, levantándose mal trecho: luégo repuso:

—Admirad, señores, la fuerza de la naturaleza.

Los asistentes estaban preocupados.

—Me falta explicar á ustedes—prosiguió el médico despues de una breve pausa,—el modo con que he conseguido arrancar gritos y sonidos á los cadáveres, haciendo funcionar á los músculos de la boca, de la lengua y del pecho; ved el mecanismo.

Y al decir estas palabras, el doctor introdujo un dedo en la boca del muerto desviando el hilo que afectaba al músculo de la quijada inferior, que se cerró y los dientes mordieron cruelmente el dedo, haciendo prorumpir al operador en un agudísimo grito y soltar el aparato que tenia en la otra mano.

Cuando cesó el flúido, Juan Cruz quedó inmóvil sobre la mesa, dejando escapar la corriente de aire que tenia en los pulmones y produciendo un ruido siniestro.

El médico, vencido por el dolor causado por el mordisco, se dejó caer sobre una banqueta.

Así terminó aquella sesion científica.

Más sereno el doctor despues de haber curado y vendado el dedo lesionado, despidió á los asistentes, prometiéndoles para otro dia más sorprendentes fenómenos.

V

El doctor Moran, durante el resto del dia, estuvo muy nervioso y sobrexcitado.

Por la noche durmió poco y mal, sufriendo pesadillas en las que se mezclaban vagamente Juan Cruz, pilas eléctricas colosales, bisturís gigantescos y dos ojos llameantes que le miraban con una expresion de odio salvaje é inextinguible.

La lesion del dedo no le dejaba sosegar y no bien fué de dia se levantó casi tambaleándose.

Tenia una gran calentura.

Se trasladó, segun costumbre de primera hora, á su sala de clínica particular, y por primera vez en su vida se estremeció á la vista de un cadáver; el cadáver de Juan Cruz, que mutilado y espantoso yacia sobre la mesa de diseccion.

Dió órden de que se le llevaran al Colegio de San Cárlos.

Cuando despues de su visita al hospital provincial volvió á su casa á almorzar, abrióle la puerta una criada y al ir á entrar quedóse inmóvil en el recibimiento; Juan Cruz estaba allí, parado junto á una ventana entreabierta, rojo por las desolladuras de su epidermis y teniendo un objeto en la mano.

Moran se adelantó lentamente, como atraido y fascinado por aquella vision.

Al aproximarse exhaló un suspiro de desahogo.

—¡Soy un animal!—pensó.—Es Santiago.

Santiago era el criado del doctor, que en traje matinal de franela encarnada regaba las flores de una jardinera que habia en la ventana que daba al patio.

—Estoy muy excitado—se dijo el médico.—Es necesario que me dé el aire.

En vez de almorzar salió de su casa y se dirigió distraidamente hácia la plaza de Anton Martin.

Al entrar en la calle de Atocha se encontró de manos á boca con un amigo y compañero, el doctor Romero, médico distinguido y antípoda, digámoslo así, del doctor Moran.

Este era materialista acérrimo, aquel espiritualista apasionado; Romero creia que la existencia es un aliento de la divinidad; Moran suponia que es producto de una fermentacion química.

Despues de una discusion científica que llevó á los dos doctores hasta el fin de la calle Mayor, pasando por la plaza del mismo nombre, Romero enterado de los incidentes de la sesion de electricidad, dijo á su amigo:

(Continuará.)

JUSTICIA DE DIOS

Vivia en Córdoba en tiempo del justiciero Felipe II un hidalgo llamado D. Luis Gomez, el cual estaba casado con D.ª María de Argote, señora muy noble, rica, jóven y bella, en quien habia tenido tres hijos varones, mozos de aventajadas prendas y de los más bizarros de la ciudad. Tuvo D. Luis la debilidad de poner los ojos, dando al olvido el decoro que debia á su casa y familia, en una linda doncella que, sin profesar, se hallaba retraida en el convento de Santa María de las Dueñas: dió en regalarla agasajando juntamente á sus amigas, que eran no pocas, y pasó tan adelante aquel galanteo, cebáronse tanto en el gusto de verse y tratarse aquellos adúlteros y casi sacrílegos amantes, que por fin un dia, perdiendo el D. Luis el freno de la vergüenza y del temor, se arrojó á decir á D.ª Catalina (que así se llamaba la jóven novicia) que no profesase, que él le daba palabra de casarse con ella, matando á su mujer.

Por monstruoso que sea un propósito, una vez formulado de palabra, lleva algo en sí que le hace viable, y algo que subyuga la voluntad del sujeto á quien halaga: D.ª Catalina escuchó á su amante entre alarmada y seducida, pero retuvo en su corazon aquella promesa, y fué suspendiendo su profesion por más de ocho años.

No hay regla, por austera que sea, que no se quebrante con la porfía: perdióse tanto á Dios la vergüenza (dice el viejo manuscrito anónimo que nos sugiere la sustancia de esta historieta) (1), que al fin se le concedió á D. Luis licencia para entrar en el convento; y el medio que para esto se empleó fué hacer una trampa en el suelo de la sacristía y abrir un paso subterráneo que se comunicaba con ella, por el cual el robador de la honra de la doncella entraba y salia á su antojo. Esto al cabo se llegó á descubrir, y creyó la superiora haber puesto remedio al criminal comercio; pero la malicia del caballero y la codicia de ocho monjas amigas de la novicia, que entraban á la parte, imaginaron una de las mayores libertades de que son capaces los ánimos pervertidos, y fué, que las referidas monjas envolviesen á D.ª Catalina en un colchon cubierto con una sábana, y la dejasen caer, rodando por el tejado, á otro tejado más bajo de la vivienda de una mujer á quien las religiosas llamaban la madre Marta, que tambien estaba cohechada. Hízose así, y por esta industria diabólica lograba D. Luis estarse las horas enteras entretenido con D.ª Catalina, hasta que, recibido aviso de las amigas, se separaban, ella para volverse á meter en el colchon, del cual tiraban con ganchos para subirla á su aposento, y él para salirse á la calle, muy sereno, por la puerta de la nueva Celestina.

Tambien esta estrategia vino á descubrirse, y en vista de tan gran maldad, y de que semejante escándalo no podia disimularse, dióse cuenta al Obispo. Como D.ª Catalina no era profesa, el buen prelado dispuso fuese enviada á casa de sus padres, y que en las monjas fautoras de tan grave delito se hiciese un severo escarmiento. Dejaremos á las culpables sufrir su castigo, que no nos dice el manuscrito cuál fué; D.ª Catalina, constituida ya en la casa paterna, iba á sufrirlo mucho mayor, dispuesto por la divina Providencia.

Dió á luz á los pocos meses una niña, hermosa por extremo, mas no tuvo la infeliz madre el triste consuelo de gozar sus gracias, porque ántes de ocho dias se le declaró la terrible enfermedad conocida con el nombre de fuego de San Anton, con tanto asombro de los médicos de la ciudad, que todos unánimes declararon ser aquello un castigo de Dios. Arreció el mal, llegó el trance de tener que decir á la paciente que se moria; y ella, muy resignada á la voluntad divina, mandó que le trajesen dos Padres de la Compañía, con quienes se confesó de todos sus pecados, con tanto dolor y arrepentimiento, que los Padres se retiraron edificados y persuadidos de que el Señor la habia perdonado. Murió D.ª Catalina, y quedó la ciudad pasmada, porque como en aquel tiempo era grande el espíritu religioso en todas las clases, se consideraba y comentaba aquel suceso cual ejemplar terrible de la justicia del cielo, inexorable y ejecutiva cuando cobra al contado las deudas de los pecadores sin darles moratorias.

Ni se hablaba entre los más timoratos de otra cosa que del castigo que á D. Luis le estaria reservado.

Era, cuando esto sucedia, Corregidor de Córdoba, D. Pedro Zapata, sobrino de D. Francisco Zapata, Presidente de Castilla, el cual, despues de practicadas las diligencias oportunas, dió aviso por razon de su oficio á la majestad del rey D. Felipe II, quien hizo el sentimiento que era razon hiciese un monarca tan justo y religioso. Este, luégo que recibió la carta del Corregidor, mandó juntar el Real Acuerdo, y se sentó en él como presidente. Estaban los magistrados mirándose unos á otros, considerando qué podria haber sucedido de tanta importancia que motivase aquel pleno presidido por el rey. Al fin tomó éste la palabra, y con toda la fuerza de razones que el caso requeria, manifestó lo que le habian avisado de Córdoba, y que estaba resuelto á hacer un escarmiento notable dentro de los términos de justicia, lo cual seria un gran servicio á Dios, quedando además la autoridad real respetada y la vindicta pública satisfecha.

Oidas las razones del rey, todos se ofrecieron á servirle, y viendo Felipe II su celo, comisionó para el caso á un Alcalde de corte, encargándole con mucho encarecimiento que procediese en aquel negocio con la severidad, la prontitud y el secreto que de él se prometia.

Partió el Alcalde á grandes jornadas, mas aunque fué grande su sigilo, no pudo evitarse que un deudo del delincuente barruntase la comision que llevaba, y que diese velozmente aviso al suegro de D. Luis, D. Diego de Argote, el cual acababa de hacer entrega del Corregimiento de Cartagena, en que habia prestado al rey un señalado servicio. Consistia éste en haber prendido allí al Marqués de Mondéjar, trayéndole preso al castillo de Chinchilla: hecho de que habian holgado mucho el monarca y toda la corte. Avisado, pues, D. Diego, y noticioso de la indignacion de Su Majestad, aplicóse sin demora á procurar el remedio; hizo inmediatamente llamar á su yerno, y entre ambos concertaron poner por obra el único medio que en tan apretados lances suele surtir efecto, que es hacer correr el dinero. Dádivas quebrantan peñas, dice un antiguo refran muy anterior al tiempo en que acontecia lo que vamos narrando, y tan en práctica estaba entónces el adagio, que pocos años despues lo vertia en estribillo, segun su donoso estilo, la retozona musa del cordobés Góngora, cantando:

poderoso caballero
es Don Dinero.

Llegóse D. Luis al convento de Santa Maria de las Dueñas: preguntó muy resuelto por la Abadesa; recibióle ésta fosca y avinagrada, echándole en cara su poca vergüenza; pero el corruptor la declaró en seguida y sin ambages su propósito, reforzándole con consideraciones encaminadas á persuadirla de que con perderle á él, nada iban á ganar ni la pobre D.ª Catalina, ya difunta, ni el convento, cuya buena fama, por el contrario, quedaria comprometida, porque divulgándose los pormenores del pasado escándalo, ella, la Abadesa, pasaria en la pública opinion como una superiora inepta y descuidada, las

(1) *Libro de cosas notables que han sucedido en la ciudad de Córdoba, etc.* MS. de la Real Academia de la Historia, D. 129.

monjas, compañeras de la víctima, como livianas y encubridoras; y finalmente nada se obtendria en la reformacion de las costumbres de la santa casa, porque los tiempos más inclinaban á la relajacion y al disimulo que á la correccion de las humanas flaquezas. Díjole por último que causado ya el daño, é irreparable éste, la prudencia aconsejaba sacar de los sucesos el mejor partido posible, y que era locura granjearse enemistades y odios donde se podia lograr provecho y agradecimiento.—La Abadesa, mujer de cortos alcances segun lo que de esta plática resultó, se dejó vencer de las perversas sugestiones que por boca de D. Luis le imbuyó el comun enemigo, y más aún de cierto elocuente ademan que aquel hizo de echar mano á la bolsa que llevaba debajo del bohemio; y mudando de gesto, le permitió entrever su predisposicion á un acomodamiento, con lo cual, animado el seductor, le puso incontinenti en la mano una suma de dos mil ducados en oro, con promesa de darle cuatro mil más para las religiosas que vivian bajo su autoridad si empleaba ésta de modo que lograse su conformidad; y algun dinero tambien, con regalillos de tocas y conservas, para la piadosa Marta, aquella vecina en cuya casa habian pasado sus dulces coloquios con D.ª Catalina. Tomó la Abadesa el dinero, más resuelta que si tomara un bule to para poder hacer colacion en cuaresma con magras y perdices, y como no habia tiempo que perder, dado que llegaba el Alcalde de corte á marchas forzadas, exigió D. Luis que reuniese en seguida á las monjas para exponerles el caso, imponiéndoles el secreto, con graves amenazas (que por cierto estaban de más) si á él faltasen. Juntas ellas en la espaciosa celda de la superiora, cuya puerta se cerró con llave y tranca miéntras aquel aguardaba en el locutorio la respuesta, repitióles la Abadesa como un loro todas las sofisterías que so color de conveniencia y prudencia humana le habia inculcado el hidalgo, y que tenia ella grabadas en su memoria; las astutas monjas, pervertidas ya desde que el adúltero amante se habia captado con sus dádivas la complicidad de aquel rebaño infiel al divino Esposo, haciéndose al principio las melindrosas y las escarmentadas con el pasado castigo, desistieron al fin de toda gazmoñería ante la promesa de los cuatro mil ducados; y avisado D. Luis de su aquiescencia, partió velozmente en busca de la recompensa ofrecida, que ellas se repartieron aquel mismo dia, añadiendo como obra de supererogacion el rezo en coro de una corona de once dieces por la salvacion del ánima de tan cumplido caballero. Quitóle á éste su buena suerte un grave estorbo llevándose Dios en aquella coyuntura al buen prelado, varon discreto que á nadie habia comunicado el feo suceso ocurrido en el monasterio; de modo que solo quedaba el Corregidor como autoridad que oficialmente hubiese denunciado á Su Majestad el hecho. Convínose con la Abadesa y sus monjas en que todo se negase á pié juntillas, y se dijese que la D.ª Catalina habia salido del convento por hallarse gravemente enferma de calenturas intermitentes, que la habian llevado al sepulcro por no poder resistirlas su delicada complexion. El padre de la víctima y los médicos que en su dolencia la habian asistido, fueron tambien sobornados por D. Luis: dió éste al padre cuatro mil ducados, lo mismo que habia dado á las monjas, y á los galenos les tapó la boca con mil ducados á cada uno. Verdad era que el caso se habia hecho tan público, que por toda la ciudad se referia y comentaba; pero ¿cuántas invenciones y patrañas no se divulgan entre la gente ociosa y pasan por verdades, debiendo su orígen á cualquier corro ó mentidero de mozalbetes maldicientes? Lo difícil era desvirtuar el dicho del Corregidor, á quien no se podia cohechar con todo el oro del Perú. ¿Cómo desmentirle y neutralizar los efectos de la declaracion que iba á prestar ante el Alcalde delegado del rey? Algo habia que fiar á la suerte, y de pechos grandes es el arrostrarla.



TIPO GRANADINO, dibujo por J. Marqués

Llegó á Córdoba el Alcalde de corte, y creyendo dar un golpe maestro, sin quitarse siquiera el polvo del camino se presentó en el convento de las Dueñas á comenzar sus diligencias. Pero lo que empezó sin sospecharlo fué una bien estudiada comedia. La Abadesa y las piadosas monjas, apartadas del mundo y extrañas á los cuentos de la gente, nada sabian del hecho denunciado por el Corregidor; no tenian la menor noticia de que sus depravados enemigos, envidiosos de la dicha que disfrutaban ellas en su pacífica morada, hubieran podido atreverse á convertirla en objeto de odiosos tiros inventando una fábula tan deshonrosa, descabellada é impía, tomando pié de un suceso comun é inocente, cual era la vuelta al hogar paterno de una novicia enferma, para quitar á esta desgraciada y á todas ellas su honor y su buen nombre suponiéndolas culpadas del más escandaloso delito. Convencido el Alcalde de la sinceridad de sus explicaciones, se retiró de la santa casa muy satisfecho, pensando así en sus adentros: ¡Véase lo que es dar crédito á chismes de lugar! Estas pobres mujeres han sido calumniadas por algun perillan desairado, de los muchos que rondan las tapias y claustros donde se encierran monjas bonitas, y el simplon del Corregidor, hombre de poco mundo, de exagerado celo y de anchas tragaderas, se lo ha creido todo, y para manifestar amor al servicio de su rey, tan justiciero y religioso como lo es nuestro D. Felipe II, le ha ido con el cuento sin molestarse en tomar ántes las necesarias averiguaciones. Pero yo soy hombre de buen olfato, y ya le diré á ese Corregidor imprudente lo que hace al caso.

Y fuese el bobalicon á su posada á descansar, lleno de enojo y de desprecio hácia el Corregidor, á quien pensaba dejar corrido por su candorosa credulidad, tan impropia de un magistrado de su experiencia y de sus años. Pero ántes de verse con él, y para afirmarse más en su juicio, formado con tan incomprensible ligereza, determinó tener una entrevista con el padre de la novicia, á quien el vulgo (tal era ya su firme creencia) suponia torpemente burlado; buscóle aquel mismo dia en su casa, habló con él, y como le hallase en la relacion de la enfermedad y muerte de su hija en un todo acorde con lo que las monjas le habian referido, sin más diferencia que aquellas exclamaciones naturales en quien todavía lloraba la pérdida de aquel sér querido arrebatado al paternal cariño en la flor de su juventud, pura y sin mancilla, se confirmó en su necia persuasion de que todo habia sido cuento y sugestion de popular maledicencia.—Quiso todavía remachar más el clavo, y se dirigió á los médicos que habian asistido en su enfermedad á D.ª Catalina: les interrogó, oyó de ellos el mismo lenguaje que habia oido del padre y de las religiosas, y entónces, gozoso y triunfante, se dirigió á obtener del Corregidor Zapata la bochornosa confesion de su necia credulidad, de su grosero error, y de la imprudente alarma en que habia puesto al rey y á todo el Real Acuerdo.

Era el Corregidor D. Pedro Zapata un hombre prudente, serio y reflexivo, si bien algo tardo en formar cabal juicio de las cosas; pero como el Alcalde de corte tenia ya incrustada en la sesera la conviccion de que habia obrado con ligereza dando crédito á una patraña, discutieron inútilmente, disputaron, se acaloraron, y el delegado de la autoridad real se despidió de él desabrido y descontento, pero persuadido más que nunca de que su mision no tenia otra causa que un alarde de impremeditado celo. Volvióse, pues, á Madrid, á manifestar á Su Majestad que no habia en todo Córdoba quien se querellase de D. Luis, y que para encausar á éste de oficio no habia tampoco asidero, porque todos los que se habian supuesto interesados en su castigo declararian en su favor; y así se deshizo el nublado que sobre la cabeza del perverso corruptor se cernia, el cual se contempló ya libre de la justicia de la tierra.

No lo estaba, en verdad, de la justicia del cielo. Y para mayor edificacion de mis lectores, voy á transcribir ahora al pié de la letra la breve relacion del castigo inesperado que D. Luis Gomez tuvo, segun lo refiere el viejo manuscrito que tengo á la vista.

«En Córdoba se usa encerrar el ganado que se ha de matar todas las tardes de los viérnes, y para esto se junta toda la poblacion de la ciudad, por ser cosa de mucho entretenimiento. Un dia de estos se fué D. Luis á pié: entróse en una casa para ver desde allí los toros, que se sacan á lidiar con cuerdas. Sucedió que vino un toro cerca de la casa donde estaba D. Luis: entró la gente de tropel, y sin poderse él valer, cayó de espaldas, y sin hablar más palabra lo llevaron muerto á su casa con grande admiracion de los presentes, y no sin recelo de que habia sido castigo y pena de sus culpas el morir tan de repente, sin confesion ni otra diligencia de christiano.»

PEDRO DE MADRAZO.

CRONICA CIENTIFICA

LA NAVEGACION AÉREA

Otra solucion más

II Y ÚLTIMO

Ya dimos en el artículo anterior una idea general del sistema propuesto y sometido á la academia de Francia por M. Duponchel para resolver el problema que indica

el epígrafe de estos ligeros apuntes.

No es el *ave artificial;* no es el *globo con su correspondiente propulsor;* es el *pez,* un colosal cetáceo de los aires, una enorme ballena con piel de seda y cauchouc, con entrañas de hidrógeno y vapor, con sus aletas laterales y dorsales, con su clásica cola, y con su hogar y su caldera á modo de gigantescos pulmones.

En una palabra: no se trata de la *aviacion,* sino de la *pisciviacion,* como el autor llama á este nuevo procedimiento para surcar el espacio con rumbo determinado y preciso.

El mecanismo está en tierra apoyándose sobre fuertes patines, ni más ni ménos que una mesa ó un banco sobre sus cuatro piés: se inyecta hidrógeno en el gran cuerpo cilíndrico del globo y éste va perdiendo poco á poco de su peso hasta quedar próximamente en equilibrio: el hidrógeno pesa ménos que el aire, la diferencia representa una fuerza ascendente igual al peso de todo el sistema, de los aeronautas, del combustible y del agua, de modo que este pez artificial de los aires está si sube ó no sube, como vulgarmente se dice: su estado es el de una ballena en el fondo del mar momentos ántes de elevarse. Pues en tal estado el aeronauta enciende el hogar, hierve el agua de la caldera, despréndese el vapor, penetra en el globo ó en los tubos que por su interior circulan, y calienta el hidrógeno dilatándolo como es consiguiente. Si llega á ocupar dicho gas un volúmen, doble, por ejemplo, del que ocupaba, á expensas por de contado del espacio que le cedan las vejigas natatorias, su fuerza ascendente habrá duplicado, y el globo abandonará esta mísera tierra remontándose por los espacios con la fuerza ascendente que corresponde á la dilatacion.



LA SILUETA, cuadro por J. Herterich

Pero ahora bien; ciertos pesos convenientemente situados determinan al ascender el globo una determinada inclinacion de su eje respecto al horizonte, y tenemos en último análisis algo así como un *plano inclinado que sube.*

Las reglas más elementales de la estática, la experiencia constante de hechos análogos, y hasta el sentido comun demuestran, que el sistema mecánico de que se trata, buscando la menor resistencia, eterna ley de la naturaleza, no subirá verticalmente, sino que por el contrario tomará cierta direccion oblicua en el sentido general del eje mayor del aparato: subirá, pues, en *determinada direccion,* y tenemos resuelto á medias, al ménos en teoría, el problema de dar direccion á los globos.

Supongamos que así subió la máquina pisciforme de M. Duponchel y que así ganó, por ejemplo, en sentido horizontal 10 ó 12 kilómetros con una velocidad de 7 á 11 metros por segundo.

Primera bordada del buque-pez de los espacios.

Pero ya está arriba á 3,000 ó 4,000 metros sobre el suelo: pues cesa la circulacion del vapor; á la caldera vuelve para que no se pierda; el gas que habia llegado, pongo por caso á 50°, comienza á enfriarse y á contraerse cediendo espacio á las vejigas, y todo el mecanismo comienza á caer; aprovechándose si se quiere esta caida para que circule el aire relativamente frio de la atmósfera por los tubos por donde ántes circulaba vapor y para que se precipite el enfriamiento del hidrógeno por esta combinacion auxiliar.

Cae el globo hemos dicho, y este descenso es una nueva fuerza que podemos utilizar, como utilizamos la fuerza ascendente, para impeler en la direccion apetecida á todo el mecanismo: basta para ello dar al eje y por lo tanto al cuerpo del pez-aéreo, á sus aletas y á su cola ó timon la inclinacion que por el cálculo se determine para cada caso. Bajará, pues, no un globo sino una cierta clase de *plano inclinado,* y no bajará por la vertical, sino en la direccion general de su eje, y ganaremos de este modo un nuevo espacio horizontal.

Segunda bordada del ballenato de las nubes.

Antes de llegar á tierra volveremos á inyectar vapor en el globo ó á lanzarlo por los tubos, volveremos á dilatar el hidrógeno, volveremos á ganar fuerza ascendente y á subir con direccion inclinada y á ganar espacio horizontal.

Tercera bordada; á la que seguirá otra más y cuantas sean necesarias *para llegar á la meta,* salvo error, desengaño ó catástrofe.

Tal es en pocas palabras y en lenguaje vulgar el invento de M. Duponchel, ingenioso á no dudarlo, si no completamente nuevo, nuevo en gran parte, y quién sabe si al fin y al cabo no será la fecunda semilla de algun descubrimiento de verdadera importancia.

La crítica *á priori* es peligrosa y es poco ménos que inútil: la experiencia, la gran maestra, y el porvenir, el gran juez, decidirán en último término: y por hoy nos limitaremos á indicar lo que en el proyecto de M. Duponchel hay de más original y de más profundo.

Dijimos en el artículo anterior que el problema de la navegacion aérea estaba reducido á buscar un motor de *mucha potencia y de poco peso,* y aunque otra cosa parezca la solucion de M. Duponchel va por este camino.

En efecto, ¿cuál es la fuerza que comunica direccion al globo? La componente horizontal de la fuerza de ascension sobre la especie de plano inclinado por donde desliza el mecanismo.

¿Y de dónde procede la fuerza ascendente? De la diferencia de densidad entre el aire y *el hidrógeno dilatado,* es decir, de la *dilatacion.*

¿Y cuál es la causa de la dilatacion? El vapor, y en último análisis *el combustible* que arde en el hogar.

Así el nuevo catecismo de preguntas y respuestas que precede, con toda su infantil monotonía, nos ha conducido á este resultado preciso é importantísimo: la fuerza ó mejor dicho la energía mecánica que da direccion al globo es la que procede de la combustion del cok. Esta misma combustion seria el orígen de la fuerza de toda máquina de vapor que hubiese podido elevar el globo para utilizarla como propulsor aéreo; este mismo cok fué el que movió la máquina de M. Giffard en sus notables experiencias ya citadas. Pero allí *para utilizar la energía* de la combustion se emplea ba un mecanismo: cilindros, émbolos, varillas, aparatos de distribucion, un conjunto de piezas molestas y pesadas; aquí la máquina se ha reducido á su menor expresion y á su *menor peso,* que es lo que más importa, á saber: *una caldera.*

En suma, el *calor de la combustion* se convierte casi directamente *en fuerza motriz,* que es el desideratum de la ciencia moderna.

La máquina de vapor, en concepto de algunos, es un aparato absurdo y semi bárbaro segun lo que desperdicia la fuerza del combustible. El cok que arde es la verdadera fuerza, y hay quien dice que sólo un 2 por 100 se utiliza en la máquina de vapor: exagerado es á no dudarlo semejante cálculo, pero en todo caso es lo cierto que no llega á utilizarse del 9 al 10 por 100 y que utilizar directamente la combustion seria, como ya hemos dicho, un verdadero triunfo.

Hasta qué punto el invento de M. Duponchel realiza esta aspiracion es problema que puede examinarse teóricamente, porque la Termodinámica da medios de avanzar un juicio provisional, miéntras la experiencia decide; pero ni éste es el momento oportuno, ni la índole de esta publicacion consentiria que entrásemos en cálculos y lucubraciones físico matemáticas, ni mucho ménos lo consentiria la paciencia de mis lectores.

He creido, sin embargo, oportuno dar conocimiento al público de una idea digna por lo ménos de ser tenida en cuenta; y si no ha llegado el dia en que volemos, vayámo nos mostrando dispuestos á subir en cuerpo y alma al ancho espacio, por el afan que muestren en ir allá la intencion y el deseo.

JOSE ECHEGARAY

IMP. DE MONTANER Y SIMON



LOS POSTRES, CUADRO POR AUGUSTO KAULBACH